

MELLA, LUZ DEL PORVENIR

En medio de la turbiedad, de la angustiada desorientación del momento cubano, surge con más luz, con más claro significado que nunca, la figura de Julio Antonio Mella. Aparece como lo que fué, como el revolucionario neto, absoluto, pleno. Ser revolucionario,—es bueno que frente a este gran recuerdo se repita—, no es combatir a un gobierno ni a un hombre, sino alzarse un día y otro y el día último frente a un estado de cosas incompatible con el sentido justo y humano de la vida. Advértase cómo, al paso del tiempo, quienes sólo agitaron la bandera de la rebeldía para que se les viera el gesto y se les tuviera luego en cuenta, caen en el olvido o en el despectivo recuerdo. Los que como Julio Antonio Mella bregaron para el porvenir, quedan en el porvenir guiadores bendecidos.

Se ha dicho que nuestra edad es la edad del despertar proletario, que nuestro siglo se verá algún día como el de la liberación de las masas oprimidas. Cierto. Y en esta labor magna, cabe ya a Cuba un buen puesto al sol. Julio Antonio Mella se lo asegura.

Para aquilatar la envergadura de nuestro muchacho extraordinario hay que recordar el instante en que su rebeldía luminosa se produce. Eran los días del zayato, cauteloso e hipócrita, en que la conciencia pública cubana se mantenía indecisa y amorfa, desconfiada de la República democrática, pero sin fe en soluciones de más entrañable carácter. En aquellos días la Universidad arde en sus primeras inconformidades hondas. El estudiantado deja de hablar de tímidas reformas académicas y vuelve la vista hacia la política, es decir, hacia la vida. Mella es el gran anunciador.



JULIO ANTONIO MELLA

A veces parece que la obra de Mella se ha frustrado, que los estudiantes vuelven la espalda a su recuerdo. No es así. No puede ser así. Es verdad que ciertos grupos pactan con las realidades deleznable y se dicen sostenes de gobiernos pseudorrevolucionarios, de gobiernos que impiden, a golpe de ametralladora, que las cenizas de Mella descansen en tierra cubana. Es cierto. Pero lo es también, que la masa pura, aguerrida y batalladora del estudiantado sabe que su ímpetu revolucionario no puede detenerse, que como en Mella, la postura inconforme ha de ser continua y cada día enriquecida de sentido. La Asamblea General que los Estudiantes universitarios acaban de celebrar lo dice todo: ni con un gobierno "auténticamente" demagógico, ni con las fuerzas reaccionarias que alientan en la sombra con etiquetas engañosas. Con la Revolución verdadera, es decir, con la memoria, con el espíritu de Julio Antonio Mella.

LA ISLA DE LOS MUERTOS

▼ POR F. DE HARZEBAL ▼



No. Este es, seguramente, el Puerto de la Buena Arribada. El piloto decía:
—¿Para qué ir más adelante?
Y como todos tienen deseos de desembarcar...
Echan el ancla.
Sí, es bello. Pues como florecen las rosas del otoño y hay sol dorado y azules transparencias en la atmósfera que ondula de brisas y esto es grato...
Se viene de lejos.
Llegar. A alguna parte, pero llegar. ¿No se ha perdido el camino?
Así es posible echar el ancla.
Las islas maravillosas están ahí, en las páginas infantiles de los libros daneses. Aquí no. Estamos en rada, ahora que es tiempo de mediodía y va a zarpar una goleta con buen viento del Este.
—¡Eh, del barco!
—¡Salud, marineros!
Deja atrás la Isla de los Muertos. Deja atrás el dolor y la desesperanza. He ahí su proa hendiendo azules de crestas blancas en el golfo rizado y pequeño, y su casco frágil de quilla verde. Se va. Cuando alcance el mar libre...
Ya está. El bauprés apunta directamente al Norte.
—¡Salud, marineros!
Vosotros pasaréis sobre nuestras huellas. Es lo mismo. No se sabrá nunca. Nosotros ocupamos vuestro lugar en la rada.
—Poco a poco, camaradas. Esto es muy pequeño.
Junto a la baliza de fondeo borneamos suavemente y caemos proa a Levante, acoderados y expectativos.
No se sabe nada. Nadie sabe nada.
—¡Tú, piloto!
La Isla de los Muertos está ahí, toda blanca, y azul, y dorada,

y no dá miedo verla. ¿Y este no es el puerto de la buena arribada? No lo parece.

Entra, marinero. ¡Avante! Penetra bien toda esta isla y no mires atrás. Ahí queda tu mundo pequeñito, bien guardado, custodiado, vigilado. Sigue adelante y no te preocupes, hijo, que la salvación está en tí mismo. Todo, también, lo llevas en tí. Ya te llamarán cuando hagas falta. Todo está en tí mismo.

—¿Hasta la esperanza?

El contraatastre sonríe.

Sabe que no hay lugar a la esperanza. Todo lo ocupa el olvido en la Isla de los Muertos. ¿Cargada de qué, pues, salió esta goleta?

La calle es ancha y clara. Huye del muelle recta como un buen propósito, hacia el corazón de la ciudad. ¡Cuidado, marinero! El contraatastre va derecho, por el medio de la calle.

—Si no oyes el canto de las sirenas, ¡oh, marinero!... De todos modos te agarrarán por un brazo...

Todos aquí están muertos, sin embargo. No saben que marchan por la calle de la Buenaventura. No saben que la calle no conduce a ninguna parte, sino al corazón de la ciudad. Que es como decir...

Y las sirenas, en sus grutas de papel pintado, duermen la siesta.

—¿Es verdad que están muertos?—dice el marinero.

Los ve pasar. Cruzan por su lado y junto al contraatastre, sin verlos, sin cuidarse de ellos, ingrátidos y tristes como si los acabaran de desenterrar tras largos años de experiencia subterránea. No lo cree el marinero y va a tocar uno de ellos. El ciudadano se esquivo rápido y huye lejos, evasivo y ligero como si quisiera ocultar a aquel extraño su condición de muerto. Muerto, muerto, muerto hace muchos años. ¿Y éste no será, a lo mejor, y tal vez, y probablemente, un enterrador? El marinero vé otra vez la sonrisa del contraatastre. Una sonrisa ciertamente estúpida y que no tiene razón de ser. Porque no debe el marinero reírse de los muertos—, y menos cuando se está en la Isla de los Muertos—, él, que viaja en un féretro flotante, por encima de montañas de muertos. A veces, junto a barcos que llevan una tripulación de cadáveres. Y con pasajeros que han muerto hace muchísimo tiempo...

El marinero es rubio y noruego, de Oslo. El contraatastre, danés y supersticioso.

—Entonces, ¿de qué te ríes?—le dice el marinero.

—Es que esto no nos importa a nosotros, camarada marinero.

Y es verdad que ven cosas extrañas, que sólo hacen reír a los que llegan de fuera, del mar lejano y turbio, o gris o verdoso o de azul absoluto. La risa no es más que una presunción del contraatastre, porque cree saberlo todo. Así lo interpreta el marinero:

—¿Y esos, también están muertos?

Cruza un pelotón de soldados.

El contraatastre calla. Ve la punta de los rifles y él no sabe lo que puede pasar. Luego dice:

—Debe ser una patrulla de relevo.

Piensa si serán los soldados que cuidan de los cementerios de la Isla para que no se les vaya ningún muerto.

—Todos, todos están muertos, dice pensativo el marinero.

—¿Tú no recuerdas, Olsen? En la rada no hay ningún barco.

—Es que aquí no entran barcos. Es la Isla de los Muertos, Bergen.

Hace rato que ven cruzar junto a ellos innumerables siluetas. Algunas se detienen, vacilan un momento, se irán a caer, y reinician su camino. No se quieren mover de la esquina por temor a tropezar con algunas de estas siluetas pálidas y grises, y derribarlas. El contraatastre no hará nunca eso, ni por descuido. Quiere volver a Rotterdam...

Dos sombras cruzan por su lado. Una dice:

—¿Ves? Todo está muerto...

Bergen mira a todas partes. Toca a Olsen con el codo:

—“Todo está muerto”. ¿Oíste, Olsen?

—Ea terrible, dice la otra sombra aljándose de su compañero.

Por el cielo, de un azul pastel, cruza, muy alto, un avión amarillo. Una esquina más adelante, encuentran una fila de automóviles, junto a la acera. Todos sus chauffeurs, muertos seguramente, se han quedado como dormidos.

—Mira, dice Olsen. Parece que estuvieran durmiendo.

Uno tiene un periódico entre las manos igual que si leyera.

—A lo mejor es un diario de hace ocho años, Olsen.

Se detiene para ver mejor.

—¡Un diario de ocho años! Estábamos...— pensó un momento.

—Estábamos en Malasia.

Acercándose, Bergen observa la fecha del día estampada como una cifra de misterio en la primera página del diario.

—No me explíco, Olsen...



CARLOS

Echan a andar.

Frente al edificio de la Cámara de Comercio ven que la casa está sombría, abandonada, como si desde hace mucho tiempo antes no se hablara allí de transacciones, ni de intercambios, ni de mercaderías de ninguna clase, ni de nada absolutamente.

—Esto también está muerto, Bergen.

—¿Y esto?— dice Olsen más adelante.

—¡Oh! La Bolsa. También muerto. Aquí no se cotizan valores lo menos desde que nosotros andábamos capeando aquel tifón del mar de la China.

Olsen está más rojo ahora y más rubio bajo el sol de mediodía, que enciende la calle con chorros de oro vivo.

Unos álamos parecen bajo el polvo, a lo largo de la avenida. Las casas, despintadas y sucías, parecen próximas a derrumbarse bajo el peso de su abandono. Casi todas están desocupadas. En sus puertas hay clavados letreros iguales, como lápidas.

—Nichos vacíos, Bergen.

Son casas desalquiladas. Sus moradores, probablemente ya están en el otro mundo. Los carteles tienen polvo de muchos años. Algunos están rotos por la lluvia y el viento. De su interior llega olor a humedad, a moho.

—Deben ser interiores desolados y oscuros, Olsen.

Trata de mirar por una ventana que tiene las persianas rotas.

Se echa otra vez al centro de la calle, tapándose la nariz. Por poco lo atropella un automóvil. No se indigna.

—Los pobres, como no ven.

Se refiere al chofer.

El driver, efectivamente, aunque quisiera disimularlo hábilmente, no puede negar que es un cadáver. Hasta huele mal. Además, no hay sino ver su cara amarilla, sus pómulos casi descubiertos bajo la piel arrugada y muerta.

—Debe ser un muerto de hace poco tiempo, Olsen.

—Te lo enseñamos, amiguito, dice Bergen al chofer.

Mira el reloj.

—Las doce y treinta, Olsen.

No hay un solo almacén abierto. Desde luego, ¿para qué? En una tienda de extranjeros encuentran unos cuantos hombres vivos.

—Survivors, Olsen. (1).

Entran. No huele a cadáver. Ni a tumba recién abierta. Sino a vino, a aceites y a arenque ahumado. Sentados a la mesa, con la cara hacia el Norte, ven un pedazo del edificio del Congreso. Un largo meronguc con una cúpula de natilla que se tuesta al sol. Enfrente, otra fila de automóviles con sus cadáveres al timón, inmóviles como sus vehículos. La fonda está llena de moscas y de silencio. En una vitrina que llega hasta el techo, un hecho bajo, abovedado, detrás del mostrador carcomido, se ven botellas con marbetes inscriptos en todos los idiomas del mundo. Olsen y Bergen piden vino, señalando una botella con un letrero que dice: "Rioja", y que ellos conocen perfectamente desde su reciente recalada en Veracruz. Se les dá hielo, que rechazan prontamente. No se explican que no se tome el vino caliente. Salen luego, después de dejar sobre la mesa de tabla un dólar, la moneda internacional en América. Es la una de la tarde.

Por la calle abajo, observan que los escaparates de todos los comercios están agujereados de proyectiles. Algunos cristales han desaparecido y se les ha sustituido con tablas. Muchas calles están así. Algunas parecen una valla interminable, donde no se anuncia nadie. Ni la virtud de ningún específico ni los milagros de las panaceas locales. No es extraño. ¿Qué aplicación han de tener estas cosas en la Isla de los Muertos?

Hay cosas curiosas. Por ejemplo: aquel tendero inclinado sobre una carpeta, con una pluma en la mano y los ojos a medio cerrar... Cualquiera diría que está escribiendo, fatigado de sueño... ¡Un muerto! Y cosas espantosas: junto al quicio de una puerta, una mujer sentada en el suelo, con la espalda pegada a la pared, como si acabaran de fusilarla. Todavía tiene los ojos abiertos. Pero ya no miran a ninguna parte. A su lado, cuatro chiquillos envueltos en andrajos, sin carne alrededor de los huesos. El pellejo,—se

(Pasa a la Pág. 56.)



CARLOS

(1) "Survivientes no traduce bien la palabra "survivors". Podría decirse mejor "supervivos", es decir, hombres que se han sobrevivido a sí mismos.

ODISEO EN AZTLAN

JOSE VASCONCELOS

EL COMIENZO.

Mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico. Sin voluntad segura, invariablemente volvía al refugio de la zona amparada por sus brazos. Rememoro con efusiva complacencia, aquel mundo provisional del complejo madre-hijo. Una misma sensibilidad con cinco sentidos expertos y cinco sentidos nuevos y ávidos, penetrando juntos en el misterio renovado cada día.

En seguida imágenes, precursoras de las ideas, inician un desfile confuso. Visión de llanuras elementales, casas blancas humildes, las estampas de un libro, y así



JOSE VASCONCELOS

se van integrando las piezas de la estructura en que lentamente plasmamos. Brota el relato de los labios maternos y apenas nos interesa y más bien nos atemoriza descubrir algo más que la dichosa convivencia hogareña. Por circunstancias especiales el relato solía tomar aspectos temerosos. La vida no era estarse tranquilos al lado de la madre benéfica. Podía ocurrir que los niños se perdiesen pasando a manos de gentes crueles. Una de las estampas de la Historia Sagrada representaba al pequeño Moisés abandonado en su cesta de mimbre entre las cañas de la vega del Nilo. Asomaba una esclava atraída por el lloro para entregarlo a la hija del Faraón. Insistía mi madre en la aventura del niño extraviado, porque vivíamos en el Sásabe, menos que una aldea un puerto en el desierto de Sonora, en los límites con Arizona. Estábamos en el año 85, quizás 86 del pasado siglo. El

La figura de José Vasconcelos, el insigne escritor, ensayista, educador y político mexicano, no necesita presentación. Vasconcelos es una de esas vigorosas aguafuertes de nuestra intelectualidad, que ha logrado ganarse prestigio y nombre continental en buena lid. Desde el Río Grande a la Patagonia y desde América a Europa, el nombre de José Vasconcelos es ventajosamente conocido lo mismo a través de sus innumerables producciones—de carácter literario, científico o social—que de sus conferencias y de su actuación como político y como máximo representante del Departamento de Educación Pública de su país en época brillante.

Particularmente en Cuba, el nombre de José Vasconcelos es justamente conocido, y su obra es precisamente aguilatada, no ya por los integrantes de nuestra "élite" intelectual, sino por la clase media de nuestra cultura, esencialmente por los educadores, que a través de las páginas siempre jugosas del escritor mexicano, se han puesto en contacto con novísimas corrientes pedagógicas y con modernas orientaciones sociales y políticas.

La vida de Vasconcelos—como la de todo hombre múltiple y quizás si más que las de muchas otras figuras destacadas de nuestro mundo intelectual y político—está plagada de numerosos incidentes del más diverso origen, de tal modo, que hay etapas de su existencia que parecen estar en contraste con la más destacada faceta del hombre orientador y exquisito. Vasconcelos ha vivido mil matices de emoción en los diversos momentos de la evolución mexicana. Por ejemplo, su niñez se desenvolvió en aquel ambiente místico y aristócrata del México de las grandes haciendas, de las familias de noble abolengo y de la guerra de conquista de los Americanos. Después, en el proceso de su juventud, hemos encontrado al escritor insigne en papel de revolucionario, compartiendo con Pancho Villa los azares de los días turbulentos de la Revolución Mexicana, para verle luego desahogado toda su potencia intelectual en el fomento de la educación pública mexicana—que bajo su dirección alcanzó una de sus épocas de más preponderancia—para encontrarle luego aspirando a la Presidencia de la República y finalizando marchando al exilio en que sufre las estrecheces de quien no ha acumulado riquezas, en que añora la lejanía de su patria y en que escribe sus Memorias.

BOHEMIA, que aguilata todo el valor literario y científico de José Vasconcelos, aprovechó la circunstancia de estar él confeccionando sus Memorias en una aldea española, para obtener, por conducto de nuestro Enviado Especial a México, Sr. L. González del Campo, los derechos exclusivos de esa última producción del escritor insigne con el propósito de darla a conocer en Cuba, donde tantas simpatías cuenta.

Como nuestros lectores podrán apreciar, Vasconcelos, maestro en el arte del buen escribir, le ha dado a sus Memorias la forma vistosa e interesante de una novela autobiográfica que intitula "Odiseo en Aztlan". De estilo impecable, profundamente interesante, revestida de toda la amenidad que es capaz de darle a sus producciones un estilista del calibre de José Vasconcelos, esta novela será ilustrada con fotografías de la Revolución Mexicana—únicas actualmente existentes en el mismo México—suministradas por el propio autor.

No nos queda la menor duda de que nuestros lectores, atentos a la actualidad literaria mundial, sabrán apreciar el esfuerzo económico por nosotros realizados, para ofrecerles, durante quince semanas, el aporte valioso de esta firma de extraordinario mérito internacional. BOHEMIA se sienta satisfecha de poder ofrecer tan exquisito manjar literario a sus lectores, y se siente orgullosa de que sus páginas sirvan de marco a la firma de José Vasconcelos con una serie de colaboraciones inéditas y especialmente producidas para esta revista.

gobierno mexicano mandaba sus empleados, sus agencias, al encuentro de las avanzadas, los "outposts" del yankee. Pero en torno la región vastísima de arenas y serranías seguía dominada por los apaches, enemigo común de las dos castas blancas dominadoras, la hispánica y anglosajona. Al consumir sus asaltos, los salvajes mataban a los hombres, vejaban a las mujeres; a los niños pequeños los estrellaban contra el suelo y a los mayores citos los reservaban para la guerra, los adiestraban y utilizaban como combatientes. Si llegan a venir, aleccionaba mi madre, no te preocupes, a nosotros nos matarán; pero a ti te vestirán de gamuza y plumas, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear y un día podrás libertarte.

En vano trato de representarme cómo era el pueblo de Sásabe primitivo. La

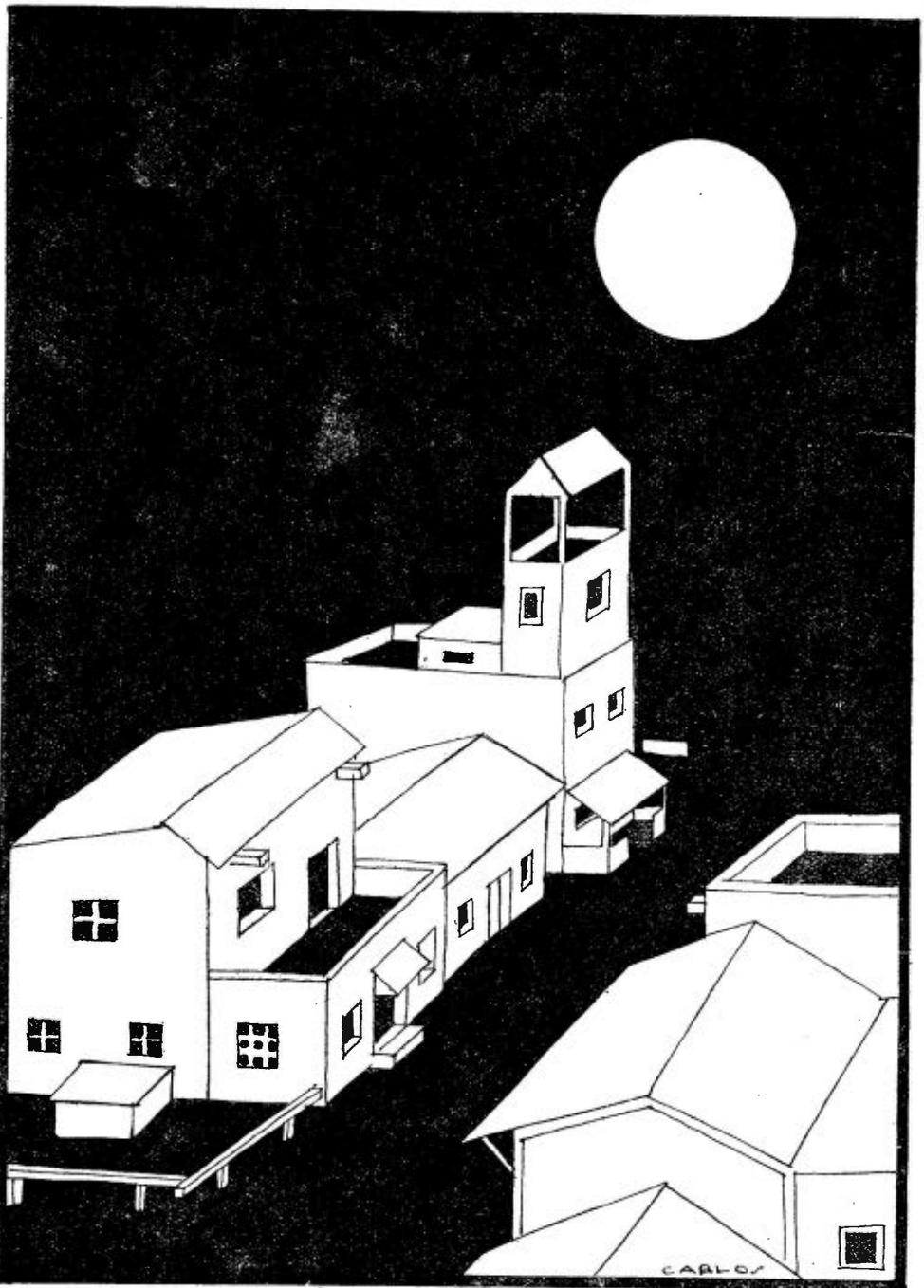
memoria objetiva nunca me ha sido fiel. En cambio, la memoria emocional me revive fácilmente. La emoción del desierto nos envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura sembrada de chaparros y de ágaves. Mirándola en perspectiva se combaba casi como rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogíamos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas. En los interiores desmantelados habitaban familias de pequeños funcionarios. La aduana, más grande que las otras casas, tenía un torreón. Una senda sobre el arcenal hacía veces de calle y de camino. Algunos meconites indicaban el rumbo de la única noria de la comarca. Perdido todo, inmerso en la luz de los días y en la sombra rutilante de los cielos nocturnos. De noche, de día, el silencio y la soledad en equilibrio sobrecogedor y grandioso.

Una noche se me quedó grabada para sien pre. En torno al dintel de la puerta familiar disfrutábamos la dulce compañía de los que se aman. Discurría la luna en un cielo tranquilo: se apagaban en el vasto silencio las voces. A poca distancia los vecinos, sentados también frente a sus puertas, conversaban, callaban. Por el extremo de la derecha los mezquites se confundían con sus sombras. Acariciada por la luz se plateaba la lejanía... y de pronto clamó una voz: "vía la lumbre de un cigarro y unas sombras por la noria"... Se alzaron todos de sus asientos, cundió la alarma y de boca en boca el grito aterrido: los indios... allí vienen los indios...

Rápidamente nos encerramos dentro de la casa. Unos "celadores", después de ayudar al refuerzo de la puerta con trancas, subieron con mi padre a la azotea llevando cada uno rifle y cañón. Cesó el estrépito de otras puertas que cerraban el villorio entero y empezaron a tronar los disparos, primeros intermitentes, después enconados como de quien ha cogido el blanco. Mientras arriba silbaban las balas, en nuestra alcoba se encendieron velas frente a una imagen de la Virgen. Aparte ardía un cirio de la "Perpetua", reliquia de mi abuela. De hinos, niños y mujeres rezábamos. Después del Padre Nuestro, las Aves Marías. En seguida y dada la gravedad del instante, la plegaria del peligro: "La Magnífica", como decían en casa. El Magnificat latino que castellanizado clamaba: "Glorifica mi alma al Señor, y se recoge en mi espíritu en Dios mi Salvador..." "Cuyo nombre es Santo..." y su misericordia, por los siglos de los siglos, protege a quien lo teme"...

No fué largo el tiroteo, pronto bajó mi padre con sus hombres. "Son contrabandistas, afirmaron, y van ya de huida, ensillaremos para ir a perseguirlos." Se dirigieron a la Aduana para pertrecharse y a poco pasó frente a la casa el tropel a la cabeza mi padre en su oficio de Comandante del Resguardo. Regresó de madrugada triunfante. En su fuga los contrabandistas habían soltado varios bultos de mercancías.

Igual que una película, interrumpida porque se han velado largos trechos, mi panorama del Sásabe se corta a menudo; bórnanse días sin relieve y aparece una tarde de día festivo. Almuerzo en el campo, varias personas aparte de la familia. Sobre el suelo reseco papeles arrugados, latas vacías, botellas restos de comida. Los comensales dispersos o en grupos contemplan el tiro al blanco. Mi padre alza la barba negra robusta, lanza al aire una botella vacía, dispara el Winchester



y vuelan trozos de vidrio, una, dos, tres veces. Otros aciertan también, algunos fallan. Por la extensión amarillenta y desierta se pierden las detonaciones y las risas.

Gira el rollo deteriorado de las células de mi memoria, pasan zonas ya invisibles y de pronto una visión imborrable. Mi madre retiene sobre las rodillas el tomo de Historia Sagrada. Comenta la lectura y cómo el Señor hizo el mundo de la Nada, creando primero la luz, en seguida la tierra con los peces, las aves y el hombre. Un solo Dios único y la primera pareja en el Paraíso. Después la caída, el largo destierro y la salvación por obra de Jesucristo; reconocer al Cristo, alabarle, he allí el propósito del hombre sobre la tierra. Dar a conocer su doctrina entre los gentiles, los salvajes, tal es la suprema misión. Si vienen los apaches y te llevan consigo, tú nada temas; vive con ellos y sírvelos, aprende su lengua y háblales de Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros y por ellos, por todos los hombres.

Lo importante es que no olvides: hay un Dios Todopoderoso y Jesucristo su único hijo. Lo demás se irá arreglando

solo. Cuando erezca un poco más y aprendas a reconocer los caminos, toma hacia el sur, llega hasta México, pregunta allí por tu abuelo, se llama?... Esteban. Sí, Esteban Calderón de Oaxaca, en México le conocen; te presentas, le dará gusto verte, le cuentas de cómo escapaste cuando nos mataron a nosotros... Ahora bien, si no puedes escapar o pasan los años y prefieres quedarte con los indios, puedes hacerlo, únicamente no olvides hay un sólo Dios Padre y Jesucristo su único hijo, eso mismo dirás entre los indios... Las lágrimas cortaban el discurso de mi madre, luego se repuso, tornaba a ponerse alegre y afirmaba... con el favor de Dios nada de eso ha de ocurrir... ya van siendo pocos los insumisos...

Me llevan estos recuerdos al de una misa al aire libre, en altar improvisado entre los mezquites, el día que pasó por allí un cura consumando bautizos.

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel paraje; únicamente recuerdo el motivo de nuestra salida de allí. Fué un extraño amanecer. Desde nuestras camas, a través de la ventana abierta, vimos sobre una ondulación del terreno próximo, un grupo

(Pasa a la página 52.)

La GRAN. CIUDAD ENFERMA

La Habana ha envejecido, enferma de caquexia y debilidad nutritiva. Tiene los síntomas de las decadencias rápidas y de los trastornos aniquiladores. No se parece a lo que fué y es sólo una sombra de lo que esperábamos que fuera. Ha ido adquiriendo la fisonomía física de las clases más pobres de la sociedad y refleja el espíritu vacilante y desorientado de los hombres que ostentaron siempre su representación en las finanzas, la política y la cultura, y rueda, sin reposo, hacia las definiciones históricas que inmovilizaron a Brujas, como un recuerdo, en la orilla del Mar del Norte, y aislaron a Venecia, como un sepulcro de grandezas fenecidas, en la quietud de las albuferas que coronan el Adriático. Sólo que las metrópolis del Bajo Flandes y de los Duxes rindieron su hegemonía al poder incontrastable de fuerzas exteriores: la invasión de los otomanos y el engrandecimiento de España, Fran-

La Habana de mil novecientos treinticuatro es sólo una sombra trágica y desesperada de la bella metrópoli del placer, la riqueza y la alegría de los que la amamos en sus culminaciones de esplendor.

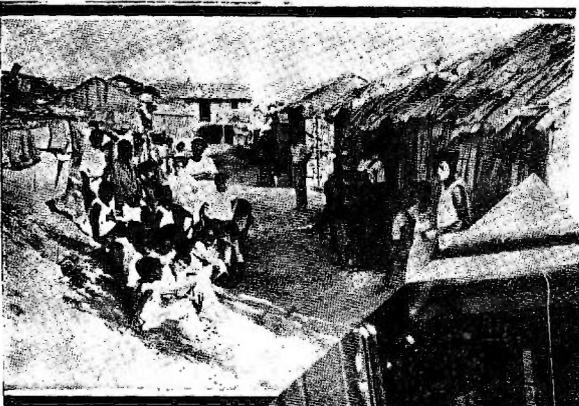
dábanse a todas las ingenuidades de la vida sencilla y despreocupada: excursiones por las carreteras para llenarse la vista con el panorama verde de nuestros campos, visitas a los cabarets y casinos para contemplar de cerca la magnética feminidad subyugadora de las cubanas: bailes, libaciones, alegría. Los observadores estudiaban el folklorismo autóctono, el fundamento de la potencialidad económica de la nación, la biografía de los intelectuales, de los guerreros, de los poetas. Eramos un caso digno de admiración.

Solidarizados en el disfrute de la prosperidad.—

Ricos, nos unía una solidaridad placentera y nos considerábamos cada uno los propulsores individuales del bienestar común. Felipes, respondíamos a la crítica con un encogimiento de hombros o una sonrisa de superioridad tolerante, y nos entregábamos a la tarea de disfrutar nuestro buen humor, auscultados por la certeza de que pertenecíamos a un pueblo escogido por Dios para las realizaciones de los empeños más atrevidos de la imaginación y los deseos.

Seguros de nosotros mismos, confiados en el porvenir, sin una nube en el horizonte de las esperanzas colectivas, hicimos de la Habana aquel emporio de actividad, confort y seducciones que tanto nos cautivaba. Bancos, con centea-

res de millones de pesos. Transformación de las plazas centenarias en parques estilizados de piedra y arbustos exóticos. Las avenidas céntricas, convirti-



La ciudad de hoy es muy distinta, es una ciudad enferma con "Barrio de las Yaguas" y con miserias por todas partes.

cia e Inglaterra. La Habana se inmoviliza, languidece y achica por descomposición de sus elementos constitutivos: debilidad biológica y funcional.

La Habana, atracción de América.

Hace algunos años nuestra gran ciudad resplandecía con todos los atributos que la civilización ha puesto al servicio de los hombres civiles. Eramos el centro de un concepto de superación: gratas al entendimiento cultivado, a las curiosidades analíticas, a los sentidos del placer y a las aventuras románticas.

"La Habana es la ciudad más limpia del mundo" —nos decían los viajeros, y caminaban despacio, por las calles, con esa fruición de encantamiento que produce la sorpresa de lo hermoso, diáfano, nítido. "Ustedes, los cubanos, poseen el secreto de la simpatía que encadena las voluntades y hace de cada amigo un ferroso prosélito." Y para gozar el sentimiento de hospitalidad, gratitud y belleza que nos descubrían,

Los disparos que desde la época de Machado no cesan de oírse, ponen una nota de inquietud constante en todos los rostros, abatidos ya por tantas tristezas y por tantas desgracias.



Al ir a la cama cada noche, resulta un acertijo para los habaneros saber si se despertarán al día siguiente. Las bombas y los petardos, amenazadores constantes de la quietud ciudadana, mantienen en perpetua zozobra a los habitantes de la gran ciudad siempre risueña antes.

Escenas como ésta, en que la miseria y el infortunio se exhiben por todos lados, han acabado por exterminar el gracejo del criollo, que ya no ríe, que ya no hace chistes, que abre la boca para maldecir de todo y de todos.



La Habana, antaño bulliçosa y cascabelera y hoy triste, doliente y sin sosiego.

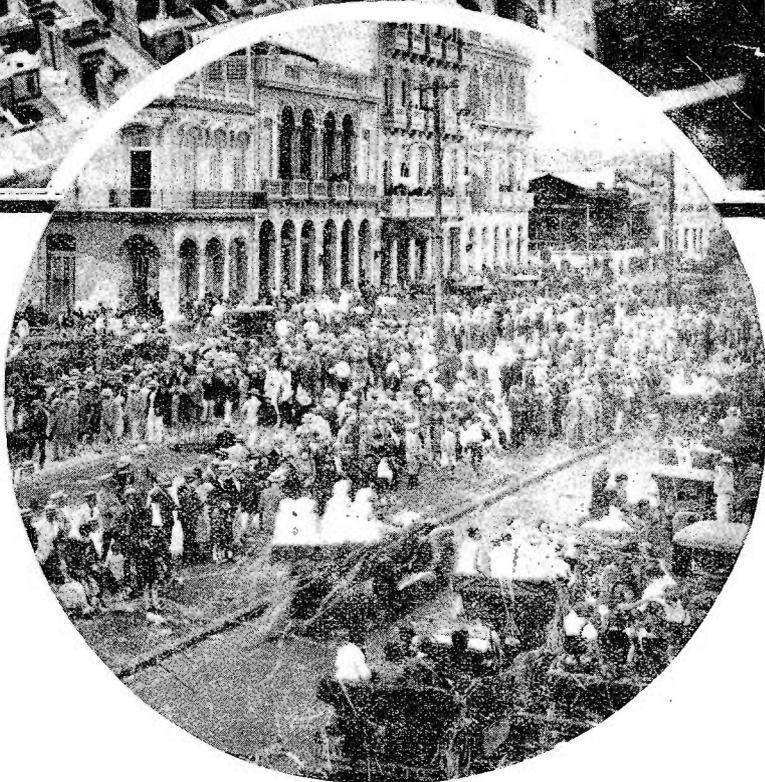
das en exposiciones de lujo más costoso, de las rarezas más exclusivas, de las joyas más caras: el paraíso de América para solaz de nuestro epicureísmo, contento de los extranjeros y propaganda universal de la música de Lecuona, de los sones orientales y la sensualidad blanda, fresca y única de nuestras mujeres.

La metodología jerárquica nos engrandeció.—

Todo, no obstante, estaba regularizado por un ritmo jerárquico, tradicional, de etapas en la conquista de las primeras posiciones. Desde abajo hacia arriba, los hombres iban jalando sus avances por medio del método, el estudio y el trabajo hasta culminar la ambición propuesta. Se llegaba lenta, pero seguramente, sin más limitaciones que las de la competencia de capacidades. En tanto, nos sumábamos a la sonrisa acogedora de la gran ciudad, para vivir con ella el fasto de sus tardes en el Prado y el Malecón; en sus teatros; en sus hoteles insuficientes para contener la marea de visitantes del extranjero y de las provincias nacionales; en los salones de bailes; en los sitios de recreos, repartidos hasta en los confines más lejanos de la periferia urbana. La Habana ofrecía a todos un rincón a propósito para sus gustos particulares, para su esparcimiento del espíritu, de los sentidos y de la gula, u ofrecía a todos la maravilla de su diversidad panorámica de cosmópolis de la riqueza, el placer, la cultura y la civilidad.

Síntomas de desequilibrio funcional.—

Un día, este equilibrio de las conformidades se rompió. Algunos hombres, los más inteligentes, se disgustaron. La riqueza pública empezó a disminuir. Las fortunas de familias enteras se deshi-



La Habana desbordaba todos los maticos de su alegría, Malecón arriba y Malecón abajo, cuando aún la miseria no había mordido el corazón de sus habitantes y cuando el terror y el luto no habían hecho presa de nuestras mujeres.

cieron en unos años. Padres de familia perdieron los puestos donde habían trabajado largos lustros. Los negocios dejaron de prosperar. Hubo quiebras, descontento, desahucios, liquidaciones y un proceso inicial de pesimismo. El estado de conciencia general de los habaneros empezó a reflejarse en la gran ciudad, en su apariencia callejera, en la mecánica, de sus negocios, en la acritud (Pasa a la Pág. 64.)

LA PEQUEÑA

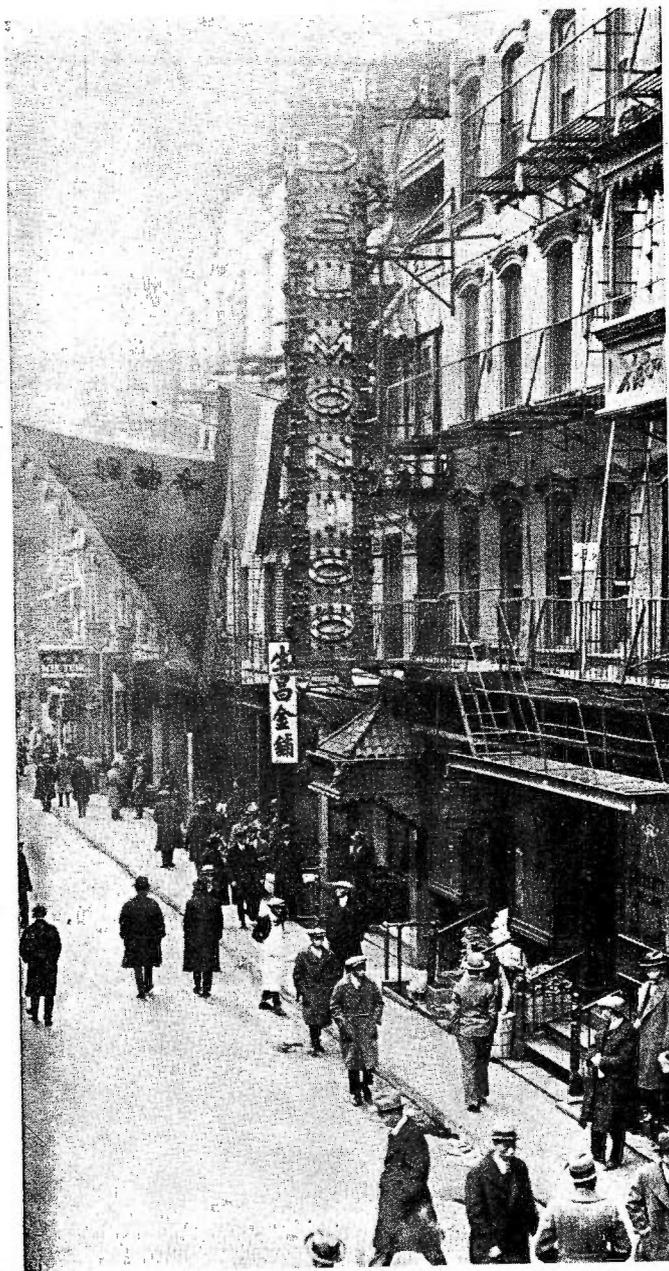
A pesar del empuje de los soñadores y de los dueños de autobuses, Chinatown, el legendario y trágico barrio del opio y de los crímenes, ya ha pasado a la historia. Durante el día Chinatown tiene el aspecto triste de todos los barrios bajos de New York. Si no fuera por los letreros en chino, por las vidrieras llenas de dragones y de buhadas, y por las figuras magras y silenciosas sentadas a la puerta de sus tiendas, Chinatown podría confundirse con cualquier pobre asilo de harapientos.

Bajo la tenue o cruda luz solar, todo parece desprovisto de gracia y de interés. Por las noches las cosas cambian. Las bujías de papeles de colores encienden sus ojos voraces. Los dragones, desde lo alto de las ventanas, muestran sus bocas humeantes. Los cabarets resuenan con músicas orientales y lamentables cadencias indígenas...

La vida de Chinatown—si es que hoy tiene alguna—es completamente nocturna. Los ómnibus que salen del tumulto mundano de Times Square, arrojan su carga de curiosos en aquellas avenidas estrechas y sucias, ensombrecidas por el ir y venir de los mongoles vestidos a la usanza de su tierra.

La otra noche se me ocurrió, con motivo de la reciente refriega entre los bandos "Hip-Sing-Tong" y "On-Long", el objeto de ver si había cambiado la fisonomía del barrio. Mi sorpresa fue grande al encontrarme con las mismas decoraciones, con los mismos cabarets y con los mismos rostros, pero sin fumadores de opio y sin aquel clásico teatro chino, tan famoso hace tres lustros entre los noctívagos del arte.

Esa noche, al doblar de Pell Street, recordé una sesión memorable, en medio de los muros fúnebres de una casa destartada. Era una noche de frío intenso. Hice una excursión a los barrios bajos, para gozar en ellos del espectáculo de la luz lunar, cayendo sobre las calles nevadas. Anduve mucho. Atravesé Delancey Street. Recorrí algunas manzanas del Bowery. Sin darme cuenta llegué a la calle Mott.



Un interesante aspecto de Mott Street, arteria principal de la Chinatown neoyorquina.

CIUDAD CHINA

Ya en el rincón de Chinatown, me metí en el fumadero de opio que me había recomendado un actor pobre. Un chino largo y amarillento me sonrió desde la ventanilla de una casa cerrada. Me acerqué y le dije que quería fumar un poco de opio. El chino se sonrió nuevamente y me invitó a pasar, pero sin hacerme ninguna promesa. Ya adentro, empezó a examinarme con su ojo tétrico y zahorí. Le cité dos nombres conocidos y le hice ver que era extranjero. Desvanecido su temor me llevó hacia el fondo de la casa. De repente una puerta se abrió y apareció ante mí algo que me sobrecogió de espanto: sobre grandes cojines de colores múltiples reposaban diez o doce personas, unas con la pipa encendida y otras en un estado de embriaguez tal, que mostraban impudicamente las carnes desnudas.

Resultantemente tomé mi asiento y mi pipa y a fumar... Dormí largo, pero el sueño amable no apareció... A las diez de la mañana desperté con una neuralgia atroz y con los bolsillos vacíos... Me habían robado hasta el reloj... Cuando reclamé mi dinero, el chino volvió a sonreír y en su inglés pavoroso me dijo:

If you not go policeman come.

Malhumorado y sin un céntimo eché a andar hacia la ciudad, que me recibió helada y llena de rezongos como una madrastra.

La otra noche, a raíz de una de esas refriegas de odios ancestrales entre los "Hip-Sing-Tong" y "On-Long", ví otra vez el famoso barrio fundado por Ysen-Che-Long. Una gran tristeza me invadió al ver que todo se va yendo irremediablemente hacia el olvido.

¡Adiós, noches de opio y de artistas exóticas! ¡Adiós bacanales de "Las Mil y una Noches"! Chinatown ha muerto definitivamente. Los templos de Baco y los fumadores inmundos están en ruinas. Las sombras negras que cruzan por sus calles parece que estuvieran de duelo por la muerta alegría de la ciudad legendaria.

S E P T I E M B R E

Todo bulle, todo grita, todo se agita y alza:
las escuelas, las fábricas, las grandes masas campesinas.
Día y noche los hombres cruzan las calles.

—¿Desembarcan los marinos?
—¿Se cae el gobierno revolucionario?
Las paredes sucumben ametralladas de pasquines:
“¡Viva el gobierno cubano de Grau San Martín!”
“¡Mueran los monopolios!”
“¡La Juvenil Comunista contra el Imperialismo y sus lacayos!”
“¡Abajo el Gobierno de Grau!”
“¡El Ala Izquierda Estudiantil Protesta:
“¡Contra la Discriminación del Negro!”
“¡Contra la Intervención!”
“¡Contra el Burgués Gobierno de Estudiantes!”
“¡Defensa Obrera Protesta contra el Terror!”
“¡Viva la Revolución Auténtica!”
“¡Fuera la Marina Yanki!”

—Los comunistas provocan la intervención.
—No, compañeros;
nosotros luchamos contra el imperialismo.
—Este es un gobierno del pueblo;
Carbó y Grau son comunistas.
—No, compañeros,
este es un gobierno burgués, latifundista.

Radio Emisora D. E. U.:
El Directorio Estudiantil pide al país... pu... pu... pu...
(¡Qué lástima! Interrupción).
Estación American:
—El A. B. C. es la esperanza...—Quiten eso, hombre, quiten eso.
(Gritan desde la calle):
—Este Gobierno es cubano, antiingerencista. (Aplausos. Silencio)
Estación Columbia:
—El Sr. Presidente ha terminado su discurso. Buenas Noches.
Estaremos mañana otra vez en el aire.

Los periódicos gritan con voz de negros títulos:
“La Confederación Anuncia la Huelga General”.
“El Coronel Batista dice que no es Chileno”.
“Las Masas Campesinas... ‘Jaronú...’
“Choque en Mabay”. “Soviet en Senado”.
“Traslados de Porristas a La Cabaña”.
“Agrávase el Conflicto del Nacional”.
“Más Cruceros a Cuba”.
“Dan Muerte a Dos Hombres Varios Desconocidos”.
“Sumner Welles declara que su Gobierno no Reconocerá...”

(Pasa a la Página Última, columna 5.)

Y en los autos lujosos,
hasta ha poco cargados de sonrisas propicias y de canes de raza,
soldados y estudiantes,
Brownings y Springfields,
Springfields y Brownings,
¿Para qué? ¿Contra quién?
Sólo hay entusiasmo en las calles.
Ah, pero en los campos y en los portales públicos de la ciudad,
hoy más que ayer,
las masas oprimidas
agravian a la patria con sus gritos de hambre.

DIA 29.

Todo estalla, todo se incendia, revoluciona y enrojece
los campos, las ciudades, la inmensa clase de explotados.
Día y noche las masas invaden los caminos:

—¡Compañeros, al entierro del camarada Mella!
¡Compañeras, acompañemos las cenizas de Mella!

Los estandartes rojos flamean:
“¡Por la Revolución Agraria y Anti-Imperialista!”
Las banderolas rojas flamean:
—“¡Tenemos hambre!”
Los cartelones rojos flamean:
“¡Contra la Guerra y el Fascismo!”
Y allá en la Plaza de la Fraternidad,
distante del rebaño de religiosas cruces,
el obelisco a Mella flamea:
“¡Viva el Partido Comunista!”
Y en toda mente joven,
y en todo pecho púgil,
y en todo proletario,
las palabras hecha músculos de Julio Antonio Mella flamean:
“Hasta después de Muertos Somos Útiles”.

De pronto,
alguien con voz de crimen amartilló la orden:
¡Fuego! ¡Fuego!
—Tac... tac... tac... tac... tac... tac...
Tactactactactactac... tactactactactactac...
¿Qué es eso? Terror, terror, confusión y espanto.
¿Quién lanza esa jauría de hierro contra la multitud?...
—Tac... tac... tac... tac... tac... tac...
Tactactactactactac... tactactactactactac...
—Compañeros, no corran; son ladridos al aire.
¡Al aire! Pero en las calles, rígidos,
desgarrados por negras dentelladas de balas,
un hombre; tres, y otro más,
muestran ensangrentadas las carnes proletarias.
—Tac... tac... tac... tac... tac... tac...
Tactactactactactac... tactactactactactac...
—Compañeros, formemos filas;
este gobierno no ametralla trabajadores.
Sí; pero entre sangre y lodo ante el mundo, testigo,
ahí está,
—rosa de carne abierta ya a la muerte—
la cabeza de un niño... un niño... un niño!

—¡Abajo el crimen!
(Alguien se yergue con un Thompson de coraje).
—Tac... tac... tac... tac... tac... tac...
—¡Asesinos!
—Tac... tac... tac... tac... tac... tac...
—¡Muera el gobierno demagogo!
Ya e... ta e... ta e... ta e... ta e... ta e... ta...
Y un cruel Shrapnell de injuria,
cargado no se sabe con qué materia de ira,
explotó brutalmente sobre el tumulto:
—¡Su madre...!

I I

Todo gira, todo cambia, se modifica o se transforma:
la sociedad, las leyes, las cosas, la existencia.
Día y noche los ríos corren sobre la vida.
La esclavitud de clase, la explotación, las cárceles,
pasará todo, pasará todo... todo!
Pero mientras un día, un día,
—en este salto humano a un mundo menos sórdido—
ante el alud de hierro,
contestarán cargadas las masas proletarias,
¡quién sabe con qué ocultas tempestades de odio!

La Habana, 1933.

R E G I N O P E D R O S O



EL CIELO ENVENENADO POR CONAN DOYLE

CAPITULO VI

—Tengo para mí—pronunció Summerlee con acento de convicción profunda— que es ilógico suponer que otros hayan podido salvarse. Fijaos en Malone, que es fuerte como un toro y que carece de nervios casi por completo. Sin embargo, ayer apenas podía subir la escalera y al final de ella cayó sin sentido. ¿Cómo es posible que otros hayan resistido diez y siete horas?

—A no ser que haya habido quien, como Challenger, previera la catástrofe y adoptara las precauciones adecuadas para soltarla.

—Esto me parece poco probable—aseguró Challenger—. Ese conjunto de observación, de deducción y de imaginación adivinatoria que me ha permitido prever el peligro, rara vez se encuentra en este mundo deshabitado.

—¿De modo que cree en la muerte universal?

—No veo modo hábil de negarla. Sin embargo, recordemos que el veneno era más violento en las capas inferiores que en las superiores del aire, o que obraba de abajo arriba; cosa rara en verdad, pero cierta, y que nos permitirá hacer estudios e investigaciones apasionados. Si admitimos que puede haber supervivientes, será preciso que los busquemos hacia algún pueblo del Tíbet, de Bolivia o de los Alpes, situado a miles de metros sobre el nivel del mar.

—Como no existen ni ferrocarriles ni navíos, tanto monta hablar de supervivientes en la Luna. Lo que me pregunto es si ha terminado ya el drama o si estamos solamente en un entreacto.

Summerlee, con el pescuezo alargado, inspeccionaba circularmente el horizonte.

—Por todas partes se ve un cielo sereno. Lo mismo sucedía ayer, sin embargo. Eso quiere decir que quizá no ha terminado la representación.

Challenger se encogió de hombros.

RESUMEN DE LOS CAPITULOS ANTERIORES

Challenger, el célebre sabio inglés, ha descubierto que la tierra iba a entrar en una zona de gases deletéreos que podían, que debían aniquilar toda la vida animal en su superficie. Lo cual es una forma fulminante de ese fin del mundo que ha obsesionado el cerebro de los pensadores desde hace siglos y siglos. Challenger se encuentra en su villa de los arrabales de Londres, metido en una habitación herméticamente cerrada, con su mujer y unos amigos llamados con urgencia, a saber: el joven Malone, periodista; Summerlee, otro sabio rival en ciencias del profesor, y en fin, lord John, gran deportista, gran cazador.

Challenger, llamando a sus amigos a su lado, tuvo la idea genial de pedirles que aportaran botellas de oxígeno que les permitieran respirar casi normalmente en su prisión, mientras que en el campo circundante, gentes y animales caen asfixiados. Las horas transcurren lentas y trágicas. El oxígeno se agota y los condenados se preparan, a su vez, a morir valerosamente, cuando reciben un reflejo de esperanza. En ciertos instantes ellos constatan que el aire se hace respirable. Libres de una horrible angustia, locos de alegría, se precipitan hacia afuera. Pero entonces comprueban, con una abrumadora tristeza, que ellos son los únicos supervivientes del cataclismo.

—Volvamos a nuestro fatalismo—propuso—. Suponiendo que el mundo haya tenido que soportar otra prueba parecida a la actual, habrá sido siglos antes. Podemos, pues, esperar razonablemente que tardará mucho tiempo en repetirse el suceso.

—Perfectamente razonado— aprobó lord John—, pero sucede muchas veces que cuando acaba de ocurrir un terremoto, la tierra tiembla otra vez al cabo de poco.

Creo que obraríamos con prudencia yendo a estirar las piernas y a respirar con holgura mientras podamos hacerlo. Como no disponemos de oxígeno, lo mismo dá que el cataclismo nos pille en un punto que en otro.

Por un curioso efecto de reacción, después de nuestras emociones de aquellas últimas veinticuatro horas, un letargo absoluto se apoderó de nosotros.

Era un torpor moral y físico a la vez, un sentimiento profundo de la insignificancia de cuanto quedaba sobre la Tierra, de que todo producía un cansancio inútil.

El mismo Challenger había sucumbido a su influencia. Para arrancarle del sillón donde permanecía hundido y como clavado con la cabeza entre las manos, y sin pensamiento, lord Roxton y yo debíamos cogerle por los brazos, sin recibir de él, como gracias, más que el gruñido de un dogo encolerizado.

Cuando hubimos salido de la casa y andado un trecho al aire libre, nuestra energía habitual quedó recobrada.

¿Qué debíamos hacer para escapar, en aquel mundo convertido en un cementerio? Jamás, desde el alba de los tiempos, se hicieron los hombres semejante pregunta. Verdad es que en lo porvenir tendríamos con qué atender a todas nuestras necesidades físicas. Hasta lo superfluo abundaba. Almacenes de víveres, provisiones de vinos, tesoros de arte, todo nos pertenecía; sólo nos costaba el trabajo de cogerlo. Pero, de momento, ¿qué debíamos hacer?

Algunas tareas urgentes se imponían. Bajamos a la cocina y tendimos en sus camas a las dos sirvientas. Parecía que hubiesen muerto sin padecimientos, una sentada en una silla cerca del hornillo, la otra en el suelo de la despensa. Después fuimos a levantar al pobre Austin. La muerte había puesto sus músculos dureros como si fueran de madera, y la contracción de las fibras imprimió a su boca una sonrisa sardónica.



Esa sonrisa, o mejor, ese "rictus", era común a todas las víctimas del veneno. Por donde quiera había caras que hacían visajes, que parecían burlarse de nuestra espantosa situación y que sonreían atrozmente a los afortunados supervivientes de la raza.

—Veamos—dijo lord John paseando nerviosamente por el comedor, mientras nosotros comíamos.—Ignoró cómo piensan ustedes; pero por mí sé decir que no me siento capaz de permanecer aquí mano sobre mano.

—Tenga la bondad de decirnos lo que conviene hacer—respondió Challenger.

—Mi idea es que podríamos salir de aquí, ir a enterarnos.

—No está mal pensado.

—Pero no limitarnos a estos contornos. No. Todo lo que podamos ver en ellos, lo vemos ya desde aquí, desde la ventana.

—Entonces, ¿adónde quiere que vayamos?

—A Londres.

—Perfectamente—masculló Summerlee.—Usted puede sentirse capaz de andar millas; pero no respondo de las cortas piernas de Challenger. Y por mi propia cuenta, renuncio generosamente a tan largo paseo.

—Si quisiera usted, caballero—dijo Challenger—limitar sus observaciones a su propio físico, encontraría materia para muchos chistes.

—No tenía intención de ofenderle—querido Challenger—declaró Summerlee.—No puede usted—añadió con su taeto habitual—ser responsable de su físico. Si la naturaleza le ha dado un cuerpo rechoncho y pesado, cómo se las compondría para no tener cortas las piernas?

Harto furioso para responder, Challenger se limitó a rezongar y se le movieron los bigotes y barba de un modo alarmante.

Lord Roxton tuvo que intervenir para evitar que la querrela tomase pésimo cariz.

—Habría usted de andar—dijo dirigiéndose a Summerlee.—¿Qué necesidad tenemos de ello?—preguntó.

—¿Acaso piensa usted tomar el tren?—interrogó Challenger, aún emberrenchinado.

—Me parece que tenemos el automóvil.

—No sé andar como se debe—contestó el profesor.—Sin embargo, tiene usted razón en creer en la inteligencia, en el que la posee en un grado especial, debe tener ductibilidad bastante para plegarse a to-

das las exigencias. Su idea es excelente, lord Roxton. Voy a llevarles a Londres.

—No hará usted semejante cosa—protestó Summerlee con decisión.

—No, ciertamente—apoyó la señora Challenger.—Recuerda que probaste una vez y hundiste la puerta de la cochera.

—Fue un instante de distracción—respondió con serenidad Challenger.—¡Ea! ¡Está dicho! Os llevo a Londres.

Lord John resolvió el conflicto.

—¿Qué automóvil tiene usted?—preguntó.

—Un Humber de 20 H. P.

—He conducido uno durante varios años. ¡By George! ¡Poco me figuraba entonces que algún día seríame preciso transportar a la humanidad entera! Sólo tiene cinco asientos si no cuento mal. Arreglen sus trabajos. A las diez en punto el coche estará listo.

A dicha hora el auto, trepidante y resoplante, salía del patio teniendo en el volante a lord Roxton.

Subí a su lado. En el fondo estaban la señora Challenger, que se instaló entre su marido y Summerlee, semejante a un Estado neutro entre dos grandes potencias belicóras.

Luego lord John aflojó los frenos y partimos a tercera velocidad para el viaje más extraordinario que se haya realizado desde que apareció el hombre sobre el haz de la Tierra.

Imagínese el encanto de la naturaleza en aquella mañana de agosto: la frescura del aire, el resplandor dorado del sol, la pureza del cielo, el verde sustancioso de los bosques de Súrcex, el color púrpúreo de los espinos de las dunas.

Por su belleza pomposa, el panorama excluía toda idea de cataclismos a no ser por el silencio solemne en que todo estaba envuelto.

No hay campaña alguna, por alejada que esté de toda población, en la cual no circule un rumor de vida bastante profundo y constante para que al final nadie se fíe en él bien así como los que habitan en la ribera del mar acaban por no oír el rumor de las olas.

El correo y el riar de los pájaros, el zumbido de los insectos, el eco lejano de las voces, el ladrido de los perros, la marcha notante de los trenes, el chirrido de las carretas, forman una nota baja y sostenida que hiera los oídos, aun los más insensibles.

Aquella nota nos faltaba. Aquella paz

mortal tenía algo de temeroso. Era tan impresionadora, tan solemne, que el runrún de nuestro motor parecía causa de una violencia inicua, de un insulto grosero a la taciturnidad venerable que como un paño funorario cubría las ruinas de la humanidad. Añadiéndose al horror de los incendios, que aquí y allá arrojaban torrentes de humo por encima de las casas, nos helaba el alma mientras recorriamos con la mirada el glorioso panorama del Weald.

¡Además había los muertos! Al principio sus grupos sin número y sus caras contraídas y convulsas nos llenaron de espanto.

La impresión fué tan viva y aguda que aún me parece estar realizando la lenta bajada hacia la estación: aquí están la niñera con los dos pañuelos, el rocínante arrodillado entre varas, el cochero casi cayendo del pescante, el joven pasajero disponiéndose a saltar a la carretera por la portezuela abierta; los seis segadores caídos en desorden, unos sobre otros y cuyos ojos miraban fijamente la claridad del cielo.

Todo eso lo veo como en una fotografía. Pero bien pronto, gracias a la eliciente organización de la naturaleza, más nervios sobreexcitados cesaron de contraerse.

El horror, a fuerza de ser inmenso, perdía todo aspecto particular. El individuo se fundía en el grupo, el grupo en la muchedumbre. En cada escena sólo se veía el fenómeno universal, que se acababa por aceptar como una especie de detalle inevitable.

Únicamente cuando un incidente demasiado brutal o harto burlesco llamaba la atención, el espíritu, por el súbito choque, volvía a darse cuenta de la significación personal y humana del conjunto.

Lo que nos producía una emoción más violenta era ver tantos niños muertos. Nuestra conciencia se rebelaba indignada ante tamaña injusticia.

Poco faltó para que lloráramos—y la señora Challenger lloró en efecto—cuando al pasar por delante de una escuela pública, vimos en el camino un rastro de inocentes víctimas.

Despedidos por los maestros aterrados, los escolares corrían desolados hacia sus casas cuando el veneno les cogió en su redada.

Muchos fueron los que, al anunciarse el peligro, se asomaron a sus ventanas: no
(Pasa a la página 57.)

Correspondencia de la Moda

por

Madame Andréé

Bizet

(Especial para BOHEMIA.)



Fig. núm. 1.—Traje de golf en lana marrón y blanco, adornos de castor y sombrero de antilope.

(Foto LUIGI DIAZ, París.)

París comienza a despertar de su letargo con la entrada del invierno. Casi todas las noches, en el Palais de Sport y en el Palais de Glace, la juventud deportiva se da a la alegría del patín. Hay noches de gala, como por ejemplo en la que nos fué presentada la estrella noruega Sonja Henie, y en la cual pudimos ver una afluencia de elegantes como sólo se ven en los grandes y triunfales días de Arteuil y Longchamps o en los abolidos bailes de la Opera.

El lago del Bosque de Bolonia fué entregado por completo a los patinadores, así como el Gran Canal del Palacio de Versalles, construído por Le Notre. Y Saint-Moritz y otros sitios de los Alpes son el rendez-vous de la generación deportiva y elegante que vemos, durante el verano, bronceándose la piel en las arenas gratas de Niza, de Cannes, de Biarritz.

¡Los trajes de sport!

He aquí una de las dificultades de la moda. Pocas veces, es ciertó; los modistos supieron triunfar como en nuestra época de esa bestia negra que se llama "traje de sport". Ved los álbumes en donde aparecen nuestras damas conduciendo el primer automóvil, jugando el primer tennis,



Fig. núm. 2.—Conjunto de sport, en lana beige, chaleco de gato salvaje de México. (Foto LUIGI DIAZ, París.)

haciendo el juego invernal del primer ski. Los modistos cayeron, inteligentes y finos como son para atrapar las sugerencias que les da el tiempo, cayeron de acuerdo, repito, para imponer a hombres y mujeres la sobriedad en el traje de sport. Por las mañanas, en el Bosque, podemos ver esos trajes que comunican, a la mujer que los lleva, un real encanto. Es preciso que la

mujer sea siempre mujer, aún cuando acepte el traje de sport que a veces la masculiniza con atrevimiento. Yachting, caballo, golf, caza, tennis, ski, patin, etc., son pretextos para dar a la mujer un aire masculino bien marcado: el secreto consiste en no dejarse ganar mucho!

Esa estrella de cinema que se viste de hombre lo hace, querida lectora, sólo para llamar la atención. Es una manera como cualquiera otra de hacer su reclamo. Está en su derecho. Pero una dama elegante que no tiene reclamo que hacer en público debe guardarse muy mucho de semejante ridículo. Las mujeres nos vestiremos de hombres; pero, ¿es que los hombres se vestirán de mujeres? ¿No? Pues guardémoslo nuestro, que es bien nuestro! Para nosotras el terciopelo, la seda, el brocado, la ciberna, los elementos nobles del lujo. Para nosotras el armiño y la gracia suntuosa! ¡Para nosotras lo femenino!

Dentro de las concesiones que da el invierno a la mujer para parecerse un poco al hombre están, según las fotografías que os envío esta semana, los elementos puramente deportivos, ajustados al cuerpo para facilitar los movimientos, las líneas rectas, los ángulos precisos que exige el sport.

La figura número 1 os muestra un traje para el golf cortado en lana marrón y blanco, con cuello y adornos de castor. El sombrero es de antilope color beige, que nosotras llamamos aquí "gros grain". Los botones son de madera. Es una creación de Patou, como las demás que ilustran esta plana.

La figura número 2 os enseña un conjunto para hacer patín sobre el hielo o simplemente para pasear por las mañanas frías, al aire libre. Es un conjunto cortado en lana beige, muy simple, ceñi-



Fig. núm. 4.—Abrigo de sport, para manejar el automóvil en las mañanas frías, color blanco.

(Foto LUIGI DIAZ, París.)

do al cuerpo. El sombrero es también un fieltro beige. Pero el chalco está confeccionado en "ocelot", es decir, en piel de gato salvaje de México, que es decorativo en extremo y cálido y suave al tacto.

La figura número 3 es un traje también para las mañanas frías en que se dan paseos al aire libre. Falda y jaquette en "cheviotte" azul y sweater tejido en hilo blanco. En cuanto al sombrero, adornado de cuero rojo, luce y preserva a la vez.

Falta la figura número 4, de Patou también. Es un abrigo de sport. Cortado en lana blanca. Entre las solapas aparece un echarpe rojo, blanco y azul (los colores pueden variar al infinito, porque el blanco, color dominante del conjunto, soporta todas las fantasías.) El sombrero es azul marino. Ideal

(Pasa a la Pág. 60.)

Fig. núm. 3.—Traje de "cheviotte", sweater de hilo blanco, sombrero de fieltro adornado de cuero rojo, de Patou. (Foto LUIGI DIAZ, París.)



La Enmienda Platt no Importa

por

Juan Marinello

Tiene la Enmienda Platt, innegablemente, su mitología. La Enmienda es nuestra salvación, gritan todavía viejos auténticos. ¿Qué sería de nosotros sin ella?—añaden. La Enmienda es la causa verdadera de nuestro desastre nacional, aseguran jóvenes letrados, de esos de espíritu estrechamente universitario, hijos espirituales de Sánchez de Bustamante o de Hernández Cartaya, para los que la ley escrita tiene significación sustancial y vida autónoma. Y, la verdad es que, ni la Enmienda Platt nos ha perdido, ni tiene virtud para salvarnos. El famoso apéndice es cosa que no importa ni poco ni mucho en el caso colonial de Cuba. No estuvo mal que cuando fué impuesta a nuestros mansos constituyentes de 1901 se debatiera sobre las excelencias o peligros de la Enmienda. Estuvo bien entonces el debate porque no se había aclarado hasta el punto necesario la verdadera acción del capital financiero yanqui en las tierras del Sur del Continente, ni se sabía, cómo se sabe ahora, que el imperialismo es un fenómeno económico de absoluta forzosidad, de ineludible fatalidad, cuya fuerza está por encima de acuerdos internacionales. Discutir ahora si la Enmienda Platt ayuda o estorba a nuestra tierra es, además de imperdonable anacronismo, un modo demagógico de distraer la atención popular de los aspectos verdaderamente entrañables de nuestro caso. Nunca se dirá bastante, nunca se aclarará excesivamente que la supresión de la Enmienda Platt nada significa para Cuba.

La Enmienda Platt (no es más que la expresión jurídica de un profundo hecho económico) y, como tenía que ser, expresión inauténtica, desnaturalizada del mismo. Cuando los gobernantes de Washington la impusieron a nuestros constituyentes intuían, presumían, la importancia que la penetración del dinero estadounidense iba a tener en nuestra isla. La obra política de nuestros "tutores" no pudo ser entonces más hábil. Impusieron un texto legal que les aseguraba, en casos excepcionales, el arreglo de nuestras querellas a su mejor gloria. Era el modo de ocultar la verdad. El "americano" vendría solo cuando nuestras discordias lo impusieran. Mientras esto no ocurriese, seríamos totalmente libres. ¿Podía esperarse más desinteresada acción? Adviértase cómo, de la misma manera que en otras ocasiones, el capitalismo cubría con síntomas de poca monta, con síntomas negativos, la verdadera realidad antihumana que es. El pueblo norteamericano es de innegable grandeza, gritaron los cubanos todos. Seremos libres mientras nos portemos bien. Y se hizo, por boca de un gran culpable, Manuel Márquez Sterling, una frase solemne y bien entonada: "Contra la ingerencia extraña, la virtud doméstica". Seamos buenos, seamos ejemplares. Así, nuestros amigos nortños nos dejarán vivir. A los "amigos", claro está, sólo les importaba nuestra compostura de niños bien criados para asegurar con mayor tranquilidad un poder económico casi invencible. Mientras mantuviésemos una conducta aceptable, el puñal de oro iría hundiéndose lenta y seguramente en nuestra carne indefensa. Cuando alguna travesura viniera a turbar la jugosa maniobra, el tutor haría valer la facultad "aceptada" por los cubanos, de volvernos, a golpe de rifle, a la conveniente paz bucólica. Es decir: para los casos de travesura molesta, ahí estaba la Enmienda; para los instantes de interno sosiego estaban el derecho de propiedad y la fuerza militar para hacerlo valer. El generoso tutor había echado sus cuentas con insuperable maestría.

Han pasado más de treinta años. El poderío económico se ha afirmado a perfección. Somos ya una factoría yanqui. Pero ahora la conciencia popular no es la de 1901. Hace treinta años los barcos yanquis fueron saludados como salvadores. Ahora han sido recibidos como lo que son: como esclavizadores. Muchos sectores de la población cubana saben ya que la Enmienda no fué "la garan-

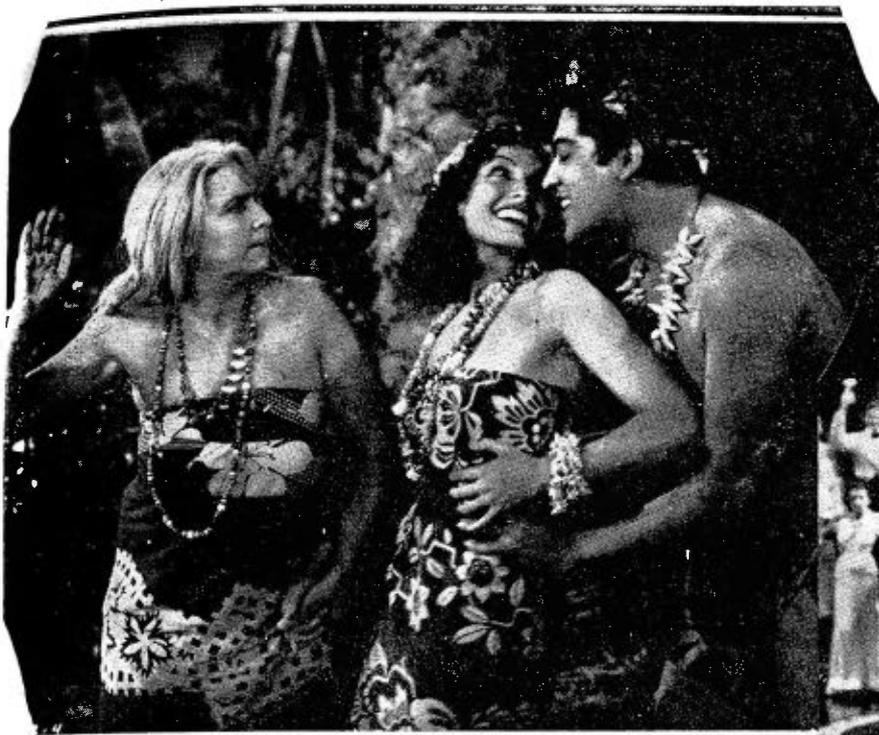
tía de la soberanía de Cuba", sino un dogal jurídico que completaba, para los casos extremos, el escamoteo de las fuentes vitales de la isla. El yanqui, avisado y ladino como en 1901, sabe que el pueblo cubano empieza a ver claro en su grave problema y toma engañosas medidas para de nuevo ponerle vendas espesas ante los ojos. Anuncia a bombo y platillo, que será derogada la Enmienda Platt, que Cuba será,—ahora sí,—verdaderamente libre... El Gobierno de Grau y Batista habla también, fiel a su rol, de trabajar activamente para echar abajo la Enmienda. En esto—¡alerta, cubanos!—están perfectamente ensamblados los designios de Roosevelt y los de Grau. Hay que dar al pueblo, a toda prisa, la sensación de que rompemos las cadenas yanquis, de que llegamos a la mayoría de edad y nos decidimos a andar sin tutorías molestas y denigrantes. ¡Fuera la Enmienda Platt...!

Es muy probable que la Enmienda Platt desaparezca. Con ello los gobiernos falsamente anti-imperialistas, como el que Cuba padece ahora, llevan a cierta masa sin luz la impresión de una verdadera obra libertadora; los gobiernos falsamente anticapitalistas como el de Roosevelt, ofrecen el espectáculo de una "magnanimidad" inusitada. Y las cosas siguen en igual estado. No tiene ya el vecino poderoso el articulado de que echar mano para los momentos agudos, pero tiene los barcos, que es lo importante. No han existido nunca Enmiendas en Nicaragua, ni en Haití, ni en México y allí han ido los soldados de U. S. A. cuantas veces ha interesado al tutor. Mañana llegarán a La Habana y a Santiago con las armas dispuestas al disparo sin Enmiendas que lo autoricen.

Quede aclarado de una vez por todas que este propósito de suprimir la Enmienda es parte de la política de Roosevelt por "libertar" a los pueblos "amigos" del Continente. Roosevelt y sus inteligentes consejeros advierten hasta dónde los pueblos sureños han penetrado la esencia de su dominio y organizan una serie de movimientos tácticos para crear la ilusión de que las cosas cambian, de que el mundo va a entrar en una era de justicia. Los pueblos, las masas no cómplices, deben ver claro en el fondo de la nueva maniobra imperialista. Nada significa que caigan tratados ni se modifiquen textos legales. Lo importante es que cambie la realidad económica de la que nacen leyes y convenios. No viene el acorazado norteamericano a Cuba porque una ley lo admite, sino porque la tierra laborable y la industria y buena parte del comercio son del dueño del acorazado. No viene el barco a mejorar la situación del criollo, a "restablecer el orden", sino a alargar un orden que mantiene al trabajador de nuestros ingenios en condición esclava. A eso viene el barco yanqui con Enmienda y sin Enmienda.

En cuanto al gobierno cubano, ya sabemos que, deseoso de mantenerse en el mando aceptando una situación monstruosa de la que recibe fuerza y alimento, vé en la supresión de la Enmienda una manera de despistar y de hacer creer que se interesa de veras por nuestra liberación nacional. Mientras quiere dar esa impresión, pacta con Mr. Caffery, el hombre siniestro de las huelgas bananeras colombianas, que se hará zafra echando por tierra cuanto en heroicas luchas ha obtenido nuestro proletariado azucarero, que se mantendrán en los centrales el hambre, el trabajo agotador y la fiscalización inquisidora del Administrador yanqui. El estado de guerra—, se ha acordado—, regirá durante la zafra en los campos cubanos. ¿Se comprende el horror que esto significa? La esclavitud que la Enmienda quiso asegurar queda así cumplida por el gobierno de Grau y Batista, por el mismo gobierno que promete echar abajo la Enmienda Platt y libertar económicamente a Cuba... El calificativo que este juego infame merece está ya en la boca del lector de este artículo.

Las Estrellas de "Campoamor" y "Encanto"



El popular astro mexicano JOSE MOJICA, ha realizado un film todo saturado de rítmicas ondulaciones hawaianas. El actor que tanto admiran las cinefans habaneras, luce en "La Melodía Prohibida", además de sus dotes de cantante, sus bellas formas de hombre primitivo. Se estrenará "La Melodía Prohibida" en el teatro "Campoamor", el día 19 del presente.



JOAN CRAWFORD, otra vez y siempre. La maravillosa actriz, que tuvo sus comienzos cinematográficos con papeles de bailarina, vuelve por sus pasos triunfales en una película de bello argumento, a la pantalla del "Encanto", el lunes 22.



He aquí una escena de la producción "El hombre invisible", que protagonizan Claude Rains, Gloria Stuart y William Harrigan, y que podrán admirar los asiduos del "Encanto", a partir del jueves 18.

LEILA HYAMS, la adorable rubia de la Metro-Goldwyn-Mayer, vuelve a la sábana de plata en una graciosa trama titulada "Caballeros Rústicos". La acompaña en el reparto el cómico Summerville. Se estrenará en el "Encanto" el lunes 15.



• EL MEDICO • PAGARA EL ENTIERRO •

Un clínico de Inglaterra, Lawrence Thomas Kennet, acaba de expresar esta idea en un estudio sobre el mecanismo de las secreciones internas: Los médicos deben pagar el sepelio de sus clientes. Si eso se lograra, mediante una legislación adecuada, el arte exquisito de curar daría un formidable paso de avance y la grippe más modesta dejaría de ser un misterio para nuestra terapéutica.

Yo no sé una palabra de medicina. Jamás llegué a la gruta de Asclepios con un gallo negro entre las manos trémulas. Jamás esparcí sus plumas sobre la piedra oracular, blanca y lisa, mientras del desierto llegaba el largo ululeo de los chales ávidos. Pero, bajo mis costuras espesas de dramática ignorancia, comprendo turbiamente que ese consejo del clínico inglés está lleno de sabiduría. El médico que se viera obligado a aderezarle la sepultura a su cliente, se convertiría inmediatamente en un macizo Tratado y timonearía la ciencia con su secretario. En Cuba, donde el Gobierno Provisional se ha preocupado de todo—desde el reparto de tierras hasta la estructuración ideológica de la sopa de fideos—podría acometerse esa labor en la seguridad que con ella se obtendrían resultados positivos y tangibles, para la comunidad. Dentro del mismo decreto de colegiación médica podría interpolarse ese precepto y de esa suerte el áspero debate en que toman parte Gustavo Aldereguía, Pedro Herrera Sotolongo y Jesús María Bouza, bifurcaría francamente hacia la seriedad, eludiendo de paso posibles tragedias.

El médico que se viera constreñido por un decreto-ley a pagar el entierro del cliente putrefacto—al cual él asistió, por ejemplo, de cálculos en el riñón y se le fugó hacia el cementerio, rompiendo todos los cálculos, a remolque de un antrax avieso o de una fluxión inverecunda—inmediatamente frotaría su terapéutica con nuevas experiencias científicas y a partir de aquel instante lúgubre, recordando que el funeral le costó muy caro, afilaría el diagnóstico con objeto de evitar en el futuro una nueva quiebra científica y presupuestal.

Los chinos, maestros en todo,—en la pólvora, en la brújula, en el chiharrón dilecto, en el paconio crudito—hace muchos siglos inventaron un excelente método para avivar las investigaciones científicas del Instituto Clínico de Peking. El facultativo asiático, por un rescripto imperial, cada vez que le fallecía un cliente, tenía que incorporar a la fachada de su domicilio un farolillo rojo. Había médicos chinos, que tenían la fachada de su casa convertida en una iluminación brillante y deslumbradora. De esta manera el Imperio lograba, sin costo de ninguna clase, un doble beneficio: el alumbrado de la capital y la llamada previsoras al enfermo para que supiera a qué manos confiaba su intestino desarbolado. Y fué tan sabia esa pragmática del Imperio que Sun-Yat-Sen mantuvo ese apostolado en su programa y la República adoptó

esa legislación precautoria y sabia.

En Cuba, desde luego, podría implantarse el procedimiento chino. Se procuraría espaciar las residencias de los médicos y de esta manera, al cumplirse los preceptos de la ley, cada noche, con sus múltiples farolillos rojos, tendidos en forma de guirnalda vistosas, la Habana asumiría un carácter luminoso y festivo. Y de seguro que ese sería un sedante para apaciguar el debate ideológico en que cada día contienden con furia los doctores Gustavo Aldereguía y Jesús María Bouza.

Pero no. Hoy el kilowatt está barato y la medida perdería gran parte de su eficacia. Es mejor aprobar la recomendación del clínico inglés.

¡Oh, sí! Los médicos deben pagar el sepelio de sus clientes. Este consejo de un gran clínico de Inglaterra debe convertirse en un decreto-ley del Gobierno Revolucionario, con objeto de propiciar aguzadamente el estímulo de las investigaciones médicas.

Yo, que soy un hombre prudente,—porque en el tratamiento de la grippe continúo siéndole fiel al cloruro de amoníaco y al jamba de codeína—, antes de proponer que sea aceptado ese consejo y transformado en ley de la República, he querido asesorarme con la Facultad.

Audí junto a un médico ilustre cuya ciencia y cuyo saber admiro desde hace mucho tiempo. Me recibió como siempre, cordial y afable. Resumió para mi contento un episodio inédito de la vida de Máximo Gómez sobre el cual adiestra su erudición. Me recitó, de paso, para inspirarme de ritmos eternos, una estrofa de las "Fiestas Galantes" de Verlaine. Me explicó los síndromes esenciales del cáncer en la cabeza del páncreas. Me contó sus éxitos crecientes en el domínio y evocó una partida letana en que él y yo, de compañeros, demoliéramos a un académico y a un colono.

Y me dijo finalmente: —Creo que los médicos deben pagar el sepelio de sus clientes. Es el rescate obligatorio de una terapéutica que falla. Pero en el decreto-ley del Gobierno Revolucionario donde eso se establezca, debe hacerse una aclaración: el médico escocerá el tipo de entierro. Porque, de lo contrario, el beneficio podría perderse.

Solicité un esclarecimiento de estas palabras y mi ilustre amigo añadió: —Hombre, sí. Yo tengo un espíritu inclinado a lo decorativo. Sé que mis servicios funébricos serían llenos de majestad y brillantez. Los sepelios de hoy son chatos y vulgares como una chancleta de baño. Y lo primero que yo haría — cuando me llegara la hora de pagar los funerales de un cliente—, sería festejar el entierro, para lograr de esa manera que la Terapéutica, al fin, se convirtiera nuevamente en una bella cosa.



SYLVESTRE BONNARD

Gritos de histeria y escandaloso reír de lujuria. Llanto triste de niños mordidos por el hambre y la escrófula. Palabras prostituidas de las gargantas quemadas en ginebra. En todos los rincones: la sombra lívida de la Misericordia, la roedora de hombres... (Y de pronto, en la penumbra de "La Luz", la sonrisa roja de un geranio o un clavel; y la blanca sonrisa cándida de un jazmín enredado en la ventanita estrecha, único pulmón por donde respiran los niños del Pasaje).

Una lluvia ardiente de palabras prostituidas cayó sobre el rostro humilde de Inés. Y sobre su vientre,—deforme por la maternidad,—el hombre, borracho, descargó su ira y su miseria.

Nada alteró el ritmo febril del sombrío Pasaje. Cosas de todos los días eran estas cosas, donde las mujeres sufren todas las consecuencias de la terrible tragedia—la miseria—que azota a la sociedad. Inés, requeñea, delgada, humillada por la diaria brutalidad del hombre, sólo sufría un poco más en el mucho sufrir de todos estos seres, atados a un oscuro destino fabricado por los capitalistas.

Madrugada.

En el cuartucho número 13 brilla la luz triste de una lamparilla de aceite.

Un grito hizo saber a los vecinos que Inés tenía un hijo...

Cuando entraron en el cuarto ya Inés había entrado en la agonía. Junto a su cuerpo convulsionado, la lamparilla echaba una luz amarga sobre una criatura hambrienta de la leche materna.

Manos de mujer y manos de niño cortaron todas las florecillas del jazminero para hacer coronas a la que moría.

Amanece de un cielo de nácar. La luna todavía parpadaba sobre el lejano mar.

Cuatro velas y cuatro llantos lloraban la muerte de Inés.

Muerta. Sobre sus labios morados resbalaba una imperceptible sonrisa desvaída. Pero el espanto de sus entrañas estrujadas quedó en sus ojos: abiertos, brillantes, inmensos en la palidez del rostro.

El cuerpo de Inés cayó en la tierra con una dulzura que humedeció los ojos de los hombres del Pasaje.

Luego, sobre la tierra que cubrió su cuerpo, cayó la tarde en silencio...

Le pusieron como al pobre de Asís: Francisco. Ya tenía seis meses cuando se dieron cuenta de que era tonto el infeliz.

Una sonrisa de bestezuela mansa le aclaraba constantemente el rostro. Pero en los ojos—inmensos, espantados, como queriendo salir de la estrechez del rostro—el mismo dolor que bajó a los ojos de Inés en la hora de su maternidad y su muerte.

Nadie escondió nunca a Francisco la historia y la causa de su tontería. Nadie se esconde de los tontos. La vida maltrecha de Francisco—hambreada de martirio—desfiló por todas las bocas. Su vida cotidiana, el aliento empapado en ginebra del hombre que le daba vida y le liquidó la vida. Toda la historia de lágrimas, manso y miseria la colgaron a la vida de Francisco! Y en lo profundo de su tontería se fué clavando el grito de espanto que dió su madre al sentir ultrajado su vientre grávido, y el grito con que entró en la muerte, dejándole a él, guñapo de tristeza en el mundo,



Pasaje "LA LUZ" por Aurora Villar Buceta

Verano del trópico. Arden los frutos de los árboles. En el mar, lejane, crepita el sol.

En el Pasaje "La Luz", acostados en los camastros, los hombres-zánganos miran lujuriosamente a las mujeres propias y a las ajenas, embargadas de trabajo.

Ojos lujuriosos persiguen con mirar soñoliento brazos, piernas, cuerpos...

Junto a una canción ascusual, alguien canta con dulzura maternal:

"La rueda de un coche
a un niño mató.
La Virgen del Carmen
lo resucitó..."

Espigado como un maíz, con su sombra echada casi siempre a la orilla del río, bajo los árboles, amigos dulces de su tontería, Francisco el tonto ya está en la adolescencia.

Dicen que nunca ha pasado un sueño ni un anhelo por sus ojos inmensos.

Hablo del alma herida de Francisco, y me dicen que son tontas misas; que en su conciencia no hay una fibra que esté viva. Que a Francisco nada le duele en la vida; que sólo son sus ansias la casa y la comida...

Se ha hecho amigo mío.

Cuando baja la tarde calla a mi lado, en un silencio sonoro, un poco extraviados los ojos en la lejanía.

Me ayuda a pasar el tosco puente de piedras—erizado de peligros—que une las dos orillas del río... Me aparta con su mano el árbol hosco que puede herir con su espina...

Cuando yo doy las manos fraternales a Francisco, al cielo espantado de sus ojos baja algo: algo dulce y ajeno a su vida en el Pasaje "La Luz". La sombra de Inés—la víctima de estos ciegos días—sonríe tenuemente desde no sé dónde...

Tarde encendida en sangre, donde el lucero es aún un ojo ciego. Me lo encontré a la vera de la colina.

Venía tambaleándose un poco, herido en la sangre del crepúsculo.

—Francisco... ¿de dónde vienes?

—Me ha contestado, enrojecido en un dulce dolor:

—De allá arriba...

Yo le miro: Está enajenado, sustraído a la sordidez de la tierra. Sus ojos me dicen que viene de allá arriba: de mirar el cielo—polvo, brisa, nubes, ...—el cielo de nieve de Inés...

“King-Kong, que se vaya Ramón!”



Estudiantes del Instituto, de la Universidad y de la Normal, organizaron una manifestación de protesta por la tortura del joven Mario Cadenas, por la permanencia de estudiantes en prisiones y por la militarización del Gobierno, paseándose por las calles de La Habana con carteles alusivos y con gritos estentóreos de “¡Muera Batista!” y “¡Abajo Grau!” Aquella demostración, contra el impopular Gobierno y contra el Presidente Grau, dócil a las determinaciones de sus consejeros que cada vez le hunden más en el abismo de la repulsa pública, tuvo también su parte cómica: Al cruzar frente al teatro “Nacional”, los manifestantes se apoderaron de un enorme King-Kong, al que escribieron con yeso “Batista”, continuando después con éste coro jocoso que entonaban varios cientos de voces: “King-Kong, que se vaya Ramón; King-Kong, que se vaya Ramón...”



(Fotos de Vales para BOHEMIA.)

PESADILLA EN GRIS MAYOR

por
ARMANDO
LEYVA

Procedentes de Calmanera llegaron, en las primeras horas de la mañana, dos destroyers de los cuales desembarcaron varios números de Infantería de Marina. Se afirma que esta fuerza es la avanzada, con carácter policial, de próximos y fuertes contingentes de la misma arma.

Sin que hasta el momento lo hayamos podido confirmar, corre insistentemente el rumor de que otros desembarcos se están efectuando en distintos puertos de la República." (Los periódicos de Santiago de Cuba.)

Por la mañana, bajo la tibia caricia de un sol zagalón y blondo, llegan a nuestros muelles unas lanchas blancas y raídas que momentos antes fingieron sobre las aguas muertas de la bahía el albo vuelo ritual de unas gaviotas.

En el tráfagar de braceros y estibadores sudorosos, curtidos, los hombres que vienen del mar ponen al desembarcar, con sus trajes nítidos, con sus caras rosadas, con sus cabellos rubios, una pintoresca nota de frescura, de reciedumbre, de salud casi insolente.

Unos cantan canciones que no son nuestras, otros saltan de las frágiles bordas a los muelles "foxtrotando" alegremente. Todos sonrían y pisan fuerte con las suelas chatas el polvo de la ronda comercial como si cada uno quisiera, de un zapatazo, extirpar una legión de microbios o burlarse de una legión de hombres. Y son muchos. Algunos llevan sobre los hombros estrellas y barras. Otros sostienen entre los dedos nudosos el clásico tolete policial.

La guardia ha llegado.

Al filar de las horas meridianas, cuando las típicas casas de la ciudad de Velázquez cierran sus persianas para propiciar el sesteo de sus moradores sólo turbado por el modorro sonsonete de alguna lección de piano, los cafés del centro y de los suburbios se llenan de los hombres blancos y rubios desembarcados en la mañana. Una sed ancestral quema sus gargantas. Beben en copas, en vasos, en botellas, infatigables, ansiosos, con las ya turbias miradas de los ojos claros puestas en los repletos anaqueles, dijérase que entristecidos de no poseer estómagos de camellos para el trasiego de todo aquel líquido que los obsesiona.

Las risas tórnanse ya en careañadas; los cantos van siendo aullidos; las chatas suelas de los zapatos fantásticos—¡así debieron ser las 'botas de nueve leguas del viejo cuento infantil!—ya no golpean el polvo con el golpe rudo de una interjección: ahora se lucen a toda ufanía sobre los blancos mármoles de las mesas. De pronto, vuelan sobre las cabezas algunas botellas vacías; una mesa rueda por los mosaicos; una vidriera se quiebra con ruido de fracaso. El diapason de los aullidos crece. A las carcajadas trepidantes se mezclan blasfemias en lengua extraña. La guardia está bebiendo.

Está límpido el ambiente. El sol que empieza a recostarse sobre la serranía ya no es aquel zagalón blondo en la mañana; parece mejor

un monarca enfermo que recoge la púrpura de su manto real con graves lentitudes. Está fresca la tarde. Por Enramadas y Estrada Palma—rúas principales de la ciudad—desfila con gracia procesional la mujer sant'aguera. La rubia y la trigüeña, la de los ojos estáticos y la de las pupilas turbadoras; la que es suave y nostálgica como el regreso de los largos viajes y la vivaracha y pimpante como un cascabel echado a rodar. Tras ellas queda una estela de serenos perfumes.

Van lentas, confiadas, sonrientes como las primeras estrellas asomadas a los balcones siderales. A su paso, la frase del hombre es siempre un madrigal. Las tiendas de lujo se llenan de estas mujeres. Y los últimos oros del crepúsculo lentejuelean sobre sedas y rasos entre las manos liliales.

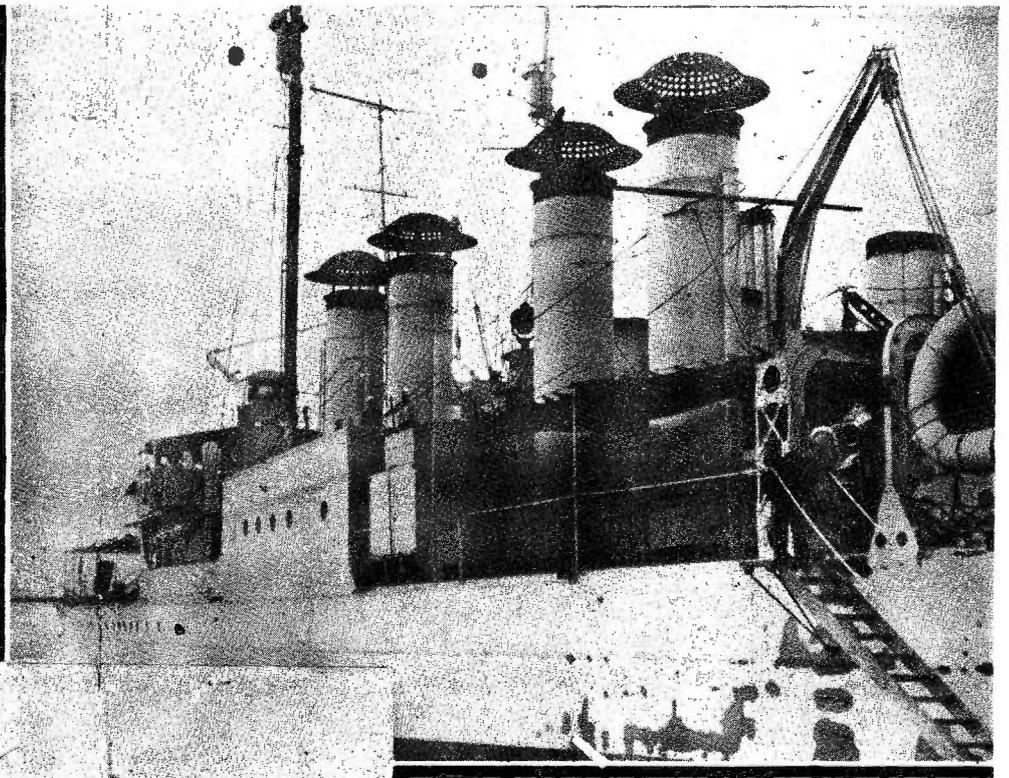
Inopinadamente, en uno de los establecimientos más suntuosos hace irrupción un grupo de los hombres blancos y rubios que desembarcaron en la mañana. Uno de ellos se monta sobre un caballito de juguete: lo rompe; los otros ríen. El más joven dice en idioma extraño una desvergüenza que los otros ríen. Algunos cambian la gorra blanca por un sombrero de mujer cogido al azar de una vidriera; los otros ríen. El establecimiento de lujo se despuebla de mujeres. Muchas de ellas que conocen sobradamente la lengua extraña de los hombres blancos y rubios se apresuran, con los lindos rostros enrojecidos de vergüenza, a escapar.

No pasa nada. Es que...

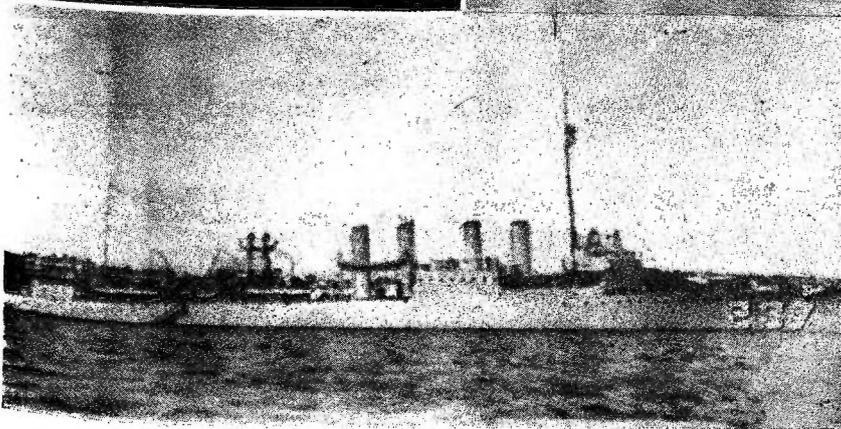
La guardia se divierte.

Por la noche.

De la zona prohibida de la ciudad sube la caravana de los hombres blancos y rubios. Allá fué vejada una infeliz mujer. Les más, reían. La caravana invade de nuevo el centro ciudadano. Su paso marca una oleada zigzagueante por las calles iluminadas. Asalta los tranvías: no paga. En uno de esos carros un tal o cual de ellos devuelve tras agrias bascas el contenido de su estómago. El carro se infecta de olor nauseabundo. Una dama trata (Pasa a la Pág. 43.)



Grisas siluetas que cruzan entre sombras en el desarrollo de una pesadilla.



Los galgos del océano, cuyo número parece fijarse en la retina como símbolo de tragedia, cuantas veces uno o varios de ellos cruzan la entrada del puerto habanero,

INTRIGAS Y SECRETOS

LA VIDA CUOTIDIANA DE MACHADO EN PALACIO



Aunque ambos sonreían, aparentemente felices, en los actos públicos, todos sabemos que el Animal se ganó la antipatía y el desprecio hasta de su propia esposa.

Lo que voy a relatar ahora es sólo una serie de detalles desconocidos para el público, acerca de cómo invertía su tiempo el General Presidente durante las horas del día, sobre el personal de Palacio encargado del servicio, de cómo era tratado éste por los sucesivos Jefes del mismo, las comidas en aquel edificio, quiénes las frecuentaban, en qué se invertía el crecido presupuesto oficial, quiénes lo disfrutaban; en fin, una serie de datos que a primera vista no parecen importantes, pero que, unidos a los que proporcionan estos recuerdos en su totalidad, contribuyen de manera lógica a esclarecer infinidad de puntos oscuros en la historia de aquellos malhadados ocho años en que se cernía sobre Cuba, una espesa y negra nube de miseria y de angustia. Paso enseguida a entrar en materia.

El horario de Machado era invariable. No importa la hora a que se acostase; invariablemente se levantaba de cinco a seis de la mañana. Durante la noche habían estado prestando servicio junto a la puerta del cuarto donde dormía, un miembro del llamado servicio secreto de Palacio, cuya historia relato en otro capítulo, y uno de los vigilantes de la Policía, que hacían la guardia. Machado dormía siempre junto al cuarto de sus ayudantes, quienes tenían que pasar la noche, de dos en dos, en su habitación. Su sueño era custodiado por cuatro hombres a quienes les pagaba la República. A la hora que refiero, entraba el ayuda de cámara, llevándole una taza de café. Durante los ocho años de su go-



José Emilio OBREGON, el yerno feliz que administró los fondos de los damnificados por el ciclón y que representó al "Chase" en todos los famosos financiamientos.

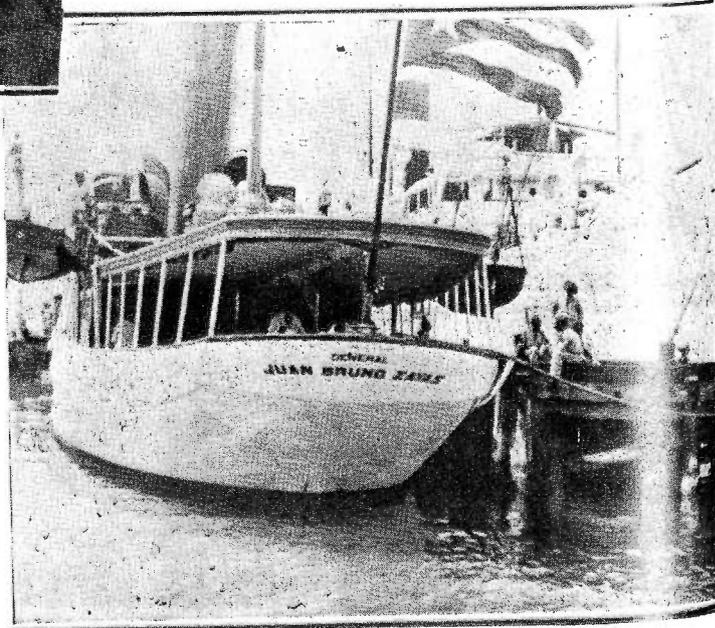
HORARIO.—PERSONAL DE LA SERVIDUMBRE.—SU "LECTOR".—SUS MEDICOS.—LAS COMIDAS DE MACHADO.—SUS HABITOS DE VIDA.—SUS INVITADOS REGULARES.—SU VESTUARIO.—PRESUPUESTO OFICIAL DEL PALACIO.—COMO SE INVERTIA.—DETALLES CURIOSOS DE ORDEN INTERIOR.

INTRIGAS Y SECRETOS DEL MACHADATO, es una serie sensacional que se inicia en esta edición y a través de cuyos diez capítulos se relata la intimidad de la vida del Tirano, sus hábitos, sus costumbres, sus festivos orgiacos, la manera en que se organizaron diversos planes criminales y la forma en que surgieron a la vida cubana las famosas "porras" que tantos desmanes cometieron a la sombra del Dictador. Estas páginas, plenas de amenidad, no vienen solamente a satisfacer la natural curiosidad del pueblo cubano, sino que además, vienen a llenar una necesidad histórica, ya que son versiones de los hechos dadas a la publicidad por personas que estuvieron en la mayor intimidad del Sátrapa y que por esa causa pudieron observar ampliamente todos estos detalles que hoy damos a conocer por primera vez en Cuba.

bierno tuvo cuatro de estos sirvientes cuyos nombres doy a continuación: el primero, Eusebio Mesa, que pasó a la celebridad de la historia, puesto que sus dichos y hechos han sido recogidos para la posteridad en aquella sección que publicaba el periódico "El Mundo", titulada Junto al Presidente, que diariamente redactaba el periodista hispano-cubano "Bravnel", y que a su muerte en el Hospital Militar de Columbia, mereció que el propio Machado redactase una cuartilla acerca de la pena que debía experimentar, que fué también publicada en la primera plana del diario "Excelsior", fundado por Wlfrido Fernández.

Es totalmente incierto el rumor parecido a la muerte de ese servidor de Machado de que el Dictador ordenó su desaparición. Recuerdo que el Pres-

Nenita, la niña más querida de las nietas del Tirano, que muchas veces fué enviada a su despacho para acallar sus furias criminales.



Si este barco hablara, podría testificar ante el pueblo de Cuba de todas las orgías neronianas que Machado, Molinet y la cuadrilla, organizaban con rameras y flores de burdel.

denta se apenó verdaderamente por la muerte de Eusebio y, mientras fue Jefe del Estado, se ocupaba de que, con cargo a la República, no careciesen de nada su viuda e hijos.

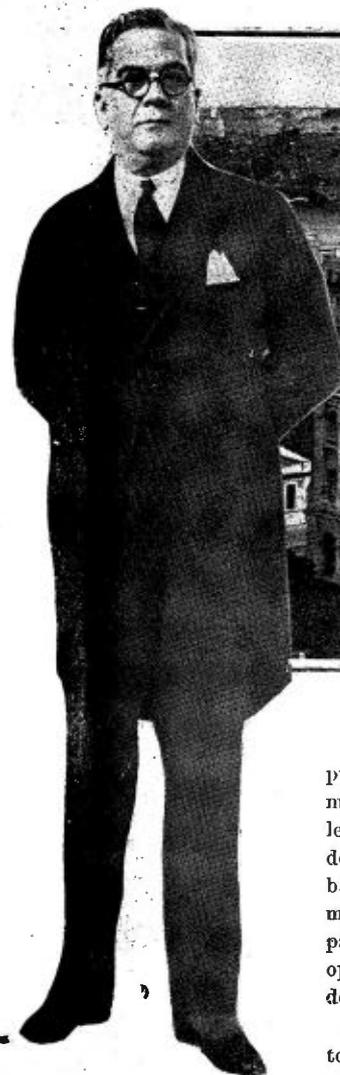
Los otros ayudas de cámara fueron Roberto Aguirre,—despedido sin motivo por creerlo complicado en alguna intriga, y que actualmente ha vuelto a formar parte de la servidumbre de Palacio; Santiago Calderón, que fué despedido porque padecía de mal de sueño, y el último, José Vicente Pérez, que de mozo de limpieza fué hecho ayuda de cámara. José Vicente tenía el deseo de ingresar en el cuerpo de aviación militar y Machado lo propiciaba. Ninguno de esos sirvientes usó nunca uniforme.

El primero que entraba cuando aún no había abandonado su cama el Dictador, era Emilito Castro, el famoso lector que desde ese momento asistía a los más íntimos detalles de la toilette de Machado. Lo acompañaba al baño, leyéndole mientras éste se enjabonaba y se sumergía en la bañera. Salía tras él en dirección al cuarto del dentista, que diariamente le cuidaba la dentadura, después cuando el sibarítico amo de vida y haciendas de todos los cubanos se entregaba al cuidado del barbero—otro personaje importante del que me ocuparé luego—de sus médicos y mientras se vestía auxiliado por el ayuda de cámara.

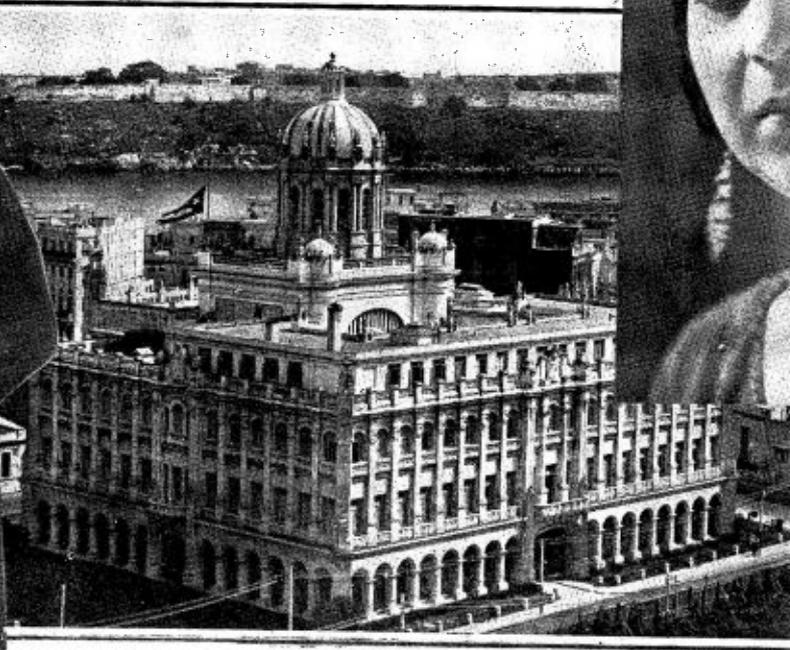
Emilio Castro era una potencia de primer orden en el ánimo del Dictador. Amigo íntimo de éste, era de los pocos que aún tuteaban al Presidente. Hasta los secretarios de despacho le adulaban,

Emilio Castro, además, tenía a su cargo y resolución infinidad de asuntos privados del Presidente. Era muy popular en Palacio y todos sabíamos que manejaba a su discreción absoluta los fondos particulares del Dictador. Siempre tenía los bolsillos del pantalón repletos de billetes americanos de 5 y 10 pesos que entregaba parsimoniosamente a numerosos individuos de diversas categorías e indumentarias, damas empingotadas, sujetos de mala catadura, con los que hablaba en algunos rincones de

El Animal, con risa de burgués y mirada de hiena, pose muy habitual cuando hablaba con sus íntimos.



Gerardo MACHADO con el traje de etiqueta de las solemnidades, no parecía el asesino que era en realidad.



El Palacio Presidencial en los días que lo habitaba el Tirano.

pues sabían que era un mal enemigo. Se comentaba que en la lectura diaria que efectuaba de todos los periódicos y revistas de Cuba, saltaba lo que creía conveniente, modificando, a veces, la lectura de párrafos, en el sentido que creía oportuno para sus intereses o los de sus amigos.

Así recuerdo claramente que Pepito Izquierdo contó siempre con un colaborador eficaz en Emilio Castro, pues era público entre todos los palaciegos, que el Dictador ignoraba todas las acusaciones concretas que contra aquel preferido suyo aparecían en los periódicos.

dos ni a qué venían a tratar con una persona tan adicta al propio Presidente. Vi en ocasiones entregar cerca de mil pesos a un tipo de español, vestido en mangas de camisa, que creo fué el confidente de la bomba-sorbetera, que más tarde pereció en España, de manera misteriosa, noticia que no se permitió publicar nunca en Cuba.

He contado ya que simultáneamente con Castro, entraba el Gral. Molinet y a poco se aparecían los médicos de Machado, que eran los doctores Enríquez y de la Torre, quienes le examinaban cuidadosamente la garganta, órgano que tenía muy afectado. Es incierto que tuviera cáncer, como se dijo en los primeros tiempos de su gobierno. Pero de temperamento sanguíneo, cualquier contrariedad lo exaltaba de tal modo que le daba fiebre y guardaba cama, pero esto no llegaba al conocimiento siquiera del personal de las oficinas de Palacio, ni de sus íntimos, pues se decía que el Dictador no se encontraba en el edificio.



Angela Elvira MACHADO, la hija predilecta del Tirano, esposa de Obregón, el feliz intermediario en las fabulosas negociaciones con el "Chase".

los corredores de Palacio, sin que nadie nunca supiera quiénes eran esos indivi-

(Pasa a la página 47.)

De la Revolución Cubana?...

Son momentos de una película intensa, estupenda creación de Cecil B. de Mille, maestro de Directores y magnífico captador de la psicología de la época, que en su producción **LA JUVENTUD MANDA**, ha patetizado escenas, heroicas y audaces, atrevidas e intensas, que muestran la lucha enconada que libra la juventud—la juventud cubana



entre todas y quizás más que las demás—por imponer el predominio de sus ideales en un mundo que se anquilosa de vejez y espíritu conservador.

LA JUVENTUD MANDA se proyectará en la pantalla del Teatro "Nacional" del 15 al 22 de Enero.

No deje de verla. Esta cinta le hará vivir todo un mundo de emociones de uno de los más patéticos momentos de nuestra historia.

LA JUVENTUD MANDA es la síntesis activa de la energía nueva en nuestra Revolución vindicadora.

Está en la Habana la Violinista Mexicana Celia Treviño...

Por DON GALAOR

tista de la envergadura de Celia Treviño no tiene que ser bonita ni fea. González del Campo estuvo muy inspirado en su riposta... "Y a tí que te importa?"... Claro. ¿Qué me puede a mí importar? Pero no se puede remediar cuando nos hablan de una mujer. Lo primero que nos preocupa profundamente es el grado de su belleza.

Y camino del hotel forjé en mi imaginación un tipo, si no a mi gusto, de acuerdo al menos con su prestigio de gran concertista. —"Debe ser feúcha... pensaba—. Pálido el semblante, huesosas las manos, entristecido el gesto... Acaso, en la intimidad use gafas. Sí, desde luego... El continuo estudio sobre el papel pautado, el esfuerzo genial para adentrarse cada día en el alma de un clásico..."

... "Debe ser feúcha, esta Celia Treviño, violinista mexicana, que es nuestra huésped ilustre..."

Llegamos al hotel "Prado", Vales y yo, y nos dijeron que Celia Treviño había salido, pero que no tardaría en llegar.

Yo miré a Vales. Vales me sonrió y llevó la mano a la oreja, ahuecándola en forma de campana para oírme.

—¿Quieres que esperemos?



Nunca tuve por costumbre crear a fuer de imaginación un tipo a mi gusto para el artista que voy a entrevistar. Así, cuando me encuentro frente a ellos, ni me siento defraudado ni demasiado entusiasta. Con Celia Treviño, sin embargo, no fué así. González del Campo, jefe del negociado informativo de BOHEMIA, me dijo:

—Está en La Habana Celia Treviño...

—¡Anjá!—le contesté. Y como me dispusiera a seguir mi camino, creyendo que la noticia no tenía carácter alguno de aviso, sobre el cual debía fijar mi atención, don Loredano me atajó:

—¿No le vas a hacer una interview?

—¡Hombre, la idea no es mala!

Creo que adopté un gesto de suficiencia profesional. Retorcí la pelambre a mi bigote y me sumí en una inconsciencia que tenía mucho parecido con ese aire de profunda meditación que tanto gustan de cultivar los intelectuales pretensiosos.

—¿Conoces tú personalmente a Celia Treviño?—le pregunté a González.

—Estuvo aquí esta tarde, y le prometí tu visita.

—¿Es bonita?

—Y a tí qué te importa,

Camino del hotel "Prado", con mi bastón en la siniestra y Vales a la diestra, pensaba que, en efecto, una concer-

—Bueno...

Y después de dar cuatro vueltas alrededor de los muebles que ocupan este pequeño recibidor en donde nos han instalado, Vales, siempre con la mano ahuecada en forma de campana detrás de la oreja, me preguntó:

—¿Es bonita?

La oportunidad de desquitarme no la desperdiicé.

—¿Y qué te importa?—le pregunté a la manera de González.

Pero Vales, más filósofo—sordo al fin—me ripostó sin dejar de sonreír:

—Sería una lástima...

(Pasa a la página 46.)

DIVORCIO HIGIENICO

por
VICTOR
MUÑOZ

“But, Your Honor, how can a woman stand intimate relations with a man, with all its means, who never cleans his mouth and who has bad teeth?”, exclamó enfáticamente la señora Lowden ante la curiosidad picaresca y ávida de la nutrida concurrencia que asistía al juicio de divorcio seguido contra su marido, el honorable John B. Lowden, en la Corte de Justicia de la histórica ciudad de Lexington, Estados Unidos de Norte América.

Esa brusca interrogación, que copiamos original en inglés para que mejor puedan apreciar su trascendental significación aquellos que conozcan dicho idioma, y que traducida al nuestro dice, poco más o menos: “Pero, señor Magistrado, ¿cómo puede una mujer sostener relaciones íntimas, y sufrir todas sus consecuencias, con un hombre que nunca se asea la boca y que tiene en mal estado su dentadura?”, fué la nota culminante y final del pleito cuyas multiformes facetas serán recordadas con fruición y malicia, por mucho tiempo, en la memoria de los buenos y felices vecinos de la localidad que tuvieron la suerte de hallarse presentes.

La admirable perseverancia y habilidad del Juez oficiante, a quien debe catalogarse entre los peritos en psicología femenina por la forma sagaz en que condujo el interrogatorio hasta lograr esa confesión ruda y aplastante; el curioso y justo fallo que a favor de nuestra heroína dictó, y aplaudió la opinión pública, tanto masculina como femenina, y, sobre todo, la resuelta y franca declaración de la señora Lowden en todo el curso del juicio, merecieron que los incidentes de éste traspasara los límites de Lexington, los del Estado respectivo, y los de la poderosa nación americana, para pasar al dominio nuestro y a nuestra crítica favorable o adversa que, en uno u otro caso, se asombrará ciertamente de esa cruda exposición de las discordias matrimoniales, en todas sus interioridades, ante un público heterogéneo, inquieto y malicioso como el que casi siempre dá fé de su presencia en tales actos con sus murmullos, risotadas, comentarios, etc., y demás demostraciones inherentes a las circunstancias.

¿Fué acertada la sentencia de separación legal que tuvo a bien conceder el Juez a favor de la demandante, apenas expuesta por ella su última y aplastante argumentación, se preguntaran indudablemente nuestros amables lectores, como se lo preguntaron en aquel entonces los testigos presenciales del juicio, pensando tal vez, unos y otros, en lo aparentemente futil y vulgar del motivo aducido por Mrs. Lowden como base principal para justificar su demanda, que por ser tan vulgar y tan futil en una buena mayoría de los matrimonios algo “gastados” por el transcurso de los años, causaría una especie de revolución social si se estableciera por uno de los cónyuges como fundamento para la petición de divorcio.

Realmente, aunque nos causara horror un movimiento de semejante naturaleza, que obligaría a los gobiernos a adoptar medidas radicales de higiene, entre ellas la de forzar tanto al marido como a la mujer a concurrir asiduamente a los dentistas y al uso continuado de cepillos y pastas dentífricas que mantuvieran la boca en estado apropiado para otros ejercicios menos prosaicos que los de comer y beber, me dá que reflexionar la afirmación viril, casi trágica, de la señora Lowden, de que era imposible “sostener relaciones íntimas con un hombre que nunca se asea la boca y que tiene en mal estado su dentadura”; y más me hace reflexionar, y casi me impulsa a convertirme en caballero campeón de su causa, esa exclamación tan significativa: “y sufrir todas sus consecuencias”, con que reforzó sus argumentos como refuerza un puntal sólido e inmovible el árbol vacilante batido por los vientos, y la cual, en mi concepto, fué la que inclinó la mente hasta entonces indecisa del Juez a dictarle un fallo favorable.

Ya en esta pendiente de las apreciaciones que me sugiere el susodicho fallo, extraviando quizás las de los lectores de uno y otro sexo que las lean y mediten, porque se hallan en una situación

Victor Muñoz, el “querido vic”, conserva, hasta varios años después de su muerte, sinceros admiradores que se preocupan de sus producciones y de su recuerdo. Uno de éstos, cubano de nacionalidad y residente en E. U. desde hace muchos años, ha encontrado esta crónica—“Junto al Capitolio”—, una de las últimas de “Vic”, que no ha sido publicada en Cuba.

idéntica a la de la señora Lowden o con un parecido al de su consorte, o por esmarcar los argumentos de ella como uno de los tantos medios a su alcance a fin de adquirir la libertad amable y absoluta cuando no existe ya el amor, luego que negar al mal para obtener las consideraciones que me ha merecido tan interesante litigio matrimonial y mi conformidad con la sabia decisión del Juez de Lexington, así como la bravia determinación de esa mujer, que prefirió lanzarse a los riesgos de la publicidad y maledicencia antes que resignarse por más tiempo un yugo cuyos dulces lazos desató su justificada repugnancia a una boca antihigiénica. Y por esto, para ver si no es humana, cuando menos, la benevolencia con que aprecio la justicia de tal fallo y la resolución heroica adoptada por nuestra heroína, invito a

cualquiera de mis lectoras que por su desdicha se encuentren en un aprieto igual al de Mrs. Lowden, a que expongan sin ambages si es tan coniforme en gozar de la intimidad de un hombre, aunque sea modelo de marido, cuya boca carece interiormente de los requisitos higiénicos que impidieron a aquélla resistir la de su esposo.

Seguro estoy de su respuesta negativa, aunque prosiga torzadamente sobrellevando esa intimidad, porque tengo el pleno convencimiento de que no escapará a la penetración de ninguna, tan sutil, ni a su experiencia, el hondo sentido de esas frases “y sufrir todas sus consecuencias” pronunciadas por dicha señora, que me han llamado poderosamente la atención por parecerme reveladoras de recónditos misterios en los labios de una mujer como la que las dijo, joven y bella, a quien correspondía el derecho de destruir sin reservas de lo que ella otorgaba con todos los requisitos de la higiene más escrupulosa, según se puso en evidencia en el transcurso del juicio. Y no se escapará, repito, porque bien saben tales lectoras la estrecha relación que guardan las mencionadas palabras con el trance angustioso, martirizante, en que se vería diariamente esa infeliz señora para atender honradamente los sagrados preceptos del amor y del cariño, como amante esposa, una vez desvanecido como por encanto la ilusión y el ardor propios de todo temperamento juvenil...

Esta situación difícil que Mrs. Lowden no pudo arrostrar por más tiempo, hace insuportable la convivencia de muchos seres en su vida matrimonial, para las mujeres mas que para los hombres, porque, justo es confesarlo, nuestras dulces compañeras de existencia observan con escrupulosidad en su mayoría las prácticas higiénicas que nos las hacen tan deseables a los del sexo feo; siendo rara avis el marido que se haya visto en el triste caso de renunciar a su consorte porque sus ilusiones se derrumbaran estrepitosamente al descubrir en ella un defecto tan lastimoso como el que obligó a la señora Lowden a llevar a su esposo ante los tribunales, por ser el único medio legal a su alcance para que se librara de unos lazos de otro modo indestructibles, después de haber utilizado—según también dijo— todos los medios persuasivos y hasta martirizantes imaginables para lograr de su consorte una saludable rectificación en sus malhadadas costumbres que la permitieran proseguir en su compañía sin menoscabo alguno.

Y aunque a Mrs. Lowden no la hubiera favorecido el fallo del Juez, bastó la extraña y persistente ausencia de su esposo al acto de la vista, no obstante las repetidas citaciones que se le hicieron, para que todos los testigos prestaran a aquélla su apoyo moral, decidido y reconfortante, ya que comprendían que la no concurrencia del señor Lowden a dicho acto a fin de responder de los cargos que sobre él pesaban, era la tácita confesión de su culpabilidad. Y he de añadir, a guisa de comentario, que culpable o no, apruebo esa actitud de retraimiento por parte del acusado, porque sin disputa es muy poco airoso y muy difícil representar un papel digno y ecuánime ante un tribunal y un público numeroso y hostil, existiendo una imputación de desaseo como la que se le

(Pasa a la página 80.)



VICTOR MUÑOZ

POR AHI VIENE UN CICLON..

MIGUEL DE MARCOS

Dígame lo que se quiera, en estos momentos, la vida cubana es jugosa de emoción. Hay una mezcla de tensión heroica y de bufonía colosal: las jovencitas, regresadas de las ilusiones y de los desengaños del amor, se suicidan ingiriendo seis pastillas de permanganato—ni una más, ni una menos, lo cual es signo evidente de voracidad—y el Gobierno, fatigado después de una madrugada ideológica, habla con énfasis del reparto de tierras.

Todo es contradictorio, todo es confuso. La Habana, en este enero dulcemente invernal, rasca con mano tediosa los harapos de su pobreza. Pero bruscamente, el optimismo se ingiere en ese ambiente de catástrofe: es que tres ladrones se han deslizado en una joyería dragando de ella, tres viejos anillos de alianza matrimonial y cuatro relojes pulsera con la apariencia mastodóntica de un despertador. Un buen día el Gobierno que se necrocumiza, rumia a su vez, el tedio doctrinario. Ya cubriera las páginas de la Gaceta con decretos densos. Siente el anhelo sublime que acomete a todo hombre después de haber rendido una labor áspera, el de estirarse, el de desesperarse, el de fabricar un bostezo enorme entre las mandíbulas. Y entonces, anuncia que habrá carnavales.

El habanero, que fué siempre un magnífico animal festivo, olvida su miseria y se refocila y cada cual—me refiero especialmente a los ciudadanos mayores de treinta años—adiestra su melancolía sobre la serpiente de antaño—tricolor a peseta el paquete—y sobre el confetti picado, pululo y minúsculo. Una suave bruma de melancolía se alza en las almas. Es que en la vida de cada hombre hay la misma aventura. Se trata de un dominó negro, con caperuza patética y con careta de alambre, bajo el cual brotaba una voz en falsete, que, a la madrugada, demandaba el apremio heroico de un bifteck con papas a la Juliana. Ah, en verdad os digo que la vida cubana está llena en estos momentos de jugosa emoción.

Pero, no. Todo es contradictorio, todo es confuso. De repente, sobre el anuncio risueño de que habrá carnavales, cae una losa de plomo, la clásica losa de plomo que figura como un material fúnebre en el relato de todos los folletistas. El Gobierno olvida el dominó negro, el paquete de serpentinatas, la lluvia de confetti. No es que haya regresado al ritmo revolucionario. Es que se encuentra estudiando la fórmula propuesta por el coronel Meadieta, por el conducto transversal y diplomático del señor Fernández Medina. El doctor Grau entrega las famosas bases a sus ministros. Finlay emite sobre ellas un diagnóstico palúdico. Despaigüe levanta los hombros con fastidio y restaura en su pescuezo la bufanda que lo acompaña en estas mañanas de invierno. Guiteras se eriza sobre un silencio cargado de amenazas. Almagro pasea su miopía y su nariz talmúdica sobre el papel solemne y aplaza su considerable dictamen jurídico sobre las bases. El ambiente se enrarece. Y, entonces, para regocijar a los habaneros, para reinstalarlos en la idea de que habrá carnavales, se hace otro anuncio inmensamente festivo: una de estas noches, quizás hoy, tal vez

mañana, en el cielo estrellado se fingirá un tumultuoso combate de acroplanos.

Ah, positivamente es el regreso de la alegría, porque cuando se efectúe este simulacro ardiente y aéreo—ronflar de motores y cohetes luminosos desprendiéndose de los aviones—cada habanero coniente alzará los ojos hacia las estrellas y en un largo pasmo de admiración, al cual se incorporará una veta festiva, quedará durante un cuarto de hora, átono y estuporoso, con la nariz en el aire.

Pero, no. Todo es contradictorio, todo es confuso. De repente, cogiendo a todo el mundo de sorpresa y exasperando paroxísticamente el sensacionalismo, los periódicos publican una noticia tremenda: el P. Gutiérrez Lanza acudió a la Embajada Americana y conferenció dos horas con el señor Caffery. Es demasiado. Los nervios no pueden más. Tanta tensión heroica es excesiva. Uno se aprieta el cráneo para comprender, para discriminar, para sustanciar el suceso humano. ¿Dos horas Gutiérrez Lanza con el Enviado Especial? ¿Quién pudiera perforar ese misterio temeroso... Y hay algo peor en todo eso: el señor Caffery se negó a revelar lo que tratara con el sabio jesuita y el sacerdote, al abandonar la Embajada, sobre sus blandos botines eclesiásticos y metereológicos, se envolvió en su negra sotana, con aquel aire sombrío y fatal con el cual, en el tercer acto, se arrojan en su capa granate, los conspiradores de Hernani.

Ni una palabra, ni un gesto, ni un tic en su rostro manso de hombre que pasó su vida dialogando con los astros y atrapando el vórtice de los ciclones. ¿Es que el señor Caffery, que según sus biógrafos gusta de la numismática, abandonó su renglón de coleccionista de monedas y siente ahora una potencia sublime por la metereología? ¿Es que le preocupa, desde el punto de vista teológico, la composición de la Compañía de Jesús? ¿Es que Gutiérrez Lanza, en vísperas de la Constituyente, se ha decidido a formar un sector o una agrupación revolucionaria? ¿Es que Caffery ha querido saber cómo se forman los ciclones de las Antillas?

Lo ignoro. Yo no sé nada de teología ni de vórtices. Pero en verdad os digo que la vida cubana, en estos momentos, está llena de jugosa emoción.

MACHADO DEBIO MORIR EL



FLORO Y JULIO TRAS ARSENIO ORTIZ.

Una tarde estaba planeado un perfecto atentado contra el Chacal de Oriente, Arsenio Ortiz. Julio y Floro se situaron en los soporales de Galiano y San Rafael. En el mismo corazón de La Habana. El Chacal refrescaba solo en el café "La Isla". Ellos le vigilaban, desde su sitio en la acera opuesta.

El plan era sencillo: Arsenio Ortiz, estaba "chequeado" desde hacía varios días. Se había comprobado que se sentaba en una de las últimas mesas del café. Después compraba unos dulces e iba a pie hasta su máquina. La operación consistía en atacarlo entre los dos, a tiros. Primero uno y después el otro. Si el primero mataba al Chacal, el segundo cubría la retirada; hasta tomar una máquina que lo esperaba en sitio próximo.

El plan era difícil. Casi imposible de realizar, dada la cantidad de personas y los vehículos que circulaban, que impedían la huida de manera veloz. Pero ellos estaban decididos. Floro odiaba a Arsenio Ortiz y deseaba su muerte. Julio creía que era necesario eliminar a dos hombres: Ortiz y Machado.

POR QUE FRACASO EL PLAN.

El plan estaba dispuesto. Pero la tarde que lo iban a realizar, Arsenio Ortiz cambió su costumbre. Salió del café acompañado de "Alambrito"—el chofer—y otro soldado. Julio y Floro sufrieron una gran contrariedad y Julio, más tarde, tenía sus dudas y nos decía que Arsenio Ortiz les había visto, y se fijó con especial atención en Floro. ¡Quizás si en ese día el Chacal firmó el propósito de matar a ese valiente y probado muchacho!

Y desde aquel momento el Chacal de Oriente se hizo más difícil de confrontar. Cambió de ruta, comprendió que lo vigilaban y que el cerco de la persecución se estrechaba. El atentado contra Arsenio Ortiz sufrió un colapso, más bien, fué aplazado.

La cuestión no sólo era de valor, sino de oportunidad.

LA MINA DEL CEMENTERIO.

La mina del Cementerio fué la labor más ardua y difícil de las realizadas. Y en ella no faltó Julio Pérez. Trabajando intensamente dentro del mayor sigilo. En aquella fecha, había regalado

su pistola, y como arma de defensa sólo tenía un pavoroso cuchillo francés. Días después le regalaron un revólver 38, pero no desistió de su cuchillo, lo que justificaba con esta frase: "Contra esta gente—los asesinos del Machadato—todas las armas son buenas!

Y la mina del Cementerio fracasó. Estaba destinada su voluntad en el entierro del presidente del Senado, Dr. Vázquez Bello, muerto el 27 de Septiembre de 1932, pero al ser inhumado éste en Santa Clara, todo el plan de tantas noches de trabajo quedó sin efectividad.

NO PARTIDARIO DE PEQUEÑOS ATENTADOS.

Días después lo encontramos en una Clínica. Alguien lo saludó con el apodo de "Polaco", y con asombro ví que respondía de manera alegre a ese llamamiento. Pocos momentos después habíamos confidencialmente con él. Amigos de la escuela, del Instituto, de luchas, abrió su pecho generoso a la confesión de sus ideales, pero sin adelantar planes.

—No soy partidario—decía—de los pequeños atentados en Cuba. Los creo inútiles. Cada policía, confidente o agente de Machado que se mate, es sustituido en seguida. Al que hay que matar es a Machado. Lo demás se cae con la muerte de Machado.

Y después, como una oración de lamentos, nos desgranó su duda, las vacilaciones propias de aquella lucha eterna, en que cada día se ofrecían tantos mártires por los confidentes. Le preguntamos: ¿Por qué te dicen Polaco?, cuando nos retirábamos, y contestó:

"Polaco no; mis íntimos de lucha me llaman "Polaquito".

EL HOMBRE-BOMBA.

Y en Julio Pérez, había un pensamiento fijo, que lo martirizaba con precisión de martinete. Había que matar a Machado. ¡Cuán difícil era entre ametralladoras, autos blindados y escopetas! Pero Julio estaba dispuesto a reproducir en La Habana, la muerte del Ministro Ruso Plehve. El reviviría a Sazonov como en la obra "Los lanzadores de bombas". Morirían los dos: él y Machado. Libertando a Cuba, de ese modo, de su tiranía sangrienta.

La idea se calorizó. A Julio Pérez le parecía natural proporcionalarse la muerte, sabiendo que moría Machado junto con él. Lo único que podía oponerse a su plan eran las circunstancias y éstas





EL HOMBRE-BOMBA QUE SERIA JULIO PEREZ, SE MATARIA JUNTO A MACHADO, EN EL MOMENTO DE VOTAR, VOLANDO AL TIRANO Y SUS SECUACES

Cómo se tramó ese plan contra Machado.— Por qué fracasó.— Un atentado contra Arsenio Ortiz en Galiano y San Rafael.— El otro atentado en la Finca.—Las minas en el puente "El Jibaro", al paso de Machado.—Y la Valla de la Finca Camps.

Cómo fué muerto el estudiante abecedario vendido por un confidente en el Barrio Azul.

REVIVIENDO EL ATENTADO DEL MINISTRO RUSO PLEHVE, EL BARRIO DEL ANGEL VERIA LANZADO EN PEDAZOS AL TIRANO DE CUBA

El plan era de los más tenebrosos de los ideados. Una bomba de gran potencia, cargada de dinamita, con explosivos, balas, perdigones y remaches, en forma cuadrada, sería amarrada a su pecho. Esta bomba explotaría solamente por contacto eléctrico. Contacto que sólo podía establecer el propio Julio Pérez cuando lo creyera oportuno.

La forma de desarrollar el plan consistía en esperar cerca del Colegio del Angel, donde iría a votar Machado, su arribo a ese lugar. Julio, situado en un lugar adecuado, correría al encuentro del Presidente, con los brazos alzados, para inspirar confianza y gritando: ¡Presidente, quiero saludarlo!

Era casi imposible que la guardia que rodeaba a Machado lo impidiera. Había que contar dentro de las posibilidades de éxito que el Dictador Machado sentía en los últimos tiempos la necesidad de ser ovacionado. Era de una seguridad absoluta que al ver avanzar un hombre del pueblo, vestido pobremente, con las manos alzadas que gritaba: ¡Presidente, quiero saludarlo!, Machado, con orgullo ante los fotografías—que lo esperaban—no se detuviera a estrechar la mano, a aquel humilde que lo felicitaba, cuando se disponía a votar. Era un momento psicológico y excepcional.

Además se había tomado en cuenta los factores contrarios. Todas las posibilidades de obstáculo estaban previstas. No tenía pérdidas posibles. El éxito era seguro. De extender Machado la mano para saludar a Julio Pérez, éste, cuando estuviera cerca, apretaría el contacto que estaría depositado en su mano izquierda y la explosión se haría. Una explosión formidable que destrozaría a Julio, mataría a Machado y a muchos de sus secuaces.

En estas condiciones, Machado quedaría frente a la bomba que colocada en el pecho de Julio, tapada por la camisa y un saco cruzado, la muerte de ambos era una realidad.

¿Y en caso de que Machado no lo saludara? Julio también lo

le serían propicias. La fecha estaba señalada: día 10 de Noviembre de 1932. En las elecciones. En esa far-sa que el pueblo contemplaba lleno de ira e impotencia, Machado pagaría con su vida, sus crímenes y horrores cometidos

había previsto. Lo único que podía temer era la muerte, y ésta él mismo se la daría. Tan pronto viera a Machado, correría junto a él, y desde el lugar más próximo, apretaría el contacto Nadie podría evitar la explosión, con su reguero de balas explosivas, perdigones, remaches. Y Machado también caería.

El iba al sacrificio, pero liberraría a Cuba.

Los que conocieron su plan, lo hicieron desistir. Estimaban que podía llegarse al mismo fin, sin necesidad de ese sacrificio. Pero Julio manifestó su deseo de hacerlo y sólo el ruego de sus amigos y la llamada cariñosa de una figura del Nacionalismo, a quien respetaba y admiraba, lo hizo desistir de sus propósitos.

Y cuando él me lo contaba, yo ví correr por su rostro dos lágrimas que hablaban de todas sus rebeldías...

LA BOMBA A ARSENIO ORTIZ.

Y de nuevo surgió la idea de matar a Arsenio Ortiz. Y Julio Pérez, con Pío Alvarez, colocaron la bomba en el puente de la finca del Chacal, en Arroyo Naranjo. Trabajo cuidadoso y expuesto fué esa labor. ¡Pero la suerte no estuvo con ellos!

La fiera roja de Oriente la descubrió a tiempo.

EL AUTO-BOMBA.

A Julio Pérez, se le acusó por los Expertos de haber situado en compañía de otros un camión-bomba frente a la Jefatura de Policía.

El dictador sanguinario de Machado debía morir el día primero de Noviembre de 1932. Estaba sentenciado. Un joven revolucionario lo volaría con dinamita, ofreciendo su vida en este plan. Y ese revolucionario no era otro que el estudiante abecedario Julio Pérez Rodríguez, asesinado días después en el Barrio Azul.

En el mayor secreto se mantuvieron todos los preparativos. La empresa era la más difícil de todas las realizadas. Había una realidad dolorosa: que se perecería en ella. Pero el valor de Julio Pérez estaba probado. No era un exhibicionista ni un pregonador de andacías y actos de valor. Los ejecutaba con frialdad, con serenidad, con táctica. Sus amigos de mayor confianza eran Floro Pérez y Pío Alvarez. Había comulgado con ellos en la escuela de la audacia sin límites.

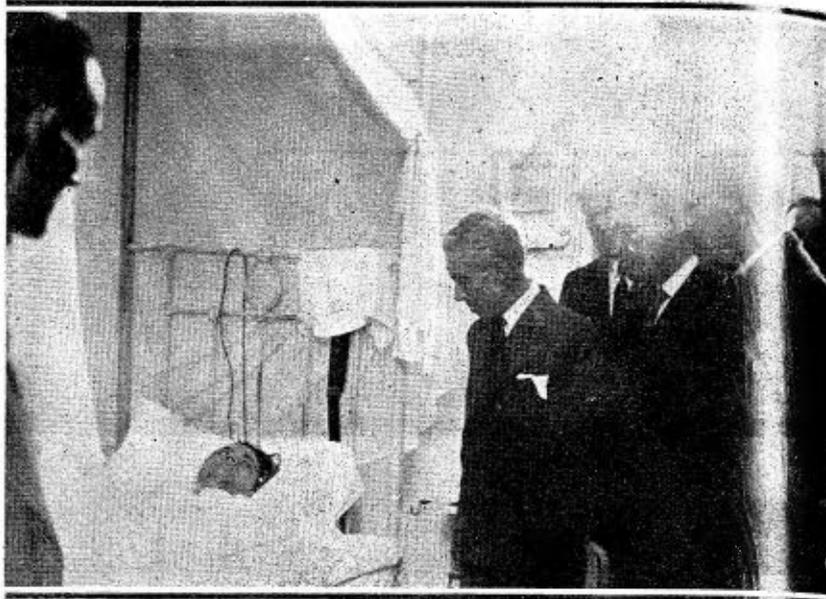
Julio Pérez vivía en San Antonio de los Baños, junto con sus padres, pero cuando comenzó la campaña opositorista se trasladó

(Pasa a la página 45.)

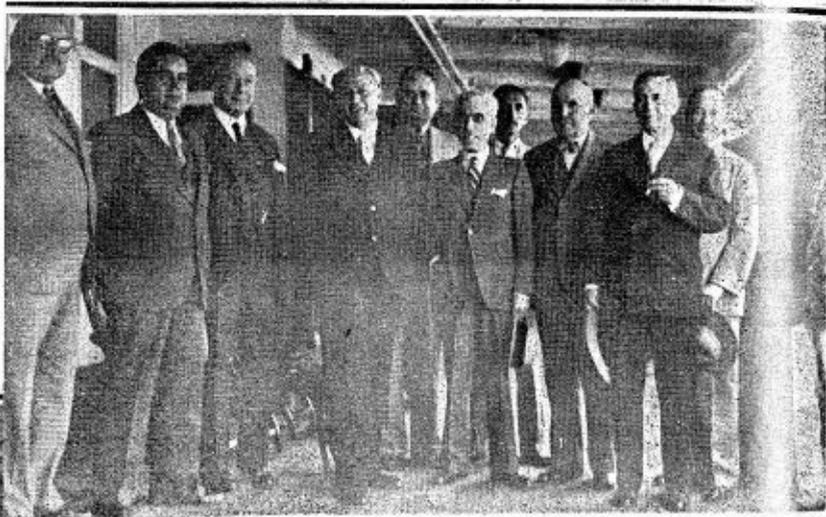
Una multitud que irrumpió en la bodega de Apodaca y Cienfuegos, exigiendo el cumplimiento de la Ley del Cincuenta por Ciento, destruyó gran parte de la estantería y vidrieras del establecimiento, hiriendo gravemente al dependiente Ramón Alonso, cuya es la foto, hecha en Emergencias. Con motivo de este suceso se encuentra detenido el señor Bringuiet, a quien atribuyen la responsabilidad del hecho.

REPORTANDO LA ACTUALIDAD EN MIAMI

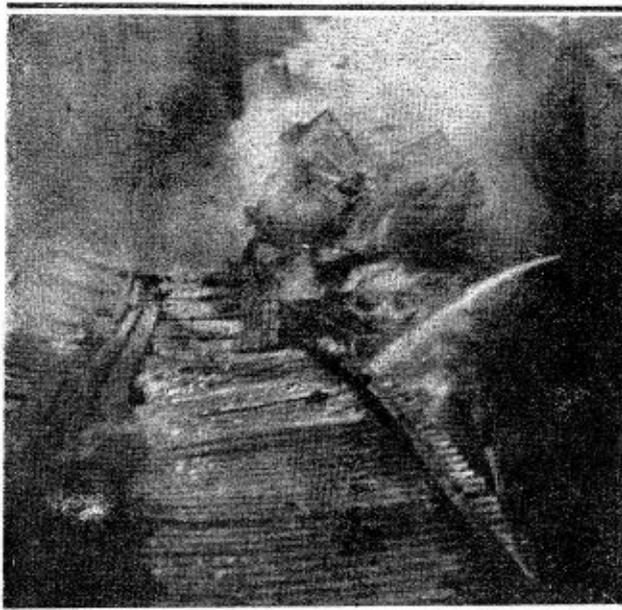
BOHEMIA, siempre atenta al interés de sus lectores, ha destacado personal de esta redacción en cantidad bastante, en Miami, para que semanalmente reporten a nuestros lectores las actividades de los revolucionarios allí residentes, así como los movimientos de los Machadistas que invernan en la bella ciudad floridana. Crónicas plenas de interés, entrevistas con figuras salientes de la actualidad, medios de vida y demás pormenores de los Machadistas, con abundantes fotografías, irán siendo servidos, en sucesivas ediciones, a los lectores de **BOHEMIA**.



ACTUALIDAD



EL EMBAJADOR DE ESPAÑA EN MEXICO, CRUZ/ EN TRANSITO POR LA HABANA.— El Excmo. Sr. Don Domingo Barnés, hizo interesantes declaraciones, significando la necesidad que tiene España de dar especial atención a sus nacionales de aquí. En la foto aparece en compañía de representantes de la Colonia en Cuba.



Dos aspectos del incendio, misteriosamente provocado en los vagones de los Ferrocarriles Unidos, en el tramo de vías comprendido entre Luyanó y Regla, por el que resultaron, pese a los esfuerzos de los bomberos, quince carros quemados.



CARLOS MENDIETA, ESPIRITU DE PAZ PARA UNA FORMULA CUBANA

POP

ENRIQUE PALOMARES

(ESPECIAL PARA "BOHEMIA")



CORONEL CARLOS MENDIETA

Yo no sé si ustedes han conversado alguna vez, de hombre a hombre, — meridiano de sinceridades —, con el coronel Carlos Mendieta. Sería curioso e interesante que cada cubano consiguiera entablar estos diálogos con los caudillos políticos para que luego hiciera su juicio y determinara su conducta al declararse adherente de una cualquier fórmula para el curso nacional. Sea ya en etapa como la actual, ya en período de justa normalidad. Desde hace veinte años conozco al coronel Carlos Mendieta en sus distintas participaciones políticas. Porque la política, aún aquella de índole más disciplinaria, obedece a tonos de época, a prescripciones de tiempo en que el principio sustentado necesita estudiar los matices de su enfocamiento. Carlos Mendieta llega en estos instantes al ápice de su significación pública. Ni cuando en el año 24 se puso frente a la candidatura presidencial de Gerardo Machado y Morales; ni cuando en los primeros días turbulentos de la prórroga de poderes y reforma constitucional, se unió a un reducido número de amigos para manifestar su contrariedad con aquella iniciativa infundada llegó a más. Su trascendencia de hoy es de mayor hondura y de mayores consecuencias. Entonces, hacia el año 24, Carlos Mendieta era el político leader que renunciándolo todo, se quedaba en plena soledad, símbolo vivo de quienes no desean adaptarse a exigencias mercenarias, o a medros de índole espectacular, que pudieran considerarse eternos y que no son más que el inicio de una decadencia del pretense ventajista.

Si Carlos Mendieta se hubiera acoplado a las tentaciones del vivir holgado y de una primacía circunstanciada en honores orolepscos, seguramente que Carlos Mendieta hubiera compartido las albricias de aquella glorificación de semidiós con que se glorificó a Machado en días desventurados, más desventurados que los otros en que se forzó la insurgente actitud del pueblo cubano, armado de escopetas recortadas y terrorismo crispante a través de un combate desigual. Más desventurados días, digo, porque de no haber existido el consensus general de un precoz fascismo, pregonado en todos los banquetes y en todas las fiestas de sociedad, nunca el pueblo cubano, estimador en grado sumo de la vida humana, se habría dispuesto al combate aquel donde la conciencia pública iba a recibir la transformación radical más acentuada que en muchas generaciones se experimentaría.

Si el Partido Liberal, mecanizador del funcionamiento de sus asambleas, en lugar de violentar la voluntad popular de sus comitentes, se ajusta a recibir la sensación que le dictaba el no señalamiento de Gerardo Machado para la Presidencia, el Partido Liberal, conformista, un tanto doloso, no estaría en la crisis actual, ni sus hombres, muchos de los cuales útiles en cualquier actividad cívica, pasarían por el triste proceso de su repudiación. Yo fui testigo, en los días de la Mediación del Embajador Welles, de cómo se juzgaba a los representantes del Partido Liberal en las conferencias. Y declaro que entre ellos hay varios que en posición distinta hubieran procedido de manera distinta.

Pero bien: no es la hora de exégesis de conducta. Estamos a la vera del Coronel Carlos Mendieta. Le visitamos en su finca de Hoyo Colorado. Y pasados unos minutos de conversación privada sobre orientaciones de la Unión Nacionalista y otras orientaciones, el coronel Carlos Mendieta invita al Dr. Miguel Angel Quevedo, Director de BOHEMIA, que allí está en visita profesional, para una conversación. Quevedo desea oír, saber, concretar. ¿Se podría? Quevedo conoce los retruécanos del periodismo, las esquivices y los calambourgs. No es exigente. Y escucha. Habla por su cuenta. Hablamos todos. Y Carlos Mendieta, vestido en puro traje campe-

sino, inhabilitado de sus polainas, que le sirvieron en reciente ocasión para recorrer toda su finca, respirando salud, energía y fervor, desenvuelve el optimismo de sus palabras. Carlos Mendieta es optimista. Se le dan noticias de la actitud de algunos de sus amigos. Muy bien. Hombre demócrata, le estimula que haya quienes discutan, le discutan, en el seno de sus correligionarios. Es el imperio del derecho ciudadano. Por su parte tiene una preocupación: la República cordial. Así lo ratifica a Miguel Angel Quevedo, a mí, a todos los visitantes. Una solución de todos los cubanos es para Mendieta mejor que la rivalidad de la guerra civil y el odio encendido en la Nación. Carlos Mendieta se deja llevar por sus entusiasmos y traza un programa gubernamental. Vislumbra una Asamblea Constituyente incorporada a la vitalidad misma de la República. Pueblo: clases económicas, clases proletarias, clase media, dentro de la ley. La Revolución le asusta. No es un susto por miedo personal. Le asusta la Revolución por la sangre cubana que se vierta. Y pide el máximo esfuerzo a su voluntad. Enlaza su verbo con diferentes conceptos y resume:

“Creo que cualquier sacrificio es poco y que decorosamente hemos de empeñarnos los cubanos en un final entendimiento. Yo soy contrario a la pena de muerte y soy tradicionalmente contrario a una Revolución. Desde los días antimachadistas en que nos reuníamos en New York, me incliné siempre a una trasmisión del Poder por medios civiles y pacíficos para ahorrar sangre cubana. Por eso considero que la intervención del Ejército en el derrocamiento de Machado podría traernos ciertos trastornos. En la actualidad nos enfrentamos con dificultades. Sin embargo, yo no desespero. Podremos llegar a una fórmula, impuesta por el patriotismo de todos y con la adhesión de todos los cubanos. Fórmula que garantizará el sosiego espiritual del país. Necesitamos paz, orden y derechos ciudadanos.”

Después de unas frases cordiales, reacciona para decir algo que no deslizo en su plática anterior. “Las revoluciones — agrega — siempre son una interrogación. Y sólo en un estado de imposibilidad cívica, se debe acudir a ellas como el mal menor.”

Exacto. Las revoluciones, si mantuvieran en su pristina pureza los postulados que le dieron la vida, no llenarían de decepciones a tantos luchadores de buena fe. Pero las revoluciones fatalmente,

(Pasa a la página 41.)

La Nueva Actitud Universitaria

por PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

La masa estudiantil universitaria, en su última, tumultuosa e importantísima asamblea del Anfiteatro, asumió una actitud sorprendente. Desconcertadoramente sorprendente, y que invita, por lo mismo, a pensar sobre ella con algún cuidado, teniendo en cuenta factores de índole histórica que nunca debió olvidar la Asamblea.

No hay que remontarse hasta los primeros períodos de inquietud revolucionaria en la Universidad—movimientos del 1923-25-27-28—para analizar los distintos aspectos del problema estudiantil en la hora actual. Nos bastará con fijar la vista en aquel inicial 30 de Septiembre de 1930, cuando Rafael Trejo dejó la vida frente al Parque de Eloy Alfaro, y, sin cejar en nuestra concentración mental, recorrer el espectáculo intenso y dramático de los últimos años.

El cuerpo estudiantil, lanzado a la lucha política, asume muy pronto, casi en sus inicios, una doble actitud. Una parte, iniciada en su mayoría por el movimiento del año de 1927 en las actividades revolucionarias que había recibido la espléndida lección de la derrota y la aún más espléndida del destierro, se había sentido atraída por las verdades fundamentales del marxismo, aplicando a Cuba la solución de lucha antiimperialista como paso preliminar para la verdadera liberación social, económica y política. Su posición hacia la izquierda se hizo cada vez más firme y decidida, y de ella surgió el Ala Izquierda Estudiantil, que desde sus inicios proclamó la necesidad de una cruzada heroica y angustiosa contra la penetración yanqui en todos los sectores de nuestra vida. La otra parte, inexperta, con una evidentemente inferior preparación cultural, surgida a la lucha al calor de una crisis violenta que demandaba acción inmediata—siempre dentro del campo burgués—se inclinó, arrastrada por diversos lastres, al lado derecho, surgiendo entonces el Directorio Estudiantil Universitario, que, aunque existía con anterioridad al 30 de Septiembre, sólo pasado este día vino a ser un organismo de significación nacional. De él, algunos miembros, convencidos de la realidad histórica en los estudios de las prolongadas prisiones del Machadato, pasaron a la izquierda, como quien escapa de un naufragio.

Pero, aparte de todo sectarismo, forzo so será reconocer que la derecha estudiantil, aun dentro de su posición equivocada, creyendo ingenuamente que un "Gobierno de Serafines" sería suficiente a resolver todos los intrincados problemas cubanos, realizó una labor intensa y continuada, cuyo resultado, a la postre, no fué otro que el de constituir un gobierno de una inestabilidad tan emocionante como un número de circo, aparte de crear una especie de casta, un liderato sospechoso, del que muchos—y me refiero particularmente a Rubén León—sólo podrán verse libres, o cuando se dispongan a dar el salto temido y demasiado dilatado ya, a la militancia antiimperialista, o, cuando venciendo escrúpulos, o cediendo a tentaciones y presiones hijas de la realidad, caigan francamente en la abyección política.



Pablo de la Torriente Brau

Pablo de la Torriente Brau es una de las figuras más simpáticas y prestigiosas del estudiantado nacional; es uno de los más salientes vástagos de esa juventud universitaria de recia envergadura intelectual, de espíritu viril e inquieto, avacista y plena de ideal. No necesita este leader del "Ala Izquierda Estudiantil" presentación alguna. El pueblo entero de Cuba conoce de sus gestos y de su contextura moral, puestos de manifiesto a través de los distintos años de la Revolución, a pesar de la enconada persecución machadista y a despecho de las represiones y torturas impuestas por los secuaces del Tirano.

Torriente Brau tiene, a partir de esta edición, un lugar en las páginas de BOHEMIA, en el que en cada semana, el joven leader verterá un poco de esa savia nueva, de ese optimismo constructivo, de ese idealismo alto, que palpita en las filas de la grey estudiantil.

Al dar la bienvenida a Torriente Brau, felicitamos a los lectores de BOHEMIA, que saben estimar, en cuanto vale, la personalidad del joven escritor.

Así, enrolada en la izquierda, o arrastrada por la derecha, la masa estudiantil se debatió por tres años contra la furia del "Asno con Garras"; sufrió prisiones que duraron años; se vió perseguida con furia canina; tuvo que arrostrar necesidades vergonzosas en el exilio y, por último, dejó como rastro y como ofrenda, unos cuantos nombres inolvidables, aunque un poco grotescamente explotados,

y que señalaron al resto el fúnebre premio reservado al sacrificio y al valor.

Pero adviene el gobierno no estudiantil, (disparate mayúsculo digno de un cuento para un niño enfermo) y ante el fracaso, ante los titubeos de "gallinita ciega" frente a los problemas yanquis.— ¡En Cuba, los problemas que más preocupan a los que niegan el imperialismo son los problemas yanquis! —ante la repulsa de muchos, el cuerpo escolar, y de modo especial el universitario, vacila, retrocede y, por último, en Asamblea Magna y tumultuosa, ofrece el lamentable espectáculo de querer alejarse

de la lucha, de querer contemplar el juego desde las gradas, y de entregar, de modo tácito, el sacrificio de tres años y la sangre de los héroes tan ostentosa e inmoderadamente exhibida, al simple recuerdo mentiroso de los aniversarios oficiales, con su secuela de discursos sentimentales y lágrimas ridículas!...

(Pasa a la página 41.)



Un aspecto de la Asamblea Universitaria recientemente celebrada en el Hosp. Universitario (Calixto García), y en la que la mayoría de los líderes se pronunciaron contra el Ejército y su jefe, determinando orientarse hacia una política de abstención en los actos del actual gobierno, así como condenar la intervención del militarismo en los problemas nacionales.

Bohemia

Editorial

La Huelga de Maestros

Por si parecían pocos los serios problemas que compli- can el presente cubano, la huelga de maestros se ha pre- sentado como una pieza más en el laberíntico tablero nacional.

El Magisterio se considera maltratado. El prestigio de sus funciones poco importa. Los derechos de sus meríti- simos servidores nada pesan. La Enseñanza resulta rele- gada a plano secundario, como otras instituciones primor- diales; porque en Cuba lo que ahora brilla, lo que ahora prevalece, es el Cuartel.

Los clamores que parten del aula, son sistemáticamente desoídos. La augusta misión del maestro, es desdeñada. En las horas que transcurren, se juzga atención menos preferente la de índole pedagógica, si pugna con ella la conveniencia de enriquecer los preparativos guerreros del gobierno con una ametralladora o un fusil.

El Campamento de Columbia parece la urna sagrada que atesora los atributos esenciales de la República. Pa- rece que es Columbia algo así como la síntesis y el com- pendio de los principios e idealidades de nuestros muer- tos gloriosos, y las provincias cubanas se reducen a meras prolongaciones de una patria seguramente no concebida por el Apóstol en sus quimeras de soñador.

Los educadores no consiguen verse atendidos como piden y merecen. Sujetos al molde estrecho de severas economías las asignaciones escolares y los sueldos corres- pondientes al profesorado, el pueblo contempla entris- tecido un contraste doloroso. Porque mientras en los ser- vicios de la Enseñanza clava sus garras un criterio de in- flexibles economías, los capítulos de Guerra y Marina son frecuentemente beneficiados con un criterio de gene- rosa amplitud.

Aquel sentido noble de la cultura y del progreso—así como del patriotismo—que concretaba el austero Tomás Estrada Palma, cuando orgulloso decía que el número de maestros superaba en Cuba al de soldados, brilla ahora por su ausencia. En los actuales momentos, el cuadro es negativo: mientras se cierran las escuelas, porque el Ma- gisterio cede al acicate de la que estima justificada rebel- día, los niños tienen como fiesta que los distraiga e im- presione algún espeluznante cañoneo o alguna aparatosa revista militar.

La República tiene que readquirir su aspecto de nación democrática y civilista. Y en una República de ideales de- mocráticos y de fecundo civilismo, nada supera en impor- tancia a la Enseñanza. Sentada esta premisa, la conse- cuencia es de una lógica aplastante: ocuparse del aula y del maestro, debe ser para todo gobierno asunto de pre- ferente interés.

El cubanismo es algo que necesita juiciosa e inaplazable defensa. Contra los sentimientos e intereses legítimamen- te cubanos, se asocian distintos enemigos naturales. Enemigos poderosos. Y para que las resistencias espirituales

y positivas de la sociedad cubana se consoliden, es neces- ario ir reavivando en la mente y el ánimo de los niños el anhelo patriótico y las inquietudes nacionalistas que en horas tan confusas como las presentes agitarían a Martí.

Caído el régimen de Machado—caído bajo el peso de una opinión caldeada principalmente por los puros fervo- res estudiantiles—, parece absurdo y resulta vergonzoso que el Militarismo florezca desde un extremo a otro de la Isla y que cierre sus planteles la Educación.

La Perla de las Antillas hace el efecto de un gran cam- po de maniobras. Debido al morbos ejemplo, el analfab- etismo se burla de los espíritus avanzados o reformado- res, al propio tiempo que juegan en campos y ciudades "a la guerra"—desde Guane hasta Baracoa—los ciudadanos del futuro.

Si los fundadores de la patria resucitasen y fuesen con- sultados en instantes de angustiosa crisis económica, los fundadores de la patria responderían: cuando sólo exista un peso en el Tesoro, aplíquese a la Enseñanza; porque la Enseñanza es al mismo tiempo fuente de sabiduría y de virtud.

Hasta en los heroicos empeños por la independencia, prevalecieron en el espíritu cubano dos orientaciones fundamentales: las características de un gobierno en que preponderasen los prestigios civiles de una verdadera democracia y el aula como base de conocimientos y de moral.

La Revolución de 1.895, por ejemplo, vió asegurada su estructura militarista sobre la gloria de tres caudillos famosos: Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García. Pero más altas que tales caudillos, las institucio- nes civiles se encarnaron en patricios inolvidables que enaltecieron la Presidencia. Si volvemos la vista al pa- sado, Salvador Cisneros Betancourt y Bartolomé Masó— figuras venerables—lucen en la luminosa lejanía con to- dos los atributos de la dignidad civil.

Y si profundizamos todavía más en los históricos re- cuerdos, vemos junto a algunas mambisas prefecturas— al amparo del bosque o del picacho—la escuela, con po- cos libros e improvisados accesorios; pero la escuela, don- de los libertadores procuraban que sus hijos aprendieran a cantar el himno y a leer!

En la República, el Magisterio ha preparado la mente y el alma de los niños para las actividades humanas y para el amor a Cuba. Nadie ha superado al Magisterio en el esfuerzo por hacer efectivos y provechosos los supre- mos fines de la Revolución.

BOHEMIA se dirige a las autoridades correspondientes, para que sean atendidos los clamores del Magisterio.

La huelga de los maestros representa, sencillamente, una vergüenza nacional.

EMPLAZAMIENTO ... FANTASIA

UN futuro comandante del Ejército Nacional, soldado de antes de ayer y capitán de hoy, Belisario Hernández, en el desempeño de sus bélicos cometidos como estratega a las órdenes del Coronel Batista, ha deambulado nerviosamente por redacciones de periódicos y estaciones de radio, en busca de dar a la publicidad y perifonear, todo a la vez, una carta en la que, faltándose al respeto que a sí mismo se debe todo militar, y mucho más cuando como Belisario ya se es nada menos que un futuro comandante, pasa por encima de la verdad y trata de echar la mancha de una calumnia sobre la limpia historia de BOHEMIA.

La táctica, por muy guerrera y belicosamente que haya sido llevada a cabo, resulta completamente infantil. Por ello es que, aunque con motivos sobrados para enojarnos con Belisario, preferimos no hacerlo, pensando que acaso el comandante futuro no haya operado con mala intención, sino que ha sido simplemente que lo engañaron como a un párvulo de la Creche. Verá, verá Belisario.

Declara él en la carta que publicamos en otra página, y no para ponerlo en ridículo, sino para que salga complacido en su deseo de que su epístola viese la luz, nunca satisfecho antes por la ética periodística decorosamente observada por nuestros estimados y dignos compañeros de la prensa habanera; dice él, repetimos, que el Director de esta publicación visitó al coronel Fulgencio Batista para poner estas columnas a su disposición, y prodigarle desde ellas todos los bombos y elogios y aleluyas y apologías que se les antojasen a sus encantados corifeos, mediante la suma de cien pesos. Agrega el futuro comandante, que Batista se calentó muchísimo y que respondió que él no compraba ni pagaba opiniones, sino que las hacía; y finalmente, como si se tratara de un cuento de Esquilo Miraflores, el señor Quevedo se puso bravo a su vez, y le respondió al coronel que iba a tomar una determinación y que ya se las pagaría. Y fué entonces, con todo ello por origen, cuando publicamos en el pasado número unos comentarios alrededor de la untuosa y servil información insertada en un semanario norteamericano, sobre la firma de un enternecido señor Palmer.

Si nouviésemos por el honor militar un recto y estricto sentido del respeto, fulminaríamos contra Belisario Hernández diciéndole que miente. Pero un militar mentiroso falta a la propia dignidad de su investidura, y ha de permitírse nos que queramos creer que Belisario, al sentir sobre sus hombreras las barras de capitán, reconoció que se le había ungido Oficial y Caballero. No lo desmentimos, dejamos a su disposición la excusa de que fué engañado. No lo tachamos de calumniador vulgar, sino de desconocedor y ligero.

Pero el futuro comandante cita testimonios en su epístola, y ese es el punto que nos mueve a tomar en consideración esa calumniosa carta; no por lo que pueda afectarnos, sino por los fueros de la verdad. No porque su contenido pueda echar el más ligero velo de duda sobre el impoluto historial de BOHEMIA, sino porque el he-

cho puede ser el inicial revelador de un sistema de crédito y deshonor que haya comenzado a ponerse a juego contra la libertad de la palabra escrita. Es decir, la táctica del cohecho por medio de la calumnia, contra la que serán inútiles las querellas que se establezcan en Derecho, puesto que los fueros civiles están cayendo aplastados por la bota militar, hoy como ayer; igual ahora que se opone la fuerza al procesamiento de los asesinos de Mario Cadenas, como se oponía hace unos meses al enjuiciamiento y prestaba material amparo Vilches, a Larrubia y Chipi y Arsenio Ortiz.

Aquí es cuando nace nuestra protesta por esa carta infortunada y mendaz. Se afirma en ella que hubo una escena entre el señor Miguel A. Quevedo, Director de BOHEMIA y el señor Fulgencio Batista, Jefe del Ejército. Esa escena es fantástica. Esa entrevista no ha existido. Y el señor Batista, entendiendo nosotros que le correspondía hacerlo, también por respeto a sí mismo, no le desautorizó a ese oficial que está a sus órdenes especiales, sumiéndose en un silencio que bien pudiera ser de indiferencia ante el ataque a una institución de la Verdad como es BOHEMIA, o que pudiera estar cimentado en el dicho popular de que "el que calla, otorga".

EMPLAZAMOS AL CORONEL FULGENCIO BATISTA, A QUE DIGA, POR SU HONOR DE MILITAR Y CABALLERO, SI ES CIERTO O INCIERTO LO QUE TAN ENFATICAMENTE AFIRMA SU SUBORDINADO HERNANDEZ. LO EMPLAZAMOS A QUE DECLARE SI ESA ENTREVISTA SE HA REALIZADO EN ALGUN LUGAR MAS QUE EN LA ENFEBRECIDA IMAGINACION DE BELISARIO, Y SI ES UNA CALUMNIA O NO, QUE PERSONALMENTE, O POR INTERVENCION DE ALGUNA OTRA PERSONA, O POR ALGUN OTRO MEDIO, HEMOS SOLICITADO DE EL NINGUN FAVOR, PRECIO, PAGO O PREBENDA.

BOHEMIA tiene una ejecutoria límpida que no puede ser manchada por nadie. Bogó en las aguas encrespadas cuando la tormenta era más furiosa. Se ercaró con los ladrones y los asesinos, y sus ediciones fueron interrumpidas por clausuras y encarcelamientos. Nada le arredra, ni nada puede hacerle dar un paso atrás en su ruta de dignidad y de vergüenza. A los hombres libres, de conciencia libre y de criterio honrado, no puede silenciárselos más que por la fuerza, y así nos silenciaron Zubizarreta y Machado y Pepito y los esbirros de unos y de otros. La coacción, no puede amedrentarnos. Las amenazas, tampoco. Largos años de batalla frente al machadato, nos adiestraron en toda suerte de defensas ante el peligro. Aprendimos a esquivar a los asesinos, matarifes y porristas, porque era preciso esquivarlos para poder seguir adelante en la misión ciudadana que nos habíamos impuesto, y en la continuación de la obra de rectitud y de principios que con BOHEMIA nos fué legada. Puede callarnos temporalmente, la repetición de los hechos bo-

DE · HONOR · O · LA DE · BELISARIO

chornosos de EL PAIS. Para amordazarnos definitivamente, hay que desalojarnos el pensamiento del cerebro perforándonos el cráneo a balazos.

Sin embargo, no queremos ni queremos ponernos trágicos. Amamos la vida, porque la necesitamos para contribuir al restablecimiento de la normalidad y la paz en Cuba. Un crimen más importante poco en una lista interminable y tenebrosa, y por eso no habrían de perecer ni la obra ni la idea. Somos muchos, no todos los que debíamos, los que estamos empeñados en la lucha de que la República sea iluminada por el sol de la Justicia.

No queremos ponernos trágicos, lo repetimos. Lo que nos interesa es que el Coronel Batista, formalmente emplazado ante la opinión pública, declare sin decirnos por qué lo hizo, que su subalterno ha tratado a la verdad, inventando una fábula o haciéndose eco de la patraña que otro inventó. Nada más.

Y en cuanto al futuro Com. Belisario Hernández, sepa de una vez y para siempre, que cuando un órgano de publicidad alcanza en buena lid el arraigo y el crédito con que el pueblo de Cuba honra en justicia BOHEMIA, no se lanza a una venta vergonzante, indecorosa, repugnante y suicida de su criterio; y mucho, pero muchísimo menos, se lanzaría al prestigio bochornoso de la impopularidad por esa risible suma de cien pesos, que por lo visto, a Belisario han debido parecerles excesivos pesos.

No, Belisario. Cien pesos los paga BOHEMIA por un artículo, y los toma en serie si resultan interesantes a los lectores, como los que hemos publicado del "Diario Se-

Habana, 5 de Mayo de 1934.

Dr. Director del periódico "Hora",
Presente.

Distinguido señor:-

Como un acto de justicia, conociendo la línea de conducta trazada por su periódico, cuya seriedad le confiere desde lo comienzos de su publicación, lo ruego muy encarecidamente, se sirva dar publicidad a esta carta, colocando las cosas en su verdadero lugar.

En el último número de la revista "Liberty" que se edita en los E. U. de América, aparece una extensa información sobre el Coronel Batista. El Sr. Quevedo, de la revista "Bohemia", se ha sentido mortificado y ha hecho un comentario mordaz e insultante, tanto para la persona del Coronel Batista como para esa publicación, que dichos de paso, casi hasta desconocíamos su existencia.-

Este Sr. Quevedo, malintencionadamente desde luego, trata de sorprender a la opinión pública haciéndole creer que es una propaganda pagada por el Gobierno cubano, y que los directores de "Liberty" están vendidos al Coronel Batista.- La mala fe de la verdad, ni nada más decible para un hombre que se precie de reputada conducta periodística.

Lo que sucede es que el Sr. Quevedo en presencia del que suscribe le propuso al Coronel Batista que le diera cien pesos semanales, precio bien módico si se tiene en cuenta, según sus palabras, que los demás periódicos querían tres mil pesos mensuales, y que de esa manera el Coronel Batista tendría una revista de importancia a su disposición.

El Coronel Batista le contestó con corrección, pero con energía y con firmeza, que el actual Gobierno no compra opinión sino que la hace, respondiendo al Sr. Quevedo al Coronel Batista que no creía prudente su actitud y que quizás le pasaría insistir en ella, y efectivamente ha creído el Sr. Quevedo que la conducta inmoral observada por el puede repercutir en la honra de procedimientos del actual jefe del Ejército.

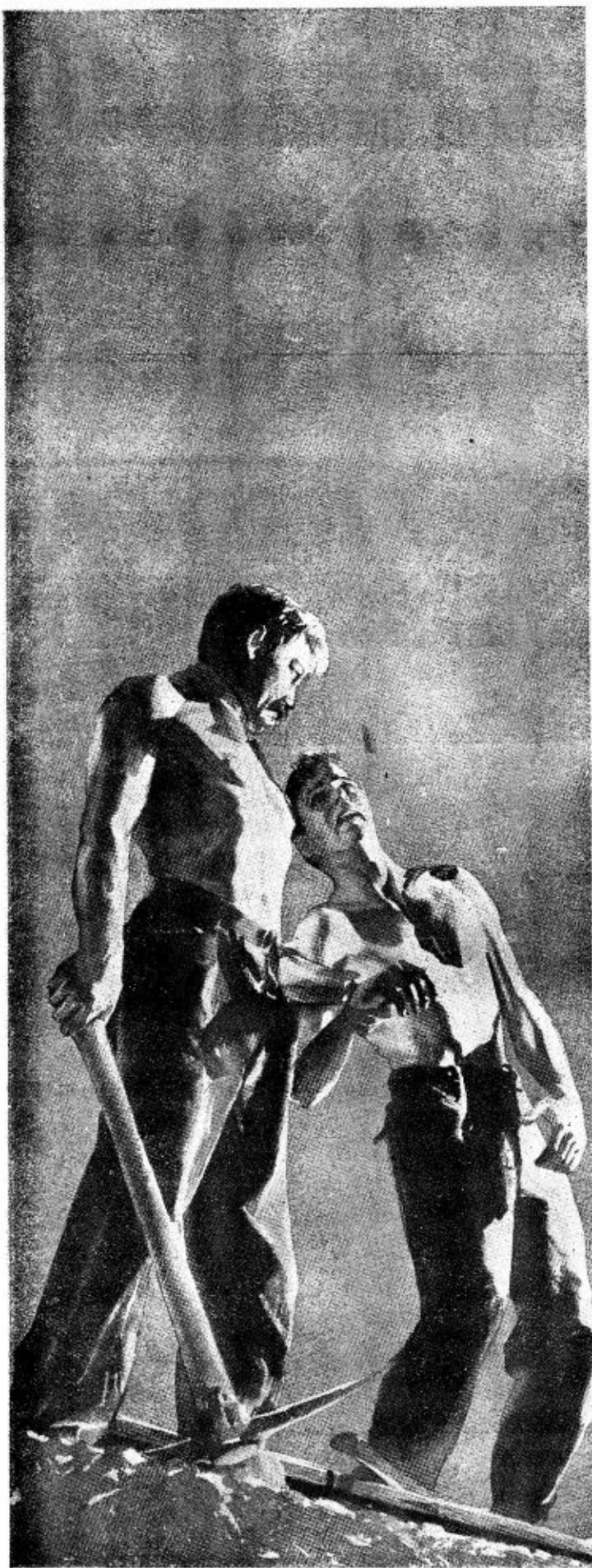
Con gracias anticipadas por este favor que le pido, fin de que el público sepa a que atenerse con respecto a este señor, queda suyo amigo y C. B.

Belisario Hernández,
Capitán y Jefe Oriundo del
Jefe del Ejército.

UN MERITO MAS DE "BOHEMIA".—Esta carta, de prosa pobre y de intención aviesa, es la condecoración que nos otorga el Cap. Belisario Hernández, por nuestra cívica campaña contra el kaki.

creto de un Intimo Amigo de Machado". Usted escribe bastante mal, pero tiene la oportunidad y fantasía. Váyase preparando; tome sus apuntes, y quién sabe el mejor día nos dá el chance de pagarle a cien pesos, cada uno de los artículos de una interesantísima serie que Ud. pudiera ir escribiendo ya, con el sugestivo título de "Diario Secreto de un Intimo Amigo del Excoronel Batista", por éste que lo es, Belisario Hernández."

EN EL



DESPUES de haberme sustentado durante 4 días con ciruelas verdes, me desmayé: Mi estómago estaba como hierro candente y el camino rústico se alargaba ante mi vista. Yo sabía que era el pleno mediodía y que el sol lo inundaba todo con su luz; sin embargo, todo lo que miraba adquiría el matiz grisoso de las cenizas y mis rodillas estaban tan débiles como si estuviera cruzando un pantano. Tambaleante me hice a un lado del

camino y me dispuse a darme por perdido. Me eché bajo un corpulento pino, desabotoné mi camisa y sentí cómo todo mi ser se sumergía en un negro abismo. Pensé que ya había concluido.

Cuando volví en mí, ya era de noche. Un labriego estaba parado junto a mí, sacudiéndome enérgicamente. Sentí que mi cara estaba mojada. Con la lengua absorbí las gotas que había en mis labios. Ardían en mi paladar. Eran gotas de brandy. El hombre aproximó la botella a mi boca. Me incorporé un poco y tomé un trago. Entonces saudí la cabeza—no podía beber más. Aún aquel solo trago sentía que se me iba a la cabeza.

El hombre hacía el camino hacia su casa, en dirección a la aldea en que habitaba. Su caballo resoplaba y pisoteaba inquieto, delante de un vagón cubierto que estaba al borde del camino. Una linterna se balanceaba sobre el eje y entre las dos ruedas. En aquel difuso resplandor amarillo de la linterna, con el cálido vaho de la transpiración del bruto y ante la oscura silueta del hombre, me sentía como en un hogar y mi debilidad se hacía más ostensible. Apreté los labios y me incorporé.

El labriego me preguntó qué me sucedía. Le contesté que estaba sin trabajo y que una semana antes, mientras estaba en el camino, alguien me había robado el último resto de dinero que tenía. Extraje dos huevos crudos del interior del vagón, los partió, los eché en un jarro con un poco de brandy, agitó la mezcla y me la dió a tomar. Bebí lentamente. Después me comí un pedazo del pan que me alargó después de extraerlo de su bolsillo.

Quería que fuera con él. Le pregunté si podría darme algún trabajo. Me contestó que no. ¿Qué podría yo hacer? Algo—le contesté yo—que no lleve mucho tiempo de aprendizaje. El hombre se estuvo pensando un poco y me dijo al cabo que muy cerca de allí había una cuadrilla que trabajaba en el ferrocarril. El había oído decir que el capataz pensaba aumentar unos cuantos hombres para el trabajo, pero probablemente aquel trabajo iba a ser demasiado pesado para mí. Yo le contesté que cuando hubiera descansado un poco podría meterle mano. Yo trataría de hacerlo al día siguiente; él podía dejarme donde estaba. Entonces él me dijo dónde podría ir. Estaba sólo a tres millas de distancia. Entonces él sacó unos cuantos huevos más y los puso a mi lado con un pan entero y algunas salchichas. Yo, por mi parte, nada tenía que darle en correspondencia como no fuera un pequeño cortaplumas que portaba. El no quería cogerlo, pero terminó aceptando—probablemente porque había comprendido por qué yo lo deseaba. Cuando se iba, me dió, por añadidura, una manta del caballo.

Oculté los huevos bajo un poco de musgo. El pan y las salchichas los puse cerca de mí, bajo la vieja manta. Varias veces durante la noche me desperté y extendí la mano para ponerla en contacto con aquellos apreciados objetos. Podía sentir también el borde de la manta que hacía cosquillas en mi cuello y percibía también el olor de caballos que emanaba de la tela. Después de aquello, las cosas no me parecían tan malas.

Tan pronto aclaró el día me levanté de la orilla del camino. Tenía prisa por acercarme a mis pertenencias. En el bosque me encontré un claro por donde una corriente de agua fluía. Me estuve allí un rato.

Me sentía mucho más atormentado por el hambre ahora que en los dos días anteriores. Pero hice una cuidadosa división de mi despensa. No podía correr el riesgo de que mi estómago echara a perder más de un bocado, necesitaba hasta el último migajón para ganar las fuerzas necesarias para la obra. El primer día comí muy poco y me mantuve a la sombra. Al segundo día ya me sentía bastante mejor. Me bañé y me tendí al sol un buen rato, teniendo cuidado de que sus rayos no dieran de lleno en mi cabeza. A pesar de mi temor de que el trabajo pudiera ser tomado antes de que yo llegara allí, me quedé en el claro del bosque un tercer día, en que dormí mucho y me comí cuantas provisiones quedaban.

A la mañana siguiente me fui en dirección a la vía del ferrocarril. El capataz me miró un poco dudoso, pero yo estaba de suerte: dos de los hombres de la cuadrilla habían reportado que se encontraban enfermos. Me contrataron.

Eramos como veinte los trabajadores y residíamos en una barraca de hierro corrugado junto a la vía del ferrocarril. La primera mañana trabajé como un loco porque veía bien al capataz que me estaba vigilando. Al medio día difícilmente podía moverme y estaba tan agotado que apenas si probé bocado. Estaba desesperado, porque me daba cuenta de que pronto me iba a desmayar. Y no podía esperar simpatía ni consideración de aquellos hombres. Además, uno de los trabajadores, un membrudo perro moreno a quien

CAMINO

POR

ERICH MARIA REMARQUE

los demás llamaban "Meck", me había tomado ojeriza y lo demostraba claramente. Golpeaba con su piqueta las grandes piedras de manera que los fragmentos me daban en las espinillas y no cesaba de hacer referencias de que si encontraran gente bastante buena para la obra ellos se irían al diablo.

Hacia un calor asfixiante. La barraca de hierro corrugado vaporizaba calor casi junto a nuestras espaldas. Los rieles brillaban y relampagueaban a la luz del sol. El individuo que trabajaba junto a mí era atezado y tan fuerte como un caballo y tenía un revuelto manojo de pelos en torno a la boca. No decía nada, pero me miraba de hito en hito, notando lo torpe y desgarrado que era yo. Por fin tuve que parar. Mis manos temblaban. El calor que abrasaba mi frente de pronto se transformó en frío intenso. Entonces aquel hombre me echó a un lado con un gruñido y tomando mi piqueta me mostró cómo realizar aquel trabajo sin gran esfuerzo. Gracias—le dije. Mueca—me contestó, con expresión bondadosa. Volví a empezar mi faena. El día me parecía interminable, pero ahora yo sabía que lo podría concluir.

Esa noche me acerqué al capataz y le pedí que me diera dos marcos adelantados. En la cantina compré un paquete de cigarrillos. El hombre que me había auxiliado estaba sentado junto al tronco de un árbol, próximo a la barraca. Su nombre era Heinrich Thies. Aparenté que venía por allí accidentalmente, encendí un cigarrillo y le ofrecí otro. No, gracias,—me dijo, dándome una palmadita. El prefería mascar. Volví a donde el capataz y le cambié un paquete de cigarrillos por un trozo de andullo. Una hora después se lo llevé a Heinrich.

—Es del bueno—le dije—es tabaco negro ligado con ron.

—¿Sabes tú algo de eso?—me preguntó mientras tomaba la tabilla en su mano.

—Un poquito—le dije—, pero no me gusta.

—Sí, eso se toma su tiempo—dijo él.

A partir de ese momento, todas las noches comíamos juntos. Muchas veces él se iba de pesca al río y se hacía de algunos pescados que asábamos en un palo sobre la llama. Él entendía perfectamente todas esas cosas. Una vez asó un erizo en el barro. Me explicó que los gitanos lo consideraban un plato de día de fiesta. Tenía un sabor extraño, pero no era malo. Me hubiera sabido mejor si no hubiera tenido conocimiento de que era un erizo.

Por la noche, mientras estábamos comiendo, Heinrich acostumbraba a hablarme de sus divagaciones. El era un vagabundo y nunca trabajaba mucho tiempo en un mismo lugar. Aquellas noches eran extraordinarias. El aire era cálido, con un marcado perfume de flores, mucho más fuerte que el que se sentía por el día. Cerca de nuestra barraca había un jardín que pertenecía a uno de los inspectores de la vía,—uno de esos bellos jardincitos de labriegos que constantemente se ven por las ventanillas del tren. La fragancia de sus flores muchas veces llega hasta nosotros cuando pasamos. El jardín estaba lleno de botones de rosas. Cuando el aire nos traía su fragancia, Heinrich se ponía de pie, aspiraba el aire con fruición, andaba de un lado a otro con la cabeza baja y con expresión meditabunda. Miraba casi siempre hacia la casa del guarda vías del tren. El enfermizo guarda-vías vivía allí en compañía de su esposa. Ella acostumbraba cantar mientras lavaba los cristales de las ventanas de su casa. Ella era mucho más joven que él. Era bella y robusta. Heinrich Thies pesaba ciento ochenta libras y no tenía ni una onza de grasa.

Meck, el perro moreno, no me dejaba solo un momento. Me arrojó una pala sobre el pie, manteniéndome enfermo los dos días siguientes. Me tiró mi plato de comer. Reñía conmigo cuantas veces podía. Al principio, Heinrich Thies le requirió varias veces con expresión gruñona, pero Meck no cambió de modo de ser. Me odiaba aunque tratara de apartarme de su camino.

No es bueno—me dijo Heinrich finalmente—no vas a tener remedio que pelear con él. Yo lo haría por tí, pero eso no te recería. Después de que eso ocurriera tendrías a toda la cuadrilla sobre tu cuello. Ven acá.

Me llevó al bosque y allí Heinrich me enseñó lo que yo tenía que hacer.

—Tu cabeza es dura, yo lo sé—, me dijo, pero su estómago es

débil como mantequilla. Tienes que tratar de darle duro en el estómago para sacarle el aire.

Por entonces, constantemente había exhibiciones de boxeo en la barraca, bien entre los trabajadores o entre estos y los muchachos aldeanos de las proximidades. Muchos de nosotros estábamos locos por mujeres; todos los domingos celebrábamos peleas. Heinrich había observado a Meck cuidadosamente.

—El ha de inclinarse y vendrá sobre tí desde abajo—me dijo. Entonces tú le dás un puntapié y cuando se enderece te le vas encima y lo golpeas con todo lo que tengas.

Todas las noches practicábamos.

—Vé recto al frente y golpea—me decía Heinrich. Yo no puedo soportarte, añadió.

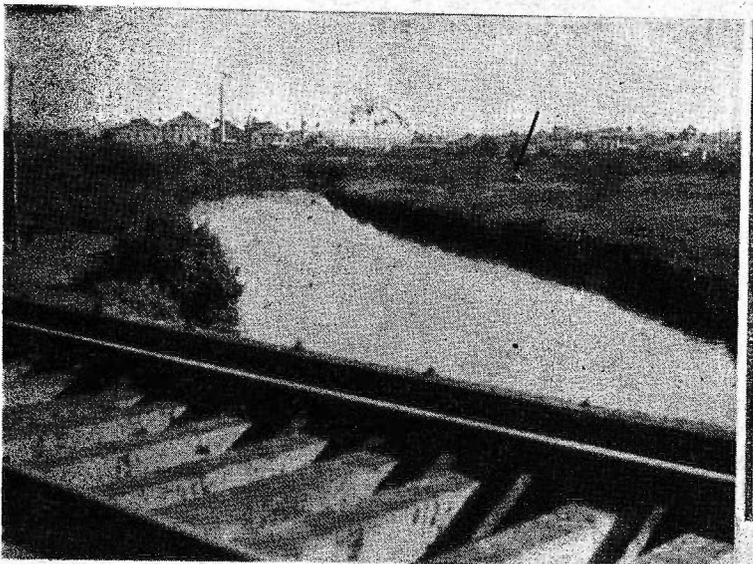
Entonces me mostró los músculos de su estómago. Cuando él los contraía eran como hierro.

Esperé una semana más. Después vino un domingo en que ocurrió lo que esperábamos. Había una atmósfera tensa en la barraca. Meck estaba fuera de sí. Una muchacha a la que él había estado requebrando le había mandado a paseo. Toda la tarde había estado buscando camorra. Cuando yo llegué empezó a tomarla conmi-

(Pasa a la página 44).



COMO IBAMOS A VOLAR



Este bello paisaje, sonriente, un tanto bucólico, iba a ser escenario de una de las más grandes conmociones políticas de América: la muerte del tirano Machado. Entre los matorrales señalados por la cruz, estaba oculta la batería que había de producir la explosión de la dinamita colocada en la vía del tren.

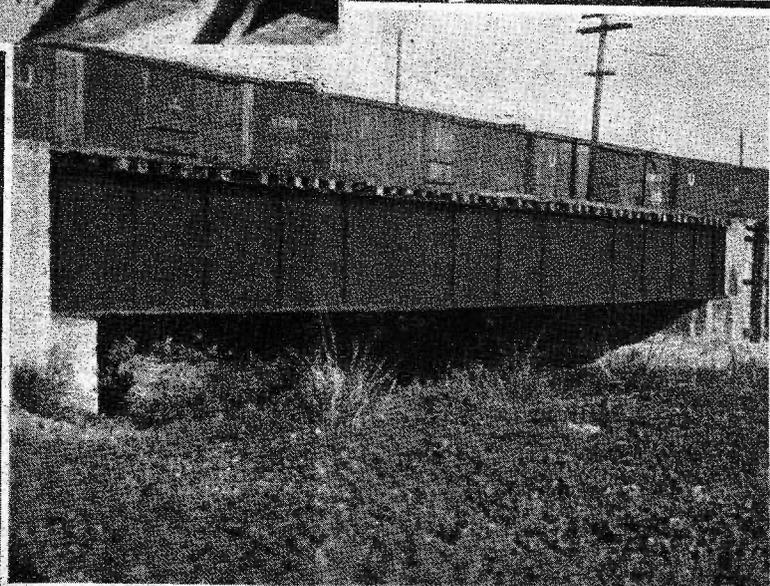
No recuerdo la fecha exacta. Y me deja de ser raro esto, por cuanto debía haberme quedado impresa con caracteres indelebiles, ya que significó una aventura en que he de jugar la vida. Pero sé que nuestra labor para volar el puente sobre el que, a bordo de un tren, había de pasar el tirano que agobiaba al país, fué de febrero a marzo de 1932, unos días antes del viaje que realizara la Hiena a Oriente para conocer sobre el terreno los daños causados por el terremoto. Machado había pensado efectuar ese viaje por tren. Teníamos una confianza digna de crédito. Pero la buena suerte, que sin duda alguna le acompañaba, hizo que a última hora decidiera hacerlo en aeroplano. Sólo así pudo salvarse. De lo contrario, allí hubiera terminado todo. ¡Y de qué manera!

ANTECEDENTES.

Unas semanas después de la desatinada revolución de Agosto del 31, conocí a aquel hombre extraordinario que se llamó Antonio López Rubio. Acababa de salvar la vida milagrosamente en el Hoyo del Majagual, recibiendo sobre su cuerpo la sangre generosa del general Francisco Peraza, el valiente e incansable revolucionario, cuyos últimos suspiros recogió López Rubio en el fragor de aquella furia indescriptible, de ferocidad sanguinaria, que dejando tras sí una estela de rasgo fuerte, para la supervivencia en los anales cubanos, tuvo epílogo doloroso en Loma del Toro.

Al quedar en libertad—pues fué hecho prisionero en aquella ocasión—, la actividad sin límites de López Rubio lo llevó a una reunión secreta que se efectuó en una farmacia de la Avenida de 10 de Octubre, a la que fuí invitado por mis dilectos amigos los doctores Arturo Vilela y Ramón García Pujol, superviviente este último de las furias del tristemente célebre capitán Chipi. En dicha ocasión, López Rubio y yo simpatizamos rápidamente. Ya, según

BOHEMIA se complace en ofrecer hoy, a sus lectores, esta emocionante narración, hecha en estilo sencillo, pero vivo, de una hazaña que pinta el arrojo de los hombres que, denodadamente, un día y otro día estaban dispuestos a acabar con el sangriento régimen que entrañaba el Machadato. Por estas cuartillas se desliza, en primer término, la figura extraordinaria de ese hombre excepcional que fué López Rubio, abatido, más tarde, por los esbirros del Tirano. El autor de este trabajo, es un hombre muy conocido en las esferas comerciales del país; que ocupa un puesto de importancia en una de las colectividades económicas de la capital. Y esto nos hace ver cómo hombres de representación se alejaban de toda la vida muella, para contribuir, con su esfuerzo, al final de unos días de dolor y desesperación.



El Puente de Hierro, sito en el tramo comprendido entre los paraderos de Concha y Enlace del Gas, por el que había de pasar el convoy presidencial, rumbo a Oriente. Lugar escogido por López Rubio y sus compañeros para acabar con la vida del que mantenía un régimen odioso.



Al deslizarse el tren presidencial precisamente por el poste del ferrocarril junto al cual pasa la locomotora que figura en la foto, tendría efecto la formidable explosión que había de ocasionar la voladura de aquél y la muerte de Machado y su séquito.

angustiosa, debatiéndose convulso— entre estertores de desolación y pánico, en medio de la más espantosa orgía alimentada en sangre...

Con toda franqueza, aquel hombre sereno y valiente me aseguró la imprescindible necesidad de dar muerte a Machado. Yo le contesté que así era, en realidad; por ser el Tirano la piedra angular y base fundamental del terrible maquinismo destructor de la República.

pude comprobar, al conocer mis actividades en el campo terrorista, que tanto daño ocasionaba, día tras día, en la moral del Gobierno.

Por ello, nuestra conversación fué la más franca comprobación de dos voluntades dispuestas a todo lo que entrañara el exterminio de un régimen que había sumido a la nación en la desesperación más

EL PUENTE de HIERRO

La suerte que acompañaba al Tirano, hizo, una vez más, que escapara a una muerte horrible.— Detalles emocionantes de la labor de cinco hombres arrojados, bajo el mando de López Rubio.— Nadando en el río Alcoy, para extender cerca de 500 metros de alambre bajo las aguas. por el Celulado 131 del A. B. C.

UN PROYECTO.

En los días siguientes, comenzamos a considerar varios planes. Pero mientras él optaba por el procedimiento de cazarlo a tiros, yo me decidía, francamente, por la dinamita, explicándole todo lo que podía hacerse en complicidad con la energía eléctrica.

Así las cosas, ocurrió la explosión de Flores 66, que interesó vivamente a López Rubio, quien, entusiasmado, comenzó a estudiar el ilimitado campo de acción y posibilidades que esos métodos representaban.

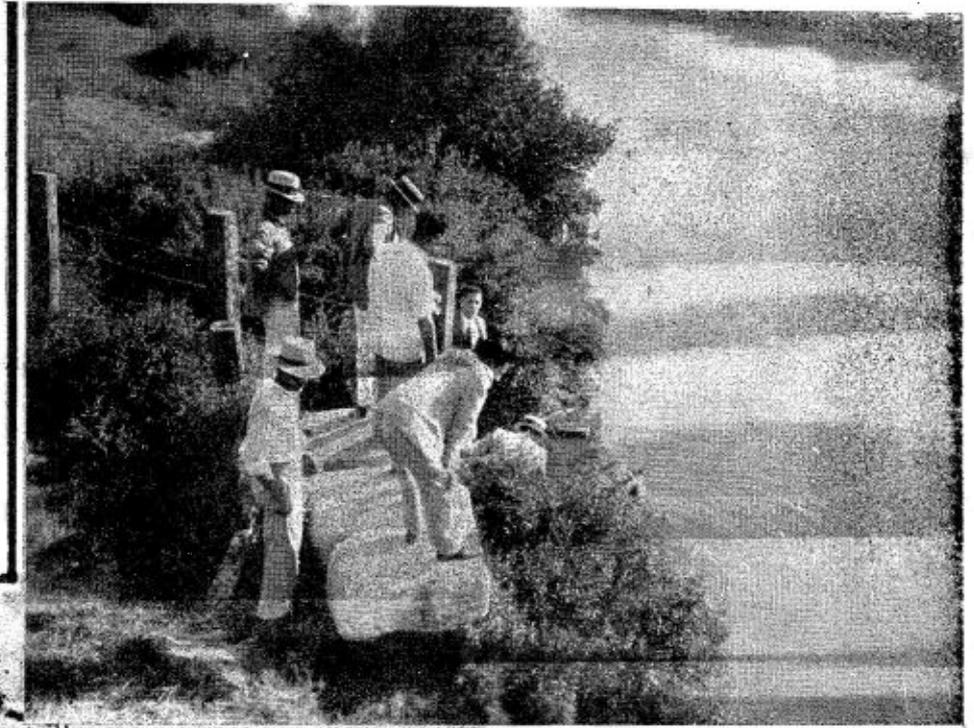
Pronto tuvo oportunidad de conocer a tres valiosos muchachos, cuyos nombres no daré, pero sí los "alias de guerra": "Edison", "Gonzalito" y "Chicuelo", técnicos y proyectistas formidables que, sin estridencias de ningún género, aportaban generosamente a la causa todo el caudal de sus conocimientos, todo el entusiasmo de su juventud

nes, por utilizarse también aquella parte, por la Compañía, como patio.

Nuestros cálculos primero, y nuestras confianzas después, nos hicieron conocer que Machado emprendería pronto un viaje a la región oriental de la Isla. No había, pues, tiempo que perder.

LABOR A REALIZAR.

El trabajo a realizar se llevaría a efecto sumergiendo el alambre conductor en las aguas del río, en una distancia de cerca de 500 metros, hasta unos matorrales situados en dirección a la calzada de Concha, y no muy lejanos a ésta. Allí, en aquellos matorrales, instalaríamos una batería de 200 voltios, más que suficiente para



El alambre que, partiendo de los matorrales en que se hallaba oculta la batería que produciría la explosión, llegaba, bajo el agua, tras una extensión de 500 metros, a ese pequeño poste de cerca existente en la margen derecha del río. Efectuado el empate correspondiente, dicha cerca de alambre era utilizada como cuerpo conductor.

hacer llegar la insignificante cantidad de cinco voltios, número exacto para producir la explosión con un fulminante eléctrico supra-sensible.

López Rubio, interesadísimo en el proyecto, y alegre como un muchacho, fué prontamente al lugar designado, en unión de Gonzalito, para hacer un cuidadoso estudio del mismo, sobre el terreno. Después de discutir todas las posibilidades, una por una, acordamos llevarlo a la práctica inmediatamente. Seríamos los cinco los que tomaríamos parte en los trabajos, ya que López Rubio—cuyo nombre de guerra sería "Lorenzo"—estimaba suficiente el número para llevarlos a feliz término.

Dificultades no faltarían, ciertamente.

En la práctica, surgirán muchas, capaces de amilanar el ánimo más templado. La primera, estaba a la vista: el financiamiento del costoso material—alambres, niples, baterías eléctricas y demás. Esto pudo resolverse obteniendo un préstamo en una de las compañías prestatarias o garroteras. Y no era esto sólo: había que enfrentarse con la prohibición de venta de todo material eléctrico,

(Pasa a la página 41)

Así, a través de las aguas del Alcoy, en las horas oscuras de la noche, el autor de este trabajo extendía en el lecho del río los dos alambres—positivo y negativo—que habían de producir los efectos apetecidos a merced de un plan audaz. Obsérvese la proximidad de un enorme taller de los FF. CC., lo que entrañaba un gran peligro de ser descubiertos los autores del peligroso trabajo.

y el valor temerario que les acompañaba.

Gonzalito, el hombre de las ideas geniales, no tardó en presentarnos uno de sus descomunales proyectos. Consistía este audaz plan, en minar el puente del Ferrocarril conocido por "Puente de Hierro", enclavado cerca del Enlace de Gas, junto a uno de los talleres de los Unidos. Bajo dicho puente pasa el río Alcoy. En esa parte de zona ferroviaria, hay siempre una gran cantidad de vago-

DOS HOMENAJES A PIO ALVAREZ

Sr. Ramón Grau
San Martín.
Presidente Provisional de Cuba.

Querido Dr.:
Sólo en dos ocasiones de mi vida he sentido mi espíritu constreñido, hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. La primera vez no es del caso narrarlo, pues constituye un pasaje de mi vida muy subjetivo, muy personal, cuya explicación en nada tiene que ver con el problema colectivo que nos ocupa.

La segunda vez es AHORA DOCTOR, en este momento de angustia para nuestra querida patria, en que en vano he esperado que una voz serena y enérgica se haga oír, poniendo fin de una vez y para siempre a la confusión horrible en que todos estamos viviendo y a la incivildad que con uniforme amarillo nos lleva a paso de carga al peor de los abismos.

Piense bien lo que le digo, Dr. Esta es una carta de un amigo, que hasta hace cosa de tres o cuatro días, no había visto la verdad, aferrado como estaba igual que está usted a un fanatismo mal entendido de la revolución.

Pero Dr. Grau, ESTA NO ES LA REVOLUCION por la cual hemos luchado, ni para la que hicieron la ofrenda preciosa de sus vidas Hidalgo, Alvarez de la Vega, Alpizar, Floro Pérez, Rubiera, G. Gutiérrez y aquel heroico muchacho que



Dos aspectos del panteón de Pío Alvarez, durante el homenaje de que su memoria fué objeto, mostrando, uno, la numerosa ofrenda floral de amigos y revolucionarios, y el otro, un grupo de familiares de Pío.

ISMAEL SEIJAS, estudiante revolucionario cuyos méritos son bien conocidos por todos, nos envía, desde Miami, esta carta dirigida al Presidente Provisional de Cuba, en la que le anuncia su decidido propósito de renunciar al cargo que ostenta, "porque no es ésta la Revolución por la que hemos luchado" y "porque somos prisioneros del Ejército de Machado, del mismo que mataba y asesinaba para ganarse unas tiritas y unos galones". Hemos situado el texto de esa epístola junto a las fotos del homenaje a Pío Alvarez, porque la declaración de principios del compañero del desaparecido y el anhelo de pureza revolucionaria que en sus palabras palpita, es, sin duda alguna, el mismo que alentaba aquel mosquetero del ideal. Y así las palabras de Seijas constituyen un homenaje más a la memoria de Pío y de tantos otros que cayeron en aras de una Cuba distinta a la de hoy.

MIAMI, Enero 9
Diciembre 1934.

tan to quería-
... en v o
nombre tengo
la seguridad
absoluta que lo
ha de hacer es-
tremecer cuan-
do lo oiga: Pío
Alvarez, el mis-
mo que usted
calificara el día
del traslado de
los restos de
Alpizar como el
CARALLERO
DEL IDEAL.

Dr. Somos prisioneros del Ejército de Machado, el mismo que mataba y asesinaba para ganarse unas tiritas o unos galones. Estamos completamente igual.

Usted no lo sabe, Dr. A su alrededor no hay más que 'guatacas' que empeñados en defender su interés personal, le lisonjean y adulan sin decirle la verdad. En mí ha tenido Ud., quizás, el más leal y decidido (y ahora se lo demuestro) de sus colaboradores. Lo mantuve al tanto de las actividades abecedarias en esta ciudad—por lo cual no pido perdón a nadie,

pues estimaba que era un movimiento contra-revolucionario lo que se incubaba—durante los dos primeros meses de mi estancia aquí. Creo que de mi lealtad y mi desinterés no puede dudar.

Comprendo perfectamente su situación, Dr. y no soy de los que cómodamente ponen el grito en el cielo desde el extranjero. El día primero de mes presentaré mi renuncia (no lo hago hoy porque una
(Pasa a la pág. 48.)

LA NUEVA ACTITUD UNIVERSITARIA

(Viene de la página 32.)

¿Es que la masa estudiantil sólo ha pensado en una clave para la solución de nuestros problemas? ¿Es que sólo el Directorio Estudiantil ha ofrecido una manera de resolver nuestros males? ¿Es que no sintieron con peso aún más grave, los muchachos de 1927, la responsabilidad de la derrota?

Mientras esta confusión vacilante conmueve los recintos universitarios, la fracción de izquierda, los oradores de A. I. E., firmes como si comenzara la lucha, con ese espléndido optimismo del que se siente con la fuerza, con la verdad y con la razón, empeñan una batalla épica por lograr que los estudiantes acaben de adoptar una posición política, acaben de abandonar esa pueril esperanza en los hombres, como si los hombres fuesen dioses... ¡Como si los dioses no fuesen hombres!...

Y el 10 de Enero ha pasado, como una sonrisa roja, sobre la mente de todos. El perfil de Julio Antonio Mella, más arrogante que nunca, más despreciativo que jamás, ha sido, desde todos los periódicos y revistas, como un insulto, como un salvazo ante tanta vacilación.

Y el latigazo surtirá su efecto y el estudiantado, por lo menos en buena parte, se agitará de nuevo, dispuesto a la lucha y al largo sacrificio.

CARLOS MENDIETA, ESPIRITU DE PAZ PARA UNA FORMULA CUBANA

(Viene de la página 31.)

se desnaturalizan en los más de los casos. Y no sería dificultoso citar ejemplos cercanos. Miguel Angel Quevedo oye. El optimismo ha vuelto a recobrar su predominio. En nosotros se opera un fenómeno singular: nos estamos fabricando la esperanza. Quevedo fué en busca de la verdad. Yo, escéptico, acepté los hechos. Y en el estrechón de manos dejamos nuestro afecto. En la atmósfera de la tarde vagaba la idea como la libélula de una vaga ilusión. Todo muy análogo a la República en vago sobre la vaga sonrisa de Grau San Martín...

NOTA URGENTE:—La entrevista con el Coronel Carlos Mendieta que ofrece BOHEMIA, fué escrita en unos instantes precisos de elaboración conciliadora. Los hechos han cambiado. Las esperanzas de llegar a una inteligencia entre todos los cubanos parecen perderse. Al escribir esta nota el pesimismo recorre todos los círculos políticos y el propio Ministro del Uruguay, señor Benjamín Fernández Medina, se encuentra en un plano total de retraimiento. El Coronel Mendieta estima que la no posible aceptación de la fórmula ha creado una grande incertidumbre. El Dr. Grau, en esa fórmula, se retiraría en una determinada fecha antes del 20 de Mayo y el Consejo de Secretarios y un Consejo de Estado se encargarían de designar al nuevo Presidente Provisional. Todo eso queda en suspenso, según los bien enterados, sólo un milagro restauraría la confianza. Cuba se encuentra dividida en dos grupos: gubernamentales y... no gubernamentales. Se inicia el paso del Rubicón.
—E. P.

10
CTS



Su sueño dorado... ser bella, atractiva!

Confíe al Jabón Hiel de Vaca
la misión de embellecer su rostro

COMO el ánfora mágica y misteriosa que guarda el secreto de la eterna juventud, el Jabón Hiel de Vaca encierra un tesoro de belleza! No gaste su dinero comprando jabones costosos. Con un Jabón Hiel de Vaca su tocador estará siempre enriquecido, y usted no necesitará nada más, para darle a su cutis la blancura, suavidad, belleza y perfume que atrae y subyuga.

Emplee con fé y constancia el siguiente tratamiento, y su espejo todos los días le hará sentir una grata impresión:—(Con ambas manos haga con el Hiel de Vaca una espesa espuma y aplíquese al cutis un suave y prolongado masaje enjuagándose varias veces con agua limpia). Después deléitese al sentir su cutis tan finamente aterciopelado, y piense en las caricias de su Príncipe Azul!

“Un Siglo Embelleciendo Rostros”

JABON DE HIEL DE VACA DE CRUSSELLAS

3227-G

COMO IBAMOS A VOLAR EL PUENTE DE HIERRO

(Viene de la página 39.)

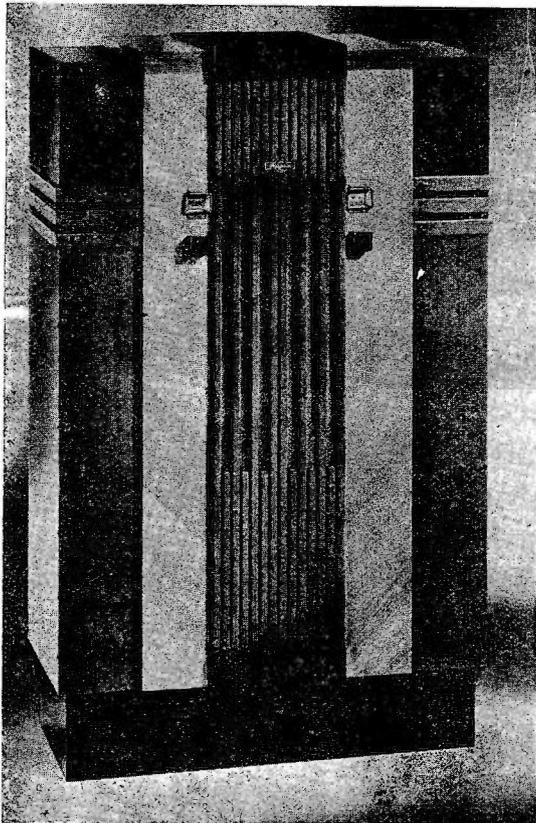
y la necesidad de adquirirlo sin dejar huellas delatorias que pudieran comprometernos fatalmente: Lo peligroso de este trabajo consistía, a nuestro juicio, en estos extremos: primero, si por cualquier motivo, después de realizado el trabajo, se frustraban nuestros propósitos y daba comienzo una investigación; segundo, el hecho de ser el puente visitado constantemente por un bote conduciendo soldados destacados en unos polvorines que, allá, a la izquierda del puente, existen; tercero, la vigilancia en ese lugar se realiza muy especialmente por la Policía de los Ferrocarriles, que cuida los muchos materiales allí depositados; cuarto, el estar una de las orillas del río habitada por jardineros allí establecidos; y quinto, por la imposibilidad de trabajar antes de las nueve de la noche y después de las once, en evitación de ser vistos en manejos extraños y descubiertos, ya que las otras horas resultaban muy significativas y delatorias o en ellas era muy transitada la zona.

MANOS A LA OBRA.

La primera idea de sumergir el alambre desde un bote, fué desechada por resultar

demasiado aparatoso el procedimiento. Así, acordamos que siendo yo el mejor nadador del quinteto, sería el encargado de efectuar, a nado, la difícil tarea, en unas aguas postilentes, grasientas, mezcladas con petróleo y otros detritus y alambres, mezclado todo con el fango. El río es bastante ancho y en el centro es profundo.

Durante el día, un hombre ignorado, que cojeaba un poco, que no era otro que López Rubio, había llevado a feliz término la labor en extremo peligrosa de trasladar y esconder convenientemente entre la hierba los materiales necesarios. Si en aquella época lo hubieran sorprendido con los rollos de alambre eléctrico, ya podía haberse encomendado al cielo. Una noche sin luna, bastante oscura, iniciamos los trabajos. López Rubio y Chicuelo entraron por la Calzada de Concha, al lado de los talleres de Córdoba, dirigiéndose al sitio en que había sido escondido el material; Edisson fué por toda la vía, hasta situarse en el mismo Puente, desde donde estaría alerta, montando vigilancia. Gonzalito y yo nos apeamos de la guagua en la carretera de Guanabacoa, entrando a pie por toda la vía, hasta el lugar convenido. Este sistema se mantuvo mientras duró la realidad.
(Pasa a la página 42.)



MODELO 776

"LIDO"

She
SMART SET
Majestic
RADIO

PRESENTA

SUS NUEVOS MODELOS

"SMART SET"

1934



GIRALT,

DISTRIBUIDORES

O'REILLY NO. 61. TELFS. M-9944, M-9945

HABANA

PAPA LAVIN, el veterano trasmisor de radio, CUMPLE LOS QUINCE (?) AÑOS... PEGADO AL MICROFONO, el próximo día 16. BOHEMIA, que no tiene página social, rompe la norma—en homenaje a un buen amigo,—anunciando su felicitación a las múltiples que recibirá en ese día el conocido promotor de la C. M. X.



COMO IBAMOS A VOLAR EL PUENTE DE HIERRO

(Viene de la página 41.)

zación del proyecto. Al llegar a la orilla opuesta en que se encontraban López Rubio y Chicuelo, arrojábamlos a las quietas aguas del río, tres pequeñas piedras, cuyo peculiar sonido era contestado por el mismo procedimiento, indicándonos que todo estaba listo para comenzar la jornada.

Sin pérdida de tiempo, me desnudé, y, venciendo la natural repugnancia, penetré en el río de aguas pútridas, avanzando a nado hasta la orilla contraria, donde López Rubio me alargó el extremo de los dos alambres impermeables—negativo y positivo,— dando comienzo a la difícil tarea de sepultarlos en el centro del río. No eran pocas las veces que me veía precisado a retroceder para desenredar el alambre de alguno de los muchos troncos, maderos y raíces que abundan en el lecho del río Alcoy. Este aspecto del trabajo duró tres noches consecutivas, con su natural peligro, aumentando en los días posteriores en que alguien, tras haber observado nuestros movimientos, pudiera haber dado un soplo que trajera, como natural consecuencia, una colada. Afortunadamente, no sucedió así, y al cabo de esas tres noches, llegamos con el tendido hasta el mismo puente, llevando a cabo, entonces, el empate, en un poste de la cerca de alambre, que sería aprovechada como cuerpo conductor, siendo tan perfecta la simulación que permaneció así por más de un año sin que nadie pudiera descubrir ni sospechar nada; sólo al cabo del tiempo, como diremos más adelante, un pescador dió con el alambre, pero no llegó ni a pensar en el "quid" del asunto.

LA DINAMITA.

Terminada la faena que considerábamos más peligrosa, faltaba tan sólo colocar las ciento cincuenta libras de dinamita debajo de los polines de una de las cuatro vías existentes, vía por la que, precisamente, había de pasar el tren que queríamos volar. La piedra de baluarte sería extraída. Todo era relativamente fácil ya. Había, no obstante, un peligro: que alguno de los policías del Ferrocarril de los que hacen el recorrido en el tramo comprendido entre Ganado y Concha, pudiera sorprendernos con las manos en la masa. Pero esto ya lo había previsto López Rubio a su manera. Como él había sido alto empleado de la Empresa, conocía uno por uno a todos los policías de la misma; así que, en caso de sorpresa, él mismo se le aproximaría y le daría muerte; cosa lamentable, pero de la cual no se podía prescindir. En lo absoluto.

La batería eléctrica la formamos comprando en un solo día, en el "Ten-Cents" una cierta cantidad de linternas, cuyas pilas, unidas entre sí, sumaban los voltios suficientes para producir la explosión apetecida. Todo esto fué sometido, desde luego, a las pruebas necesarias.

(Pasa a la página 49.)

Posee la
calidad
de un
diamante puro



Pero el "STANDARD" MOTOR OIL
no es un lujo

El uso del mejor aceite lubricante en su automóvil no es alarde de lujo. Es la mayor economía que puede Ud. efectuar. ¿Por qué?

Muy pocos automóviles rinden todo el servicio de que son mecánicamente capaces. Mucho antes de cumplirlo se inutilizan y son desechados. ¿La razón? ¡Mala lubricación!

Pocos automóviles funcionan con el bajo costo de mantenimiento planeado por su fabricante. Siempre originan muchos dispendios en reparaciones. ¿La razón? ¡Mala lubricación!

No puede Ud. jugar con el aceite lubricante. Si usa Ud. un aceite malo, su automóvil sufrirá. Si logra Ud. un pequeño ahorro en sus gastos de aceite, ¡qué cuenta tan enorme tendrá que pagar por composuras! Si desea Ud. ahorrarse dinero de verdad, no escatime en la lubricación. Use "Standard" Motor Oil, cámbielo regularmente y goce del magnífico servicio que el fabricante calculó que le rendiría el automóvil.

Use Gasolina "Standard" Belot—es la preferida

Standard Oil Company of Cuba
"STANDARD" MOTOR OIL



PESADILLA EN GRIS MAYOR

(Viene de la Pág. 21.)

de bajarse. Uno de los hombres rubios quiere detenerla. Los otros rien.

En la casa de un facultativo distinguido pretenden entrar cuatro o seis dando sus aullidos de reglamento. Para ellos, todas las casas de la ciudad son iguales.

A altas horas de la noche, los que lloran estrellas y barras sobre los hombros logran reducir a los revoltosos.

Van hacia su acantonamiento en racimos bamboleantes, aullando, hipando, fox-troteando.

¡Hip! ¡Hip!
La guardia está borracha.

¡Señor, Señor! Interecede tu bondad infinita para que esta pesadilla jamás se convierta en trágica realidad. Ilumina nuestros espíritus y levanta nuestros corazones limpiándolos de toda terpe ambición y de todo rencor fratricida y así se evitará que, aún socapa de salvarnos, tengamos que sufrir tan cara y dolorosa vigilancia, porque en tierras nuestras son horribles las consecuencias cuando...

¡La guardia se emborracha!

PENSAMIENTOS

La razón es el patrimonio de los ancianos.

Más vale ser desgraciado y tener razón que feliz y carecer de ella.

La razón es el destello divino que distingue al ser humano del bruto.

Por agudas que sean las razones, resultan ruidos sin valor para los oídos tontos.

El dolor es el maestro que en la vida enseña más; y es el que cobra más caras las lecciones que nos dá.

La razón es la primera autoridad; y la autoridad es la última razón.

**PELUQUERIA
FRANCESA**

TEMPLO DEL PERMANENTE CON CINCO LIQUIDOS ESPECIALES
PARA CADA CABELLO.
LOPEZ, REY DEL PERMANENTE
INDUSTRIA 119, AL LADO DE "CAMPOAMOR".

(Viene de la página 37.)

go. El esperaba que yo me quedara tranquilo y sumiso como hasta entonces, pero esta vez no fué así.

Inmediatamente la barraca quedó en el más completo silencio. Meck vino hacia mí con pasos cortos, con la cabeza baja y la boca entreabierta. Se le podía ver el gozo que le rebozaba al pensar que al fin podía acabar conmigo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho, marrano?—preguntó.

De una ojeada ví todos los rostros de los habitantes de la barraca en la media luz del atardecer. Algunos eran indiferentes, otros estaban sorprendidos, pero en la mayoría de ellos había la fría y hambrienta expectación por ver a alguien golpearse. Pero también ví el rostro de mi amigo Heinrich Thiess.

—Te dije que cerraras tu cochina boca—le contesté a Meck con un gruñido.

Meck pareció sorprendido durante unos instantes antes de abalanzarse sobre mí. Me dió un puñetazo en el hombro y yo le devolví otro al cuello. Entonces él trató de cogerme por las rodillas, tal como Heinrich me lo había anunciado. Fué tan rápido su movimiento que lo hubiera logrado de no haber yo estado prevenido de antemano. Dí un salto atrás y le dí un puntapié. El se enderezó tambaleándose un poquito y entonces le pegué en el estómago con furia antes de que pudiera levantar los brazos. Entonces cayó vacilante al piso, quedando extendido cuan largo era.

Miré a Heinrich. El movió la cabeza en señal de asentimiento. Ví el círculo de caras en torno a mí, ví el saco gris de paja, las palas y piquetas apoyadas de la pared; a través de la ventana ví las luces del atardecer sobre el prado como si las viera por primera vez—y comprendí, repentinamente, que estaba temblando. Ahora comprendía que Meck podía haberme convertido en gelatina.

Fuí hacia Heinrich. De pronto se produjo un grito: —¡Cuidado!— Salté a un lado a mi vera. Un golpe, un sonido seco y Meck estaba de rodillas con un puñal en su mano.

—¡Maldito!— exclamó el que me había prevenido—. Quiere terminar el asunto a puñaladas.

Heinrich se le fué encima. Lo golpeó como un triple martillo. Era terrible todo aquello. La barraca crujía. Durante un rato Meck estuvo tendido en el piso. Yo no podía mirarlo más.

—Dejémoslo solo—dije.

El me miró como si no me comprendiera y movió la cabeza negativamente.

—Golpéalo—dijo—. Esto es algo que tú no comprendes.

Ninguno de los otros se movió. Más tarde supe que aquello no se había hecho por causa mía, sino por causa del cuchillo. Heinrich era el hombre más fuerte de la barraca y eso le daba ciertos deberes y derechos que todo el mundo le reconocía. Y así como él no podía ayudarme en una riña de hombre a hombre, él no podía dejar sin castigo un traidor ataque por la espalda con un cuchillo.

Llegó Agosto. Heinrich y yo no quisimos seguir durmiendo en la sofocante atmósfera de la barraca. Habíamos extraído sacos de paja sobre los que dormíamos en pleno campo. Los ríos brillaban cerca de nosotros con sus coches iluminados. Las estrellas titilaban y juro que nunca ví el cielo tan amplio como en aquella oportunidad. La blancuzca senda de la Vía Láctea estaba sobre nosotros como el humo de un gran buque que hubiera desaparecido por el horizonte.

EN EL CAMINO

Muchas veces, al despertarme, veía las estrellas fuera de sus sitios—parecía como si el cielo se hubiera trastornado—la Osa Mayor parecía haberse vuelto sobre su base y Orión quedaba al lado opuesto. Entonces tenía la impresión de la tierra viajando por la inmensidad del espacio y me la imaginaba como una pequeña pelota, corriendo por la interminable curva hacia el horizonte para hundirse en el abismo de lo desconocido. Era tan tangible, tan perfecta, esta visión, que muchas veces me parecía que tenía que hacer esfuerzos para mantenerme en mi lugar. Entonces, cuando me sacudía de esta pesadilla, me daba cuenta de que Heinrich Thiess no estaba ya durmiendo a mi lado. Muy a menudo yo me sentaba y me quedaba mirando durante un largo rato a los grandes maderos que en la llanura parecían vacas paciendo en la oscuridad. Hacia la mañana, cuando caía el amanecer, con su claridad tan repentina y pesada que despertaba a uno nuevamente, oía muchas veces a Heinrich regresar. Yo sabía de dónde él regresaba: de la casa del guarda-vías, donde estaba la mujer. Yo casi siempre fingía estar dormido cuando él se acostaba.

Entonces ocurrió que una noche el guarda-vías vino allí. Yo estaba sentado con Heinrich junto a una fogata que habíamos

formado. El estaba asando una trucha que había pescado. El guarda-vías se sentó junto a nosotros. Estaba pálido y agitado. Heinrich actuaba como si no se hubiera dado cuenta de su presencia. El guarda-vías habló del mal tiempo y del calor que hacía. Heinrich no contestó. Yo le miré. Estaba aparentemente imperturbable, pero daba innecesarias vueltas en torno al fuego.

—Vuelvo pronto—dije yo.

Más tarde supe lo que había ocurrido. El guarda-vías le dijo a Heinrich que había sido herido durante la guerra.

—¿Dónde?—le cuestionó Heinrich.

—En Arras.

—Yo también estaba allí— comentó Heinrich.

El guarda-vías estaba tuberculoso. Mostró un certificado de un médico que había traído en su bolsillo. Heinrich rehusó mirarlo. Tranquilamente y sin implorar simpatías, el guarda-vías explicó que no le quedaba mucho tiempo de vida. También explicó que no tenía nada en el mundo más que su esposa. El sabía perfectamente que estaba muy enfermo para ella. Pero no había de durar mucho ya, y además eso era todo lo que tenía en el mundo...

¿Comprendería Heinrich eso?

—Sí—dijo Thiess.

El guarda-vías no dijo mucho más después de aquello. Esperaba la respuesta de Heinrich.

Habo un largo silencio. Heinrich se quedó mirando la hoguera. Y entonces volvió a preguntar: ¿Dónde fué usted herido, camarada? ¿En Arras?

El guardavías movió la cabeza en señal afirmativa.

Heinrich continuó mirando la hoguera. No había oído ni siquiera su propia pregunta.

Una ramita crujió en la hoguera. Heinrich levantó la vista.

—¡Oh, sí!—dijo, como si lo hubiera olvidado todo. Miró al guardavías. Pero se lo haré saber a ella, yo mismo, añadió.

—Bion, dijo el guarda-vías y se puso de pie.

A la noche siguiente, Heinrich regresó más pronto de lo que yo esperaba. El expreso París-Varsovia cruzaba junto a nosotros en esos momentos. La locomotora era una fuente de luces y llamas. Heinrich se arrojó sobre la hierba.

—Me marcho mañana, Pablo—me dijo.

Estuve silencioso. Yo sabía que el asunto terminaría de este modo. Pero de todos modos, la noticia me contrariaba tanto, me sacudía tan violentamente, que no podía contestar nada.

—Ya va siendo tiempo de todos modos—dijo Heinrich después de un rato—. He estado mucho tiempo en este lugar.

—¿Le has dicho a ella?—le interrogué.

—Sí.

Miré hacia la extensa campiña.

No debes estar muy seguro de haber conseguido lo que te proponías cuando te vas, Heinrich. Ella dará vueltas al lado tuyo y gemirá.

—No,—dijo Heinrich.

Yo le miré. Se volvió hacia mí abruptamente.

—Tuvo bastante de mí ya—me dijo. Te dije que era casado. Que quería volver a mi hogar. A mi mujer.

Yo moví la cabeza.

—Después de aquello no lloré más. Estaba salvaje, colérica, violenta. ¿Tú me entiendes? Eso le ayudó a terminar. Ella tiene carácter como un hombre. ¡Maldición!

Permanecemos en silencio.

—¿De verdad que eres casado?—le pregunté después de un largo silencio.

(Pasa a la página 45.)

SI SUFRE DE ESTREÑIMIENTO GUARDESE DE LA COLITIS

Los médicos notan que existe algo así como una epidemia de colitis, apendicitis y hemorroides, debido al alarmante aumento de casos de estreñimiento. Muchas veces costosas y dolorosas operaciones son necesarias para corregir las consecuencias. Sin embargo, usted mismo puede dominar fácilmente el estreñimiento.

Un tratamiento que ha ganado preferencia popular en 70 países del mundo, consiste en atenderse con las píldoras puramente vegetales preparadas por el famoso médico inglés Benjamin Brandreth. Son píldoras tan puras como los alimentos que usted ingiere: contienen ingredientes naturales y obran solamente sobre el intestino grueso impidiendo la acumulación de venenos que originan tantos males.

Usted puede tomar las píldoras de Brandreth toda la vida,—todas las noches, si necesario—y no le harán nunca mal.

Librese de la esclavitud de cárticos y purgantes. Ponga las Píldoras de Brandreth a la prueba por dos semanas y vea los resultados.

Las Píldoras de Brandreth pueden obtenerse en casi todas las farmacias del mundo. No acepte sustitutos. Insista en Brandreth.

MACHADO DEBIO MORIR...

(Viene de la página 29.)

La Habana. Estaba matriculado en Medicina al cierre de la Universidad. Dejó sus estudios, incorporándose al A. B. C. y alzándose en la Revolución de 1931. En su pueblo se hizo respetar por los caciques del Machadato. Distintos incidentes surgidos dieron lugar a que se le vigilara estrechamente. Y entonces determinó venir para La Habana, donde conoció a sus compañeros Floro y Pio.

Pero nunca, ciertamente, pudimos saber si había estado en ese plan.

A fines del año de 1932, Julio Pérez viajaba muchas veces por la carretera de Caibazar, junto al puente "Jibaro", el cual estudiaba para dinamitarlo al paso del auto blindado de Machado.

Y en estos planes lo sorprendió la muerte. Una muerte a manos de un confidente. El negro Lancéis, en su casa de Barrio Azul. El 22 de Diciembre de ese año, Julio, que había conocido a Lancéis como galletero, lo "probó" y vio que era un buen elemento y comenzó a utilizar la amistad de éste con el propósito de introducirse en la Valla de la Finca del senador Camps, frente a "Doña Juana", y cuando el dictador concurriera a una de esas lidias de gallos, aprovecharía la oportunidad para matarlo.

Estos planes no se los comunicó a Lancéis, pero éste era confidente del Gobierno y, al conocer las actividades de Julio, lo citó para su casa, donde le mostró las calamidades que le abatían y la necesidad de conseguir una medicina para su hija. Julio se brindó con generosidad a buscarla, trasladándose de ese barrio a La Habana, donde empeñó sus yugos de oro. Y de regreso con la medicina, al llegar a la casa de la casa, una descarga de fusilería lo abatió. Unos soldados emboscados habían inmolado una víctima más. Y Lancéis, para justificar el crimen, puso junto a él, ya muerto, un saco con bombas.

Con esas mismas bombas que él en vida destinara para Machado.

EN EL CAMINO

(Viene de la página 44.)

—¡Oh, qué casualidad!—dijo Heinrich mientras tomaba una manada de hierba fresca.

A la mañana siguiente partió.

—Andaré un poquito contigo—le dije.

El sacudió la cabeza.

—No te ocupes—dijo—. Es mejor así.

Fuera hacia mucha claridad. Se podía ver un largo trecho del camino.

—Tienes que tener cuidado con Meck—me dijo—. Es mejor que tomes el sitio en

que yo dormía, en la esquina de la barraca. Pero no creo que te haga ningún daño.

—Tampoco lo creo yo—le contesté.

—Bien, entonces, buena suerte, Pablo.

—Buena suerte, Heinrich.

Permanecí frente a la barraca hasta que hubo traspasado el bosque. No volvió la vista siquiera.

Tres semanas después también me marché yo.

(Versión de L. González del Campo, Especial para BOHEMIA.)

KOLA ASTIER

La Kola granulada ASTIER es el más valioso auxiliar del atleta.

Suprime el Cansancio
Multiplica la Energía

De Venta en Todas
las Farmacias

FUERZA · AGILIDAD · RESISTENCIA

LO QUE SE HA DICHO DE LA PERVERSIDAD Y DEL ALTRUISMO

Muchas veces se hace daño sin quererlo ni premeditarlo: para esto cabe el arrepentimiento y el perdón. Pero para aquellos que a sabiendas obran con perversidad, no caben más que castigos.—BINI.

Nada daño tanto al corazón como el saber que ha de hacerse algo en perjuicio del prójimo.—FERNANDEZ GUERRA.

La economía en acumuladores es un camino RECTO

Alumbrado brillante—vigoroso arranque
—encendido imperturbable—seguridad
—larga duración. ¡Para eso se compran acumuladores! El problema es conseguirlo al menor costo. ¡EXIDE es la solución! Por 22 años viene satisfaciendo al mundo automovilista con su máxima eficiencia y seguridad; y, por su gran duración, resulta el más barato.

Distribuidores para Cuba
CIA. NACIONAL DE ACUMULADORES, S. A.
Ave. de la República 93, Havana
Telf. M-1524

The Electric Storage Battery Co., Philadelphia, E. U. A.

Exide

El acumulador de larga vida



25-33

VALDA
VERDADERO
REMEDIO
DEL HOGAR
LAS PASTILLAS
VALDA

son indispensables para PRESERVAR
SUS ORGANOS RESPIRATORIOS
o para CUIDAR

los Constipados, Dolor de Garganta, Laringitis,
 Bronquitis, Gripe, Trancazo, Asma, Enfisema, etc.

PERO HAY QUE TENER CUIDADO
 de no emplear sino las

PASTILLAS VALDA
VERDADERAS
 que se venden unicamente en CAJAS
 con el nombre VALDA
 en la tapa y nunca
 de otra manera

EL CAMPEON DE LOS CARBURANTES NACIONALES

GASCOL

VELOCIDAD **ECONOMIA**
FUERZA

ESTA EN LA HABANA LA VIOLINISTA MEXICANA C. TREVIÑO

(Viene de la página 25.)

Del ascensor sale ahora una dama. Es gruesa, de faz agría, coronada de plata. ¿Será ésta? Miro a Vales y éste ya me estaba interrogando con la mirada. La señora nos observa sin reserva, y como la hora del atardecer había puesto en los pasillos del hotel una penumbra entre supersticiosa y confidencial, la buena señora nos dá luz y se aleja pasillo adelante.

Respiramos. No era ésta. Recuerdo que entonces me dediqué con más ahínco a fijarle, a mi gusto, un tipo a Celia Treviño, tomando como punto de partida el de esta solemne matrona. No puede ser tan gruesa. El violín no tiene antecedentes de tan ilustre gordura. Pero el rostro... Ese gesto hurraño, esos ojos semicerrados, esa cabellera entrecana y desordenada...

Eso sí debe ser muy de Celia Treviño. Otra vez se detiene el ascensor. Rumor de risas. Pasos nerviosos. Es una mujer rubia, de melena amplia y ondulada sobre los albos hombros desnudos. Su boca, fresca y tentadora, sonrío. Tiene los ojos claros, que sonrían como su boca.

—Vaya huésped, pensé...—
 Miré a Vales y lo sorprendí mirándose y llevándose a la boca los dedos en ese

gesto criollísimo que traducido a palabras quiere decir textual pero elocuentemente: —¡Qué buena está!

La dama, cuyos pasos la precipitaban hacia una habitación del lado de allá del saloncillo que ocupábamos, se detuvo de pronto, al ver la cámara fotográfica de Vales.

—¿Son ustedes de BOHEMIA?
 —Sí, señora... ¿Y usted?
 —Yo soy Celia Treviño.
 —Mucho gusto.
 —¿Les hice esperar mucho?
 Vales iba a decir que sí. A pesar de su sordera tenía ganas de decirlo, por lo visto. Pero yo mentí:
 —Acabamos de llegar.
 —¿Quiere pasar? Aquí estaremos mejor. ¿Le parece?
 —Donde usted guste...

Y nos introdujo en su habitación. Es una alcoba espaciosa, cuyos ángulos principales ocupan dos camas, sobre una de las cuales hay un puñado de globos. En la mesita del centro, álbumes, programas y fotografías.

—¿Me perdonan un ratito?
 —¡Como no! Lo que usted quiera.
 Se fué pasillo adelante. Vales, sonriendo contento, me dice:

—Menos mal que es bonita.
 —¿No te gusta retratar mujeres feas?
 —No. Porque le echan la culpa al fotógrafo.

—Ah, ¿sí?
 Abro uno de los álbumes que hay sobre la mesita del centro, y me encuentro una niña retratada con un violín en las manos. Es Celia Treviño, cuando hubo de debutar en México, ante un público maravillado de la precocidad de la niña mexicana, que con siete años escasos interpretaba las más difíciles obras de los clásicos. Vales se me acerca y razona.

—Si vamos a hacerle más de una fotografía, debemos llevarla a la azotea. Serían demasiados cuatro disparos de magnesio en la habitación.

—vamos a ver qué dice ella.
 Ella acogió la idea con alegría. Nos hizo salir de la habitación para cambiarse de traje.

Nerviosa, alegre, bonita, Celia Treviño dá la sensación a las primeras palabras, de una antigua camarada. Toda aquella prevención que fué conmigo mientras esperaba vérmelas con una concertista famosa, desapareció ante su sencillez y su alegría.

Sobrino del que fué Presidente de México, don Venustiano Carranza, a los seis años era la admiración de todos, interpretando con precoz sentido musical lo más difícil del repertorio de violín.

Estudió en Bruselas la escuela belga, que aún practica. Pensionada por su tío el Presidente, continuó sus estudios en New York, con Maurice Kaufman.

A los ocho años de edad sus profesores la presentaron en un recital inolvidable en el "Town Hall", de New York.

Posee varias condecoraciones y diplomas. Ha ofrecido recitales en todos los estados de la Unión americana y de México. Los críticos han coincidido en llamarla "la temperamental Celia Treviño" y está en La Habana esperando la oportunidad de cautivar a nuestro público con las bellezas melódicas de la escuela belga y el impecable sensacionalismo de la técnica rusa.

Atardece. La ciudad se cubre de gris, pretenciosa de invernalidad. Mientras Vales prepara la cámara, Celia toca el violín. Sus dedos, pulidos y pálidos, corren sobre la vibrante sonoridad de las cuerdas. Inmóviles, fijos en la lejanía azul, los claros ojos brillan emocionados.

—¡Espera!...— Le digo a Vales.
 Y fué, cuando hubo de perderse en el silencio augusto de la tarde el último gemido del arco melancólico, que se tomaron las instantáneas que hacen constancia de mi visita a Celia Treviño.

¿Preguntas? ¿Interview? ¿Para qué? Su biografía, su arte, su personalidad, toda ella está en su violín. Decidida que toque... Cuando os hayáis emocionado como yo esta tarde, oyéndola sentir, más que tocar, habréis conocido toda la vida y toda el alma de una mujer.

REFORME
SUS LAMPARAS
LLAME A LA CASA
ALADINO
GRAL. CARRILLO 72. A-0456

MUEBLES PARA OFICINA

Burós, archivos, cajas Kardex, tarjeteros, máquinas de escribir, de sumar.

LA CASA GONZALEZ
PROGRESO Núm. 3, entre AGUACATE Y
VILLEGAS.
TELEFONO M-8638.

(Viene de la página 23.)

Cuando Machado se metía en el lecho, enfermo, el Dr. Enríquez se constituía en el cuarto. Por cierto que no tenía con éste atención especial alguna. Hasta permitió que la policía persiguiese a un hijo suyo, pintor vanguardista, cuyas exposiciones en La Habana llegaron a motivar verdaderos escándalos.

En cuanto al otro médico, el doctor La Torre, si tuvo con él atenciones especiales. A raíz de una operación que le practicara este especialista de la garganta, que era oficial médico, lo ascendió de grado, haciéndolo comandante. Como siempre, Machado se identificaba con la República.

Cuando estaba en Palacio Machado, bajaba invariablemente a su despacho del primer piso, antes de las ocho de la mañana, en unión de sus ayudantes de turno. Esto se repetía durante los siete primeros años de su gobierno. Fué durante el último, que faltaba varias veces a la semana a su despacho. A esa hora comenzaba a recibir y trabajaba en asuntos oficiales hasta cerca de las dos de la tarde, hora en que almorzaba.

Durante todo ese tiempo, Machado no tomaba más que una sola copa de vermouth, que le era servida a las once y media de la mañana. Estuviera quien estuviera en su despacho, entraba el sirviente a la hora señalada y portando en la bandeja una sola copa de vermouth con hielo. La ponía sobre la mesa a la derecha del General, quien iba bebiéndola, sin invitar a nadie, a pequeños tragos.

No es Machado aficionado a las bebidas alcohólicas. En pocas ocasiones lo ví un poco "alegre". Una vez en Baracoa y otra en Cienfuegos, en el curso de aquella excursión que realizó en los primeros tiempos de su gobierno, al través de toda la Isla.

A las dos de la tarde, Machado se trasladaba al comedor oficial de Palacio. Su familia nunca comía con él, haciéndolo a otra hora en el comedor gris que existe en el segundo piso. El Dictador siempre contaba con invitados, unos fijos, pues tenía días establecidos para determinados amigos y otros—siempre en menos número, que invitaba casualmente. Por lo general la mesa se servía a la hora de almuerzo para diez o doce personas: el Presidente, sus ayudantes de turno, el oficial de la guardia, que eran siempre los mismos, turnándose. El resto lo llenaban los invitados. A almorzar tenía invitados el Presidente, de manera fija, también en turno rotatorio, a Bebito Echarte, a Salvadorcito Guedes, a Antónico La Guardia, mientras vivió, a Dámaso Pasalodis, a Don Juan Mencia y a Don Pedro Marín. En los primeros tiempos se sentaba a su mesa en estos almuerzos—entre otros—Ramiro Cabrera. Los almuerzos se terminaban a las tres y media, y por lo regular el menú era criollo.

(Pasa a la página 43.)

El
tiempo
es oro



cuando se sienten
los primeros
síntomas del
resfriado

Acuda Ud. inmediatamente a la Fenaspirina apenas sienta los primeros síntomas del resfriado, tales como escalofrío, estornudos, malestar, dolor de cabeza, etc. Tómese dos tabletas, repitiendo la dosis cada tres o cuatro horas. Y si desea que el efecto sea más rápido, tómese dos tabletas más al acostarse, seguidas de una bebida caliente con el jugo de un limón.



FENASPIRINA
lo mejor contra resfriados

Casa Zimmermann
RADIO - PIANOS - PUBLICACIONES
LA MEJOR MÚSICA DEL MUNDO - EL TESORO DE LA JUVENTUD
ZENEA (Neptuno) 182 - Tel. U-5017 - HABANA

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

C. M. X.

CASA "LAVIN"
890 K.C.

Propagandas "Joffre"

Miércoles, 9 p. m.

Jueves y Sábados, 8 p. m.

Dramas y comedias en tres actos.

ESCUCHELAS
CUADRO DIRIGIDO POR
ARTECONA Y BEJAR

MUEBLES

CAO Y VARELA.—Plazos cómodos, alquilamos, cambiamos.—Surtido juegos cuarto, comedor. *sala* alta novedad. Agradecemos su visita.—Neptuno 187.—Telf. U-3417

MUEBLES EN GANGA

Juegos de cuarto, sala, comedor, caoba, últimas creaciones.
\$3 mensuales.

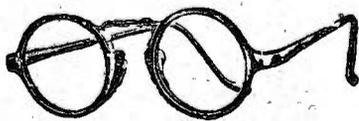
Grandes facilidades al cliente.
LA EMINENCIA

Neptuno No. 188.—Telf. U-5427.

A S M A

Probar para creer. Por violento que sea un ataque de asma, desaparece en *unos* minutos con la primera dosis del nuevo producto LACTUSAN. No contiene *medicamentos* calmantes, yoduros, ni ninguna *otra* droga alterante. Recorte este anuncio, pase a recoger una muestra gratis. No venir el paciente personalmente. Infante 59, entre Carlos III y Estrella. Habana. Teléfono: U-4000. Farmacia *Tambien* enviaremos por correo al recibo de \$1.10) centavos en sellos.

LA CASA IGLESIAS OPTICA



FUNDADA EN 1898.

Examen de la vida gratis
Espejuelos y recetas de los señores
oculistas.

A PLAZOS
MONTE 118 esq. a FIGURAS

POMADA LIBRADA

Mantenga sus pestañas largas y arqueadas usando la
POMADA LIBRADA

Precio del botecito: 50 centavos.
En las principales casas.

RESTAURE
SUS **LAMPARAS**
LLAME A
LA CASA **ALADINO**
GRAL. CARRILLO 72. A-0456

LA VIDA CUOTIDIANA DE MACHADO

(Viene de la página 47.)

Después de almuerzo el Dictador se retiraba a su cuarto a dormir la siesta después que se marchaban sus amigos. Al levantarse a las cinco de la tarde, volvía a bañarse y a cambiarse de traje, que en el verano era invariablemente de dril número 100.

Por cierto que el Dictador presumía de elegante. Su ajuar constaba como de cincuenta trajes de verano y otros tantos de invierno siempre renovados y generalmente de tonos grises. Poseía como cuarenta o cincuenta sombreros de jipijapa, pues sus amigos sabían lo que le gustaba esa prenda y siempre le obsequiaban con ella. Sus corbatas que mandaba a buscar a Londres eran 300 o 400 y tenía más de sesenta pares de zapatos de toda forma y condición.

En la ropa interior era muy presumido, y lo mismo en cuanto a los pijamas que poseía, algunos verdaderamente fastuosos. No llevaba prendas, excepto un sortijón que poseía desde antes de su elevación a la presidencia.

Cuando no se retiraba del Palacio para ir a comer a la finca "Nenita" o a visitar algún amigo o a otros casos más íntimos, la comida en Palacio se servía a las nueve de la noche. Como en los almuerzos siempre había invitados, aunque en menor número. Recuerdo que asistían a las comidas un personal distinto al de los almuerzos. Entre los que comían en Palacio se encuentran Zubizarreta y Pepito Izquierdo.

El Dictador no dejaba transcurrir un día sin salir del Palacio. Sus entradas y salidas eran continuas, sobre todo en los últimos meses. El campo y el mar lo atraían enormemente. Cuidaba en la finca de sus caballos, casi en persona, pues tenía delirio por esos animales.

(Pasa a la página 54.)

CARTA RENUNCIA DEL CONSUL DE CUBA EN MIAMI

(Viene de la página 40.)

cuestión de índole puramente administrativa referente al Consulado, me lo prohíbe) y en los primeros días del mes entrante estaré en La Habana, e iré a hacerle una visita si usted me lo permite.

No quiero censarlo más. DOCTOR: EN NOMBRE DE LA REVOLUCION LE PIDO LA RENUNCIA.

Mande como guste a su verdadero amigo,

ISMAEL SEIJAS.

Ócnsul de Cuba en Miami.



PARA LOS CONVALECENTES

Recobre sus fuerzas con Leche Malteada de Horlick, un alimento delicioso, nutritivo y bien equilibrado.

La Leche Malteada de Horlick

suple las vitaminas y elementos alimenticios necesarios para recobrar la vitalidad. Se elabora con crema de leche pura y trigo y cebada superiores. Se envasa en frascos sellados para protección del consumidor. De venta en boticas y tiendas.



¡EL PERDIO SUS DIENTES...y a ELLA!

la piorrea ha hecho su obra destructora

UNA tragedia siguió a la otra. Al principio no parecía grave. Ella había notado que le sangraban a él las encías y le dijo que no le cuidara, pero él nada hizo y se le volvieron blandas y esponjosas. Después los dientes se le aflojaron en sus raíces! Entonces, un diente se le cayó, otro tuvo que ser extraído y ahora le faltan seis.

Compadézcalo! Pero él pudo haberlo evitado fácilmente, lo mismo que Ud. puede impedir esta tragedia. Cepílese los dientes por las mañanas y por las noches con Forhan's para las Encías.

Es más que una pasta corriente de dientes, pues éste dentífrico es preparado científicamente para evitar la terrible piorrea. No solamente mantiene sus dientes limpios y blancos sino que también evita que la piorrea ataque a sus encías, sus dientes y su salud.

Forhan's para las Encías, elaborada según fórmula del Dr. R. J. Forhan, especialista en enfermedades de la boca, contiene el astringente Forhan, descubierto por el Dr. Forhan y usado por casi todos los dentistas del mundo en el tratamiento de la piorrea.

Forhan's PARA LAS ENCIAS



COMO IBAMOS A VOLAR EL PUENTE DE HIERRO

(Viene de la página 42.)

UN DETALLE.

Una noche, cuando me hallaba en el agua, tendiendo el alambre, ví a un hombre que se acercó a Gonzalito, quien, como he dicho, se quedaba en una de las orillas. Gonzalito cuidaba mi ropa y vigilaba. El hombre que llegó se puso a hablar con él, y pude observar cómo mi compañero dejaba el bulto de mis ropas en el suelo. Y pensé:

—¡Bah! Nos ha sorprendido la Policía. Este esbirro debe estar cacheando a Gonzalito...

Sin perder la serenidad, avancé hacia la otra orilla, mientras daba tres tirones—señal de alarma—a los alambres, para prevenir a López Rubio. Después, ya más cerca, musité:

—¡La Policía!

De ser así, realmente, sólo se imponía la retirada. Era lo lógico. Pero López Rubio era un hombre todo corazón. Se quedó en el lugar, atibando y viendo lo que pasaba. Seguidamente, pudimos comprobar que el que hablaba con Gonzalito era Edison, que había abandonado su guardia del Puente para comunicarle algo al otro.

Otras noches teníamos que acortar la respiración. Los perros de los jardineros ladraban, en medio del silencio de la noche. Momentos inolvidables...!

Otras veces, se sentían ruidos, río abajo. Y pensábamos en el bote de los polvorines, cargados de soldados que saltaban a tierra junto al Puente...

¡LISTOS!

Por fin, todo quedó listo. La batería entre los matorrales. De aquí, al poste de la cerca que había de utilizarse como cuerpo conductor, los 500 metros de alambre: éste pasaba luego a un poste del F. C. Y allí, a los tres metros, bajo un travesaño, el niple. Sólo esperábamos el día feliz. Chucuelo sería el encargado de darle al "chucho", al paso del tren. Al sobrevenir

la explosión, y aprovechando los primeros momentos de confusión, correría hacia Concha. Montaría en una guagua. Y en esa forma, hacia La Habana...

Pero, antes de llegar a esto, brilló con toda su intensidad la innegable buena estrella del Gral. Machado. Y un día marchó a Oriente, sí, pero en avión... Defraudando la esperanza justificadísima de que seríamos nosotros, exclusivamente nosotros, los que pondríamos fin a la carrera criminal del hombre más nefando que vió la luz en Cuba...

DESPUES...

Pasó el tiempo. Otras actividades revolucionarias reclamaron nuestra atención. El tendido para la voladura del puente quedó intacto, si bien, como es lógico, sin la dinamita ni las pilas.

Y hará como cosa de cinco meses, un popular pescador conocido por "Lagañita", cuando se dedicaba a las faenas propias de su profesión, vió cómo sus aparejos se enredaban con un rollo de alambre más que regular. El hombre comenzó a sacar alambre y más alambre. Fué haciendo un rollo de grandes proporciones. En esa labor fué sorprendido por la Policía. Téngase presente que estábamos todavía bajo el régimen de Machado. "Lagañita" fué detenido y libertado más tarde. Se le acusaba de complicidad en el robo de que suponían procedía tanta cantidad de alambre. Aquellos esbirros que presumían de "olerlo todo", perdieron prenda. Pero cabe preguntar: ¿En caso de que alguno de nosotros fuera sorprendido por los sicarios de Machado, ¿de haber hurtado tal material...? De seguro que no. Hubiérase registrado, una vez más, la aparición de un cadáver, de un muerto que lo había sido en forma "misteriosa"... De eso no nos cabe la menor duda a los que, en noches oscuras, y en medio de un paisaje que puede calificarse de bellissimo, nos dedicábamos a la obra destructora como único medio de salvar a un pueblo de las garras tiránicas...

REPARTO DE JUGUETES EN LA C. M. B. S.



Los niños habaneros que participaron en la Rifa organizada para el Día de Reyes, fueron obsequiados con muchos juguetes que distribuyó el propietario de la referida emisora.

Compañeros!!

Qué Película!!

LA JUVENTUD

MANDA

Contemplan!

EL TITANICO ESFUERZO DE LA JUVENTUD POR TOMAR PARTE DECISIVA EN LOS DESTINOS DE LA PATRIA.

Admiren!

A LA JUVENTUD HEROICA QUE SE SACRIFICA EN ARAS DE UN IDEAL.

Maravillense!

COMO LA JUVENTUD MODERNA SE PREPARA PARA ALCANZAR LA PERFECCION HUMANA.

Emociónense

CON LA SEMEJANZA DE ESTA OBRA Y EL INSTANTE CRITICO QUE ATRAVIESA JUBA.

Sientan!

LA FURIA DE LA TURBA ENARDECIDA, QUERIENDO ARRASAR LA CIUDAD.

VENGAN A VER EL MAGNO ESPECTACULO QUE LES OFRECE

Cecil B. de Mille

La semana del 15 al 22 de

Enero en el

Teatro Nacional

PERDIENDO EL TIEMPO

En cumplimiento de la convocatoria hecha a la Asamblea Constituyente, el Gobierno ha procedido a nombrar el Tribunal Superior Electoral y las Juntas Provinciales Electorales.

Todo eso es ganas de perder el tiempo. Todos esos nombramientos y esas creaciones son más inútiles que un paraguas en un bombardeo. Porque a la Constituyente, mientras no se vaya el actual Gobierno, no irá ni siquiera el Partido de la Corta.

BOMBA DE REBOTE

Dicen los periódicos: Una bomba que estalló en la esquina de Apodaca y Economía causó serios desperfectos en la cancha del club "Atenas".

Esa noticia debió insertarse en las planas de sport, en la parte dedicada a los juegos y a los terminales del Jai-Alai, porque no cabe la menor duda que esa bomba era un artefacto de rebote entre dos paredes.

EL MEJOR ALCALDE

El Dr. Manuel Labra desempeñaba la alcaldía de facto de Matanzas. De él dijera en numerosas ocasiones el Dr. Guiteras: "que era el mejor alcalde de la República". Sin embargo, a pesar de eso, el Sargento-Taquígrafo, por un úkase digno de un cosaco extraviado en Columbia, ordenó el cese inmediato del señor Labra en sus funciones municipales.

La cosa está clara: es que el Sargento-Taquígrafo quiere ser ahora el mejor alcalde de la República.

UNA NUEVA CARTERA

El ingeniero Carlos Hevia, Secretario de Agricultura, ha declarado que en el mes de diciembre se registró un aumento favorable en nuestra balanza comercial.

La verdad es que, en vista de esas declaraciones, se debía crear revolucionariamente, la Secretaría del Optimismo y confiar esa cartera al Ing. Hevia en la seguridad de obtener en ella el mejor éxito.

EN EL PORTICO MEDIO A OSCURAS...

"Luz", colega tierno y kilowático, alumbrando un bombillo de cincuenta bujías, dice, describiendo una escena de folletín: "Hay tranquilidad en Palacio. Trasponeamos el pórtico amplio, medio a oscuras, donde un soldado dormita junto a la mesa; dos vigilantes de policía charlan, posiblemente, sobre temas políticos."

El luminoso colega ha dado sobre la cabeza del mismísimo clavo. Uno y otro, hablaban de la Constituyente. Y decían así, bajo el pórtico medio a oscuras:

Vigilante primero (acariciándose el correaje con mano melancólica y emocionada).—Esto se está poniendo de entierro de niño chiquito por la Calzada de Zapata.

Vigilante segundo (palpándose el palo policíaco con larga ternura exquisita).—Yo hablé esta madrugada con Fernández Medina y me dijo que había sonado la hora del salpauera.

Vigilante primero.—¿Tú crees que Grau?

Vigilante segundo.—Ya compró su par de patines.

Vigilante primero.—¿Y Batista?

Vigilante segundo.—Ya compró un bote.

Y oído este diálogo, traspusimos el pórtico medio a oscuras, donde dormitaba un soldado, junto a una mesa, soñando en unos galones de coronel.

EL POBRE ZUBI

Dicen que Octavio Zubizarreta padece de delirio de persecución y que ha tratado de suicidarse por dos veces, con resultado negativo, una vez aplicándose una sábana al cuello y en otra ocasión tratando de rebanarse el pescuezo con una navajita de afeitar.

Deplorable, aflictivamente deplorable todo eso. Porque es la prueba evidente de que las sábanas en Cuba andan de capa caída y que las navajitas de afeitar se fabrican ahora con un acero mixtificado.

BATISTA CONTESTARA

En un alegato publicado por los abogados defensores de los ex-oficiales, dicen dichos letrados: "No existe razón jurídica alguna que justifique la prisión de los ex-oficiales, la cual es ilegal."

De seguro que el Presidente del Tribunal Supremo, Dr. Fulgencio Batista, buscará en su amplísima cultura jurídica, en su hondo saber judicial y en su inmensa experiencia de jurisperite, un material abundante para responder, en nombre de la ley, ese alegato.

A 29 IGUALES

Dice un despacho cablegráfico: Conspiración para derrocar al gobierno de Abelardo Rodríguez en México.

Pues, a veintinueve iguales con Grau San Martín.

DIALOGUITO

Un indigente.—La verdad es que este Gobierno se está poniendo un poco sicalíptico.

Otro indigente.—¿Por qué lo dices, viejo?

Un indigente.—Porque le preocupa demasiado la "aviación".

SU DIVINA MAJESTAD

Leemos en la sección religiosa del P. Viera: Jubileo Circular. Su Divina Majestad se halla de manifiesto en la iglesia del Convento de las Ursulinas.

Es bobería, con esta lectura, hemos quedado completamente convencidos de que no sabíamos ni una papa de religión.

Porque nosotros creíamos que Su Divina Majestad se hallaba de manifiesto en el Campamento de Columbia, desde hace varios meses.

EL REY SE DIVIERTE

Dice un colega: Realizan maniobras las fuerzas del campamento de Columbia en combinación con los aeroplanos.

Ustedes saben que el Sargento-Taquígrafo reside en Columbia. Pues bien, repitamos con el viejo Víctor Hugo, que fué en su época catcher del "Almendares": el rey se divierte.



LUNA DE MIEL

—Hace tres días que nos casamos y te has pasado toda la noche fuera de casa. No he podido pegar los ojos ni un momento.

—Me extrañabas mucho, ¿verdad?

—No, es que no me han dejado dormir las bombas.

EL CONTRAFUERTE

Aunque ustedes crean que se trata de una exageración, debemos informarles para que la cosa no les coja de sorpresa, que en esta época de recholeto ideológico y de sambumbia doctrinaria, se ha formado un Partido Contrafuerte Cubano, que es, hasta el momento, una organización modesta y no una zapatería como alguien pudiera creer.

Los del Partido Contrafuerte, según nuestras noticias, quieren llevar a un periodista en su boleta.

Magnífico: se salvó el camarada que se dedica, en sus ratos de ocio, a fabricar medias sueltas.

CARETAS DE CARNAVAL

Ante el anuncio de ataques con aeroplanos — y acaso con trompetillas — los soldados del Ejército han sido provistos de caretas protectoras.

Esta es la prueba más evidente de que habrá carnavales y que éstos no se suspenderán por lluvia ni por bombardeo.

SOLDADOS Y ZAFRA

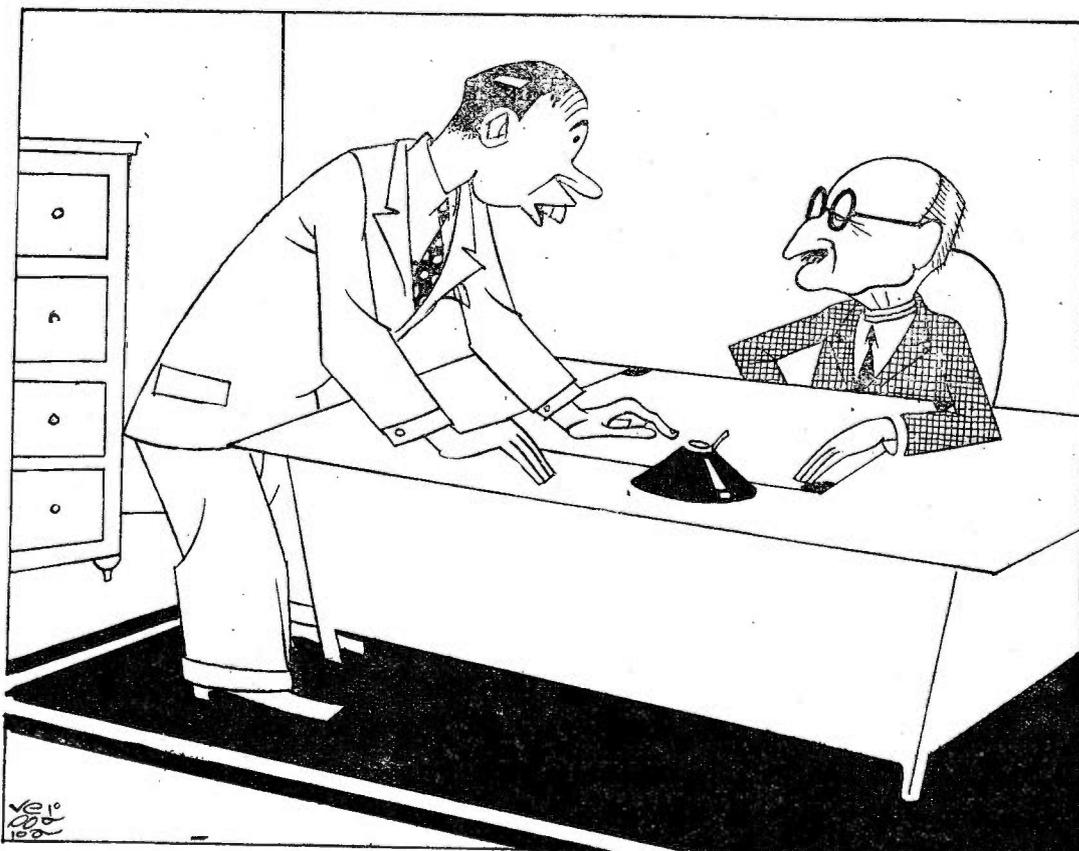
Mil doscientos soldados fueron expedidos al Interior dotados de poderoso armamento. El coronel Batista, ha explicado taquigráficamente ese envío de soldados, afirmando que han ido a provincia para proteger la zafra.

De todas maneras, mil doscientos soldados son muchos. Porque la zafra es restringida.

GAS LETAL

Noticia militar: El Ejército ha sido abundantemente provisto de gas letal.

Para evitar torcidas interpretaciones, que pudieran dar lugar a una confusión ideológica, fatal en estos momentos en que se ha anunciado la celebración de la Constituyente, advertimos a nuestros electores, que el gas letal no se usa para extracciones de callos, ni para alumbrar la casa, ni para cocinar un ajiao modesto.



ALGO PRACTICO

- Secretario, tengo una idea para que la emisión de papel moneda tenga gran valor.
- Dígamela, hombre.
- Hacerla en papel de lija...

¿QUE OPINA VD. DE LA CONVOCATORIA A LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE?

(Encuesta de "Tángana".)

En estos momentos, ante la Ley Electoral y ante la convocatoria a esa Asamblea, yo me encuentro en actitud expectante. Voy a reunir a Cosme y a Roberto para tratar de ese problema.—**CARLOS MENDIETA.**

Si esa convocatoria es legal o ilegal no lo sé bien. Hablaré con Carlos y Cosme de ese problema. Por ahora, lo único que me interesa es darle a Gabino Gálvez en el suelo.—**ROBERTO MENDEZ PEÑATE.**

Antes de opinar sobre esa materia hablaré primero con mis antiguos colegas de la Liga de las Naciones. Después, celebraré una reunión con Carlos y con Roberto. Luego, cuando haya madurado este asunto, opinaré.—**COSME DE LA TORRIENTE**

Toda Constituyente es una

sustanciación de lisa envergadura. Hay en ella pugnacidad y militancia. Pero ésta que convoca el Gobierno es, según la frase de George Simmel, una etapa inocua incretada de ineficacia. Vale decir que su sustanciación es un relajo sin orden.—**JORGE MAÑACH.**

Una Asamblea Constituyente? Primero voy a pasarle a Grau una expedición sobre la mismísima goma.—**MARIO G. MENO-CAL.**

¿Una Constituyente? Sí, ya sé, diez pesos diarios de dietas a los delegados. No suelto un kilo, que se conformen los delegados con cobrar una peseta al día en billete certificado de la nueva emisión.—**DESPAIGNE.**

He convocado la Constituyente. Pero, caballeros no arrem-

pujen que ya le estoy dando lija a los patines.—**GRAU SAN MARTIN.**

Estoy de acuerdo con la Constituyente, si desde ahora esa Asamblea marca un recontra-viraje a la mismísima izquierda.—**ANTONIO GUTERAS.**

Ante la Constituyente yo probaré que no soy griego, que no naé en Checoeslovaquia y que no fuí bautizado en El Ferrol. Y ante esa Asamblea volveré a ponerme mis galones de Sargento.—**BATISTA.**

EL GRITO DE BAIRE

Se habla de una nueva fórmula de conciliación. Con ese motivo, se dice, se susurra, se rezonga, se murmura, que en dicha fórmula figura la retirada estratégica del doctor Grau de la Presidencia, el día 24 de febrero, aniversario del Grito de Baire.

Hombre, ¿y a aquellos patriotas del 95, no se les ocurrió que hubieran podido dar el Grito de Baire en el mes de enero?

extranjero de uniforme azul claro. Sobre la tienda que levantarán flotaba la bandera de las barras y estrellas. De sus pliegues fluía un propósito hostil. Vagamente supe que los recién llegados pertenecían a la comisión norteamericana de límites. Habían decidido que nuestro campamento, con su noria, caía bajo la jurisdicción yanqui y nos echaban. Nuestras gentes protestaban, murmuraban y acababan repitiendo: "tenemos que irnos". Y lo peor, añadían, es que no hay en las cercanías una sola noria; será menester internarse hasta encontrar agua. Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar donde establecernos, fundar un pueblo nuevo.

Los hombres del uniforme azul no se acercaron a hablarnos, reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó, pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles; y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban, en su pequeño campamento fumaban, esperaban con la serenidad del poderoso.

Ignoro lo que hicimos en el nuevo Sá-sabe que es el de hoy, ni sé cómo lo dejamos. La más próxima visión que me descubro es una tarde, en Ciudad Juárez, o sea el Paso del norte: frondas temblorosas de álamos, paseo a la orilla de canales llenos de agua corriente fangosa, casas de blanco y azul, aromas de tierra mojada. Mi madre camina adelantándose con paso nervioso; en su voz hay temor y consola: no llegan noticias de mi padre que fué con negocio a México; en vano acudimos al correo. Nos quedamos mirando los canales; hallaron en ellos un chino ahogado, por esos días, y yo pensaba con insistencia molesta: agua de chino ahogado.

Nada más descubro de este período infantil. El hilo tenue de la personalidad se va rompiendo sin que logre reanudar

tidias de corto y lazos de listón en el cabello y por fin mi persona, frente bombada pero aspecto insignificante, metido en un cuello almidonado redondo y ridículo a pesar de la corbata de poeta. Los hermanos éramos entonces cinco. El primogénito murió en Oaxaca, antes de que la familia emigrara. Yo como segundo heredé el "mayorazgo" y seguían Concha, Lola, Carmen, Ignacio. Nos cayó este último, no sé exactamente en cuál estación de la ruta y nos dejó a poco en otra, muriéndose pequeño. Cuando le preguntaban a mi madre por su preferido, respondía: Son como a los dedos de la mano, se les quiere a todos por igual.

Se me pierde mi yo y vuelvo a hallarlo en las gradas de una escalera espaciosa. Baja un señor de perilla blanca, se ve pálido y alto, viste de negro, me toma de los brazos, me alza y me besa; oigo decir el abuelo, tu abuelo... a poco nos despedimos, nos metemos en nuestra casa. Nuestra vivienda disfrutaba la mitad de un patio con corredores y macetas. Y un día llegaron en cantidad ramos y coronas de flores. Se nos prohibió la entrada a una de las habitaciones. Advertimos rumor de llantos. Aprovechando un descuido materno me asomé al cuarto del misterio. Sobre una mesa enladrada vi un cuerpecito envuelto en encajes blancos. Un dedito asomaba y lo palpé muy tieso. Nunca supe más de este hermano. Mi padre salió llorando con la cajita blanca al brazo. Lo acompañaban algunos amigos y se alejaron todos en sus coches. En la familia se solía recordar a Nachito... "cuando murió Nachito".

Parece que durante los meses de aquella estancia nuestra en la capital, estuve en el departamento de párvulos en la escuela Normal por la Encarnación. Recuerdo un patio que es probablemente el mismo en que después fundé la editorial de la Universidad.

un hombre; padecía, sin embargo, los extraños terrores de toda mi vida. Nuestros vecinos eran pacíficos, nada había que temer de ellos, pero el pavor me lo causaban ciertos poderes invisibles, sensibles sólo al tacto. Me andaban por las pantorrillas, me helaban la espina, me atemorizaban con sus murmullos y saltos. Apenas me cubría con las ropas de la cama y no obstante las oraciones previamente recitadas de hinojos, los pequeños monstruos comenzaban a agitarse, desarrollando holgorios y peleas.

Al cobijarme con su beso de despedida, mi madre me encomendaba al "ángel de la guarda", pero su protección valiosa en las regiones altas, no impedía que por el suelo y por debajo de la cama se mantuviese autónomo un reino de sombras y engendros. Mientras más me encubría, y acurrucaba, mayor era el estrépito, más insolentes las burlas de los seres hamosos, enanitos ridículos; pero de brazos tan fuertes que podían cogerle a uno por el tobillo y sujetarlo, deshacerlo casi dentro de la cámara a media luz. Algunas noches mi espanto era tan vivo que no podía reprimir algún grito, pedía más luz y afirmaba que algo andaba por debajo de la cama.

Mi padre se mostraba irritado de mis aprehensiones, las calificaba de patrañas y miedo; mi madre, más paciente, me tomaba la mano, la ponía en la señal de la cruz, me persignaba. Así los espantos, decía, se alejan; contra esto no pueden los malos espíritus. Basta enseñarles los dedos en cruz, piensa en la cruz. Aliviado interiormente y apretado a mi signo mágico, acababa durmiéndome tranquilo y en paz. Pero noches después volvía el sobresalto. Soportaba sin queja terrores que dan sudor frío. Me fallaban todas las tentativas de imponerme serenidad hasta que acudí a un remedio violento. Desde por la tarde, en secreto, elegí un palo grueso y lo escondí en un rincón. Al primer rumor nocturno emprendería una batida por toda la casa. Disimulé hasta que todos se hubieron dormido y ya casi lamentaba que fueran a fallarme los aparcidos, pero no tardaron en comenzar sus pláticas confusas. Al instante brinqué fuera de la cama, tomé el palo y echándome boca abajo, barrí a garrotazos por debajo del lecho, picando por el ángulo oscuro. Contra lo que esperaba, no se oyó chillido ni queja, únicamente en dirección de la puerta una como carrera precipitada... Tras de ellos salí con mi garrote en una mano y nuestra lámpara en la otra. Nada hallé en el primer patio y me metí por el corral. La linterna trazaba un largo reflejo móvil; la oscuridad era densa. Súbitamente me estremeó una sombra confusa; concentrando toda mi energía, levanté el palo y pegué con fuerza. Algo se vino al suelo, en seguida saltó cacaraqueando. Las otras gallinas se removieron en el árbol que les servía de abrigo. La risa me venció; después, el bochorno. Pero dormí esa noche a pierna suelta y ya no volví a pensar en los duendes. En cambio, días y meses me persiguieron mis hermanas con burlas por la aventura de las gallinas.

MI PADRE SE HABÍA ASOMADO A LA ESCUELA DEL LUGAR; VIÓ LOS BANCOS DESVENCIGADOS, EL PISO DE TIERRA Y UN MAESTRO DE PALMETA Y PAÑUELO AMARRADO A LA CABEZA Y DESIERTO. MÁS TARDE EMPEZÓ A DARMÉ CLASES PARTICULARES UN MAESTRO CALDERÓN. NO ERA NUEVO. (Pasa a la Pág. 53.)

jamones ferris

famosos desde 1836



la memoria; sin embargo conserva algo, aflora del río subterráneo de repente y nos descubre otro momento lejano. De nuestra estancia en El Paso quedó en el hogar un documento valioso: la fotografía de etiqueta norteamericana que nos retrató de día de fiesta. Mi padre de levita negra, pechera blanca y puños flamantes. En el vientre una leontina de oro, en el pecho barbas rizosas. Mi madre luce de sombrero de plumas, aire melancólico, falda de seda esponjada, mitenes de punto y encajes negros al cuello. La abuela sentada sonrío entre sus arrugas y sus velos de estilo mantilla andaluza. Siguen tres niñas gorditas, risueñas, ves-

MI PUEBLO.

Habitábamos una casa de pueblo. Sala, con mecedoras, mesa al centro, sillas adosadas a la pared, a la vuelta una serie de alcobas en fila. En la primera dormían mis padres, en seguida mis hermanas, luego en otra la abuela y al final estaba la mía, pequeña pero con salida al patio principal. Las puertas interiores quedaban abiertas en largo paso que mi madre podía recorrer con la vista, desde su habitación. Una lámpara de petróleo ardía en el umbral de mi puerta, iluminando toda la noche el pasillo interior. Me tocaba dormir solo porque era ya, según decían,

se manifiesta hoy, más que nunca. Evítelo y cúrelo. Use medicinas buenas. Vida **JELLO LAZO INSTANTANEO** Lo quita en pocos minutos. No tiene ácidos. Es MARAVILLOSO.

no pariente sino sólo un homónimo. De buena presencia, barba negra y rostro pávido, nos dió las primeras nociones sobre el artículo y el sustantivo, el verbo y el participio. También nos puso a hacer sumas y divisiones; pero nos aburría y no nos adelantábamos. Mucho más nos divertían ciertas lecturas que escogía mi madre. Como ejercicio de memoria nos puso una fábula de José Rosas:

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
y por golosas murieron
presas de patas en él.

No garantizo la fidelidad de la poética. Desde entonces me preocupaba el contenido y no la forma. Leíamos también un compendio de historia de México, deteniéndonos en la tarea de los españoles que vinieron a cristianizar a los indios y a extirparles su idolatría. Que hubiera habido adoradores de ídolos me parecía estúpido; el concepto del espíritu me era más familiar, más evidente que cualquier plástica humana.

VOCACION DESATENDIDA.

Por otra parte, mi politécnica estaba esa época en el corral de nuestra casa. Para nada me ocupaba de gallinas y gallos ni tenía mos perro, ni experimenté jamás la afición a las bestias domésticas. Pero el "solar" abandonado, tenía uno que otro mezquite y una extensión salvaje, resquebrajada por las lluvias. En el verano se descubrían hormigueros que inútilmente exploré con pica y chorros de agua hirviendo. Nunca concluían las galerías subterráneas, pero en casa amenazaba la plaga después de mis batidas. Socavando en estos hoyos del campo, dí una vez con un nido de arañas grandes, tal vez tarántulas. La madre me lanzó un líquido lechoso, pero logré destriparla. Me desconsolaba no hallar en mis acometidas heráticas ni una de las temidas serpientes de cascabel, que abundan en la comarca.

Así que el terreno y sus grietas quedaron libres de misterio y de alimañas, decidí emprender algo grande. En el rincón más resguardado, aplané varios metros en cuadro. Luego marqué con estacas y cordeles, el trazo de unos cimientos. Cavé las zanjas, las rellené de pedacería con arena y cal. Acumulé en seguida después pequeños bloques de barro batido y secado al sol y comencé a construir. En silencio, casi en secreto, dedicaba horas y horas a la tarea fascinante. Lo que salía de mis manos no era copia de casa vista, ni en el pueblo había nada que pudiese orientarme. Poseíamos un estereoscopio con grandes vistas de Oaxaca, y ese fué, sin duda, mi texto. Aunque yo imaginé que todo lo que pudiera haber en Oaxaca quedaba superado en mi creación. Leyendo no sé dónde saqué la idea de unos armazones de madera de caja de puros para sostener el material todavía fresco, de las numerosas arcadas que ornamentaban el primer cuerpo. En el segundo abrí grandes ventanas con balcón volado. Encima y al centro puse un tercer piso ligero. Y por ambos lados las azoteas del segundo piso servían de terraza. Antes de terminar la obra hube de reparar no pocas cuarteaduras; pero el conjunto resultó firme; lo dejé blanqueado con cal y enfrente le tracé un remedo de andenes baldosados, recuerdo seguramente, imitación inconsciente de lo que ví de pequeño en los atrios de las iglesias de la capital.

Varios meses de trabajo costó la obra que lestejaba mi fama en el pueblo. Venían a verla los chicos y los mayores. Mi padre quiso dedicarle una inauguración formal, compró paquetes de triquitraques

chinos, dulces y refrescos. Yo estuve únicamente atento a que nadie tocara o pudiese en peligro el prodigio.

LAURA, DAME UN BESO.

En nuestro pueblo todos éramos más o menos torasteros. Se vivía del comercio internacional y de los empleos del gobierno, la Aduana, el Correo, el Cuarter. También la empresa del ferrocarril mantenía allí un gran taller, pero quedaban algunos pequeños propietarios, herederos de los primitivos colonizadores del desierto. Una de esas familias, vecina nuestra, tenía una hija, Laura, de once años, lindos ojos maniseros y piernas agues. La encontraba a menudo sin avisarle, hasta que una vez, al con ella estubo yo en compañía de locho. Este locho era un niño rico, atrevido y buen mozo. Al ver a Laura gritó: dame un beso. La chiquilla lo miro con desdoro, le hizo un dengue y echo a correr, riendose, y agitando la mano en amenaza vaga. Otra vez, yo solo tropecé casi con Laura. Llevada yo en las manos unos caramelos. Sin darme tiempo a ocultarlos me miro y dijo: "repe, dame un caramelo"... "¡oma, repase, olvidándole... pero tú dame un beso. Cogio ella el dulce y escapo. No recuerdo que el incidente me dejara mayor impresion y quizá lo hubiera olvidado de no haber tenido consecuencias. Dias despues, ya metido en cama, escucue que nos visitaba, segun su costumbre, el viejo cabanero padre de Laura. Conversó de cosas indiferentes, pero de pronto exclamó dirigiendose a mi padre: —¿qué cree usted que hizo el otro dia su pepino?... Pues le pido un beso a Laurita... en plena calle... —¿Será posible, comento mi padre... Habra que castigar a ese muchacho, atrino severa mi madre. Luego cambiaron de asunto y me quede esperando el regalo que seguia a la despedida de nuestro vecino. Al marcharse este, fingi un susuro profundo, pero con sorpresa vi que no me despertaban. "Miren al mosquito muerta pidiendo un beso, y vaya que es bonita la chica", —dijo únicamente mi padre.

NOTICIAS PRETERITAS.

La mayor parte de las noches la tertulia era intima. Mi madre se ponía a leer, mi padre fumaba y Gan nos platicaba. Esto de "Gan" era corrupcion infantil del managrande usual en Mexico. Gan era en el mundo una oscura, humilde viejecita: Doña Perfecta Varela. Y como ya empezaba a estar anciana, la asediaban los recuerdos. En su infancia habia hecho un viaje a España. Aunque nacida ella en México, el decreto de expulsión de los españoles, por el año treinta y tres, habia afectado a mis padres. Cinco semanas o más pasaron en un velero. Varias ocasiones, decía ella, estuvieron a punto de naufragar. Se rezaba la Magnifica, se prendía la vela de la "perpétua" y el barco seguía adelante. Nada recordaba de lo visto en España. Siendo todavía una niña, volvió con los suyos a Oaxaca.

El tema de los viajes era por lo demás un leit-motiv familiar. No tenía yo dos años cuando salimos de Oaxaca en caballos hasta el tren de Tehuacán. Fueron duras las jornadas del cañón de Tomellin, entre las cuevas y el río. Cuando Clara, la fiel criada mestiza que todavía nos acompañaba en Piedras Negras, se vió arrellenada en el vagón del primer ferrocarril que nos transportaba, cuentan que dijo: Este caballito sí me gusta... En la capital mi padre obtuvo un puesto en la Aduana de Soconusco. Lo que nos obligó a un viaje increíble, creo que hasta Puer-to Angel, donde tomamos un barco. Un

temporal nos llevó de arribada forzosa o Champerico de Guatemala. Allí se contrataron mulas para atravesar la frontera por Tapachula. En plena estación de aguas, apenas avanzaban las bestias, resbalando en las pendientes. "Tú ibas, recordaba la abuela mirándome, dentro de un cesto atado al costado de una mula". "La lluvia te escurría por las sienes atravesando el sombrerito de palma". Estabas tan flaquito y amarillo que llegamos a darte por perdido."

Por huir del paludismo mi padre aceptó el cargo aquel del Sásabe en el otro extremo del sistema aduanal mexicano. Los relatos de mi hogar empezaban, pues, con una advertencia geográfica: "Cuando estábamos en Chiapas", "cuando pasamos por México..." "Una vez en Oaxaca"... Y el castigo cuando éramos todavía muy niños, consistía en obligarnos a extender la mano para recibir los polvos de quinina, que servían el doble objeto de enderezar la conducta y curar de paso el cuerpo prematuramente debilitado por las fiebres.

GASTRONOMIA COSMOPOLITA.

En Piedras Negras el clima extremoso resulta saludable. Se vive la mayor parte del año puertas afuera y no había entonces otra diversión que los convites entre amigos. Aparte de solemnidades como la Navidad y la Semana Santa, festejábamos los días de San Ignacio y el Carmen. La cocina fronteriza era muy primitiva, y aunque después nos quedó el gusto de las tortillas de harina, en casa no se escuchaban sino quejas de la crudeza de los guisos locales. En cambio un comercio próspero de puerto internacional suministraba los productos de toda la tierra. Al "otro lado", es decir, en Eagle Pass se conseguía lo norteamericano y el servicio de transportes por "express" nos surtía los productos de toda la República hasta el sur. Cuando llegaba la encomienda de Oaxaca entraba en funciones la abuela, especialista en pipianes y moles, garbanzos y arroces. En la desolajada del garbanzo nos empleaban en grupo y llenábamos bandejas del grano pelado que servía a mis gentes, no sólo para el cocido y los guisos usuales, sino también para un dulce de piloncillo y yerbas de olor, estilo oaxaqueño.

El plato de lujo de mi abuela era un estofado de pollos que tragaba pasas, almendras y alcaparras, todo el Oriente en especias. La fruta escaseaba, pero llegaban del sur piñas y aguacates. De Oaxaca nos enviaban turrones, tortas de coco y naranjas, limones cristalizados. Y el latario abundaba. Algunas veces, acompañando a mi padre en sus despachos de vista, veíamos salir de las cajas, ciruelas de Francia o pasas de Málaga. El comercio local retenía su fracción de los tesoros que después absorbía el país entero.

Los regalos de Navidad que recibía mi padre no eran costosos pero sí variados. Destripando los grandes cestos decorados de cintas, extraíamos latas de espárragos y atunes, con la etiqueta dorada de Burdeos o frascos de frutas en almíbar, a la española. Otro amigo mandaba la caja de champaña o el encargo de vinos gruesos de Borgoña. Mi padre, que no gustaba de las bebidas fuertes, experimentaba arrobos frente a las botellas con marca de Chateaux y de Cotes.

Nos complacía, especialmente a los chicos, el regalo anual de un importador chino de Torreón. Su paquete contenía: bulbos de azucena asiática y ollas de loza con asa de mimbre, repletas de frutas en miel; además, cajitas con nueces de Linchee y frutas cristalizadas.

(Continuaré en el próximo número).

(Viene de la Pág. 48.)

El producto de la pesca que hacía se repartía en el patio de Palacio y le gustaba, infantilmente, enseñar a sus íntimos desde los corredores del tercer piso el volumen de la misma, que generalmente después de seleccionarla para la comida del propio Dictador, era repartida en algunos establecimientos benéficos. No deje de recordar el lector que los gastos de las excursiones marítimas del Tirano, que bien merecen un capítulo aparte, los pagaba el Erario cubano, de manera que aquella repartición estaba justificada.

Tres veces a la semana se exhibían en Palacio, las mejores películas que se ponían en la Habana. Raramente el Dictador asistía a ese espectáculo, que generalmente era presenciado solamente por su familia. La pantalla se colocaba en el gran salón presidencial y cuando el Dictador asistía era una de las pocas veces que se le veía con los miembros de su familia, a tal extremo, que en los ocho años en que lo vi continuamente, sólo salió con su esposa en 1/2 docena de veces.

Los gastos de Palacio en los primeros tiempos eran cubiertos con regularidad y esplendidez, mientras fué Mayordomo José Emilio Obregón. Al ser nombrado Obregón para un alto puesto en el "Chase National Bank" y sustituirlo Ibrahím Consuegra, las cosas cambiaron. De este diré que cobraba como Brigadier retirado del Ejército, como Mayordomo de Palacio y como Pagador. No en balde tengo entendido que lleva una vida de millonario en Berlín, a donde se hizo comprar una regia residencia.

A la servidumbre no se le pagaba sino con cargo a otros departamentos del Estado, como se pagaba casi todo en Palacio. La luz la pagaba el Departamento de Hacienda, y a los criados se le dejaron de proveer de uniformes durante los últimos tres años. Recuerdo al chófer del propio Tirano, Juan, a quien vi siempre de paisano, con sombrero de pajilla averiado y los fondillos remendados.

Para dar más clara idea de cómo estaba la cosa en Palacio, diré que la servidumbre prefería comer en algunas de las fondas del Polvorín que recibir la "bazotía" que se les daba en las cocinas palaciegas. En los dos últimos años, no había cocinero ni segundo y el que condimentaba los alimentos para el Dictador, su familia e invitados era el primer pinche de la época de Zavas.

Para la alimentación se aprovechaban los productos de las fincas del Presidente. Y para mot de la fin diré que las flores que se remitían desde algunos jardines de establecimientos públicos, Triscornia, especialmente, se introducían como quiera en los cestos que procedentes de regalos se almacenaban en un Jeván del Palacio, cuando el Jefe del Estado tenía que obsequiar a alguna dama de cualquier diplomática o cumplir alguna obligación social de esta índole.

La limpieza escaseaba en Palacio. Y los muebles padecieron mucho en las últimas semanas por el maltrato que le daba la propia servidumbre. No había papel para escribir en las oficinas.

Yo me pregunto ingenuamente a dónde habrá ido a parar el producto de la partida presupuestal de los gastos de Palacio, que ascendía a \$30,000 en los últimos meses de la época que recuerdo.

Para prestar servicios en Palacio, había que correr un expediente personal que dirigía el propio Trujillo, Jefe de la Seguridad, lo mismo que para ingresar en la guardia de Palacio en calidad de soldado o policía. Desde el año 1923, se practicó idéntica norma con los inquilinos de todas las casas que se ven desde el edificio de Monserrate y Colón.

Aparte de las personas que integraban la familia del Presidente, sus criados inmediatos sólo dormían en Palacio, residiendo en el mismo, "Colinche", el sargento Sánchez y el chófer, los que compartían la misma habitación.

Recuerdo que prometí ocuparme en este capítulo del barbero que diariamente prestaba sus servicios a Machado, quien también periódicamente se hacía dar un saje dos veces a la semana en todo el cuerpo y en el rostro.

Su barbero se llamaba Felipe Arago, tipo de hombre corpulento que arreglaba a Machado desde antes de que éste ascendiera a la Presidencia de la República. Tenía asignado un sueldo de cien pesos que cobraba por sobrantes de Lotería. Además, disfrutaba de extraordinarios privilegios, tenía permiso para establecer casas de juego, cuando nadie poseía esos permisos. Recuerdo que explotaba un cine de relajo en la misma cuadra que el Teatro "Alhambra", y una barbería en aquellas inmediaciones y un rastro en el Mercado del Polvorín.

Antes de terminar quiero dejar aquí mención de ciertos rasgos del Dictador, que pude apreciar que llevaba a la práctica de modo invariable. Cuando ocurría en su vida algún suceso que para su mentalidad adquiría caracteres de acontecimiento nacional: pérdida de algún miembro de su familia, modificación de fechas importantes en su vida, atentados contra su persona, cuidaba de conocer por propia mano, quiénes asistían a los actos, quiénes le expresaban su adhesión, quiénes le enviaban mensajes de pésame, o quiénes no. Al efecto, recuerdo una vez que en presencia de cierto amigo de provincias y antes de que pudiera éste estrecharle la mano, le dijo:

... "¡Fulano, tú no me enviaste el pésame por la muerte de mi madre!", causando con ello gran trastorno en la situación de su visitante.

Gustaba Machado de jugar al póker y al dominó. Se creía un hábil jugador, sobre todo en este último juego, llamándose así mismo el campeón de los salidores!

Sus compañeros de mesa de juego, eran casi siempre: Grouhier, Panchito Camps y Celso Cuéllar. También jugaban con él "Pepito" Izquierdo, Bebo Echarte y Salvadorcito Guedes.

Era fanático de los gallos, acudiendo a las peleas que efectuaba en su finca, el ex-senador Francisco Camps y a las que no se podía acudir sino mediante especial invitación que repartía en Palacio el señor Consuegra. Todos los viernes a las 9 de la mañana, el Presidente salía en recepción de su valla favorita a jugarse varios miles de pesos.

Adoraba también a sus gallos de pelea. Los atendía personalmente y para captarse su favor no había nada que más le halagara que le reconociesen pretensas habilidades de gallero.

¡Qué a tanto alcanza la vanidad de los caudillos!



Cubre todo su labio con el Creyón Michel y observe la transformación maravillosa que experimenta su rostro al par que la seducción irresistible que ejerce su boca en las ansias del amado

El Arrebol, los Polvos, el Cosmético y la Sombra para los ojos llevan en la firma Michel el sello de garantía de su éxito y eficacia.

Envíe diez centavos en sellos de correo o timbre y recibirá una muestra del Creyón en tono claro, mediano u obscuro.

MICHEL COSMETICS, INC., New York.
G. E. Mustelier, Aptdo. 661, Habana.
Unico Representante para Cuba.



Practique la costumbre de regalar flores del jardín EL OLAVEL, que llevan el sello de lozanía y belleza que nadie hasta ahora ha mejorado en Cuba. Nuestros precios económicos están al alcance de todos.

Su orden puede hacerla por teléfono

ARMAND Y HNO.

MARIANAO.

TELEFONOS: FO-7029, FO-7238.

FO-7937, F-3587.

XO

1777

AGUA MINERAL

LA COTORRA

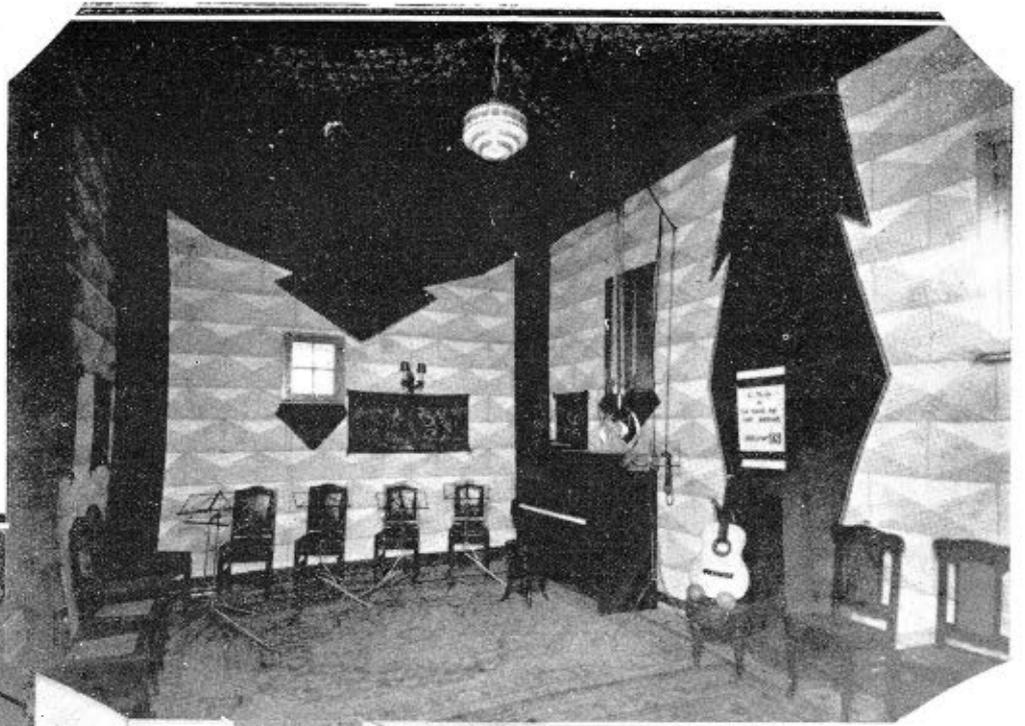
XO

1888

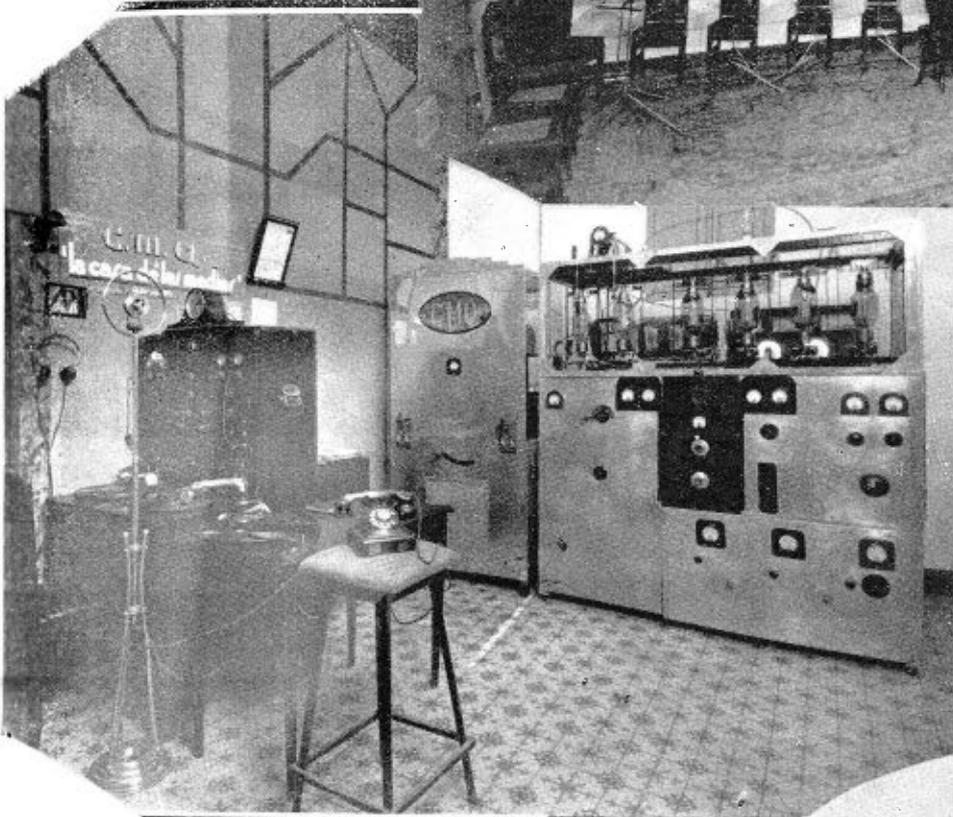
EL CONTROL DE LA SALUD

Radioemisoras Habaneras:

La "C. M. Q." de la
"Casa de las Medias"



Un aspecto del amplio salón de trasmisiones de la "C. M. Q." de la Casa de las Medias, que tantos éxitos viene conquistando entre los muchos radiofans de Cuba.



El equipo de trasmisión de la "C. M. Q.", es uno de los mejores con que cuenta la capital de la República.



El archivo de discos, para el uso de los "Programas de Música Mecánica" de la "C. M. Q.", cuenta con un numeroso repertorio



La sala de espera de la "C. M. Q." de la Casa de las Medias.

(FOTOS "ENRIQUEZ.")

(Viene de la página 5.)

advertir por los claros del churre—, es amarillo como el de los niños en Amoy o en Nanking. Por sus cráneos rapados pululan caravanas de insectos internacionales. Uno de esos chiquillos, que no está bien muerto todavía, al ver pasar a Bergen y Olsen, se alza de su pudridero. Con enorme sorpresa de Bergen, el pequeño se mueve, tiende las manos y dice en un slang desmayado:

—¡Mister, one cent!

Le dan algunos centavos.

La mujer fusilada se mueve un poco, y Bergen cree que una ráfaga de aire la va a derribar al suelo. No lo quiere ver y se marcha.

Unos camiones enormes, de altas paredes metálicas, cruzan con terrible estrépito. A Olsen le parecen carros para la basura, pero Bergen insiste en que son grandes depósitos de cadáveres que van a ser precipitados al mar. No está muy seguro. Pero debe ser así, dado que despiden tal mal olor. El estruendo se apaga en una calle lejana. El hedor se confunde en la atmósfera con los otros hedores de la ciudad muerta. La putrefacción es general y Bergen,— tan amigo de hacer observaciones—, apunta que en el ambiente enrarecido deben flotar cómodamente y sin miedo a descender a ras de tierra, las almas de aquellos que habitaron un día las casas lapidadas.

La ciudad es hostil y punteada de fealdades por todas partes. Un rincón de ella, no muy lejos del centro, por cierto, huele a estiércol. Es el barrio asiático. El sol es su único desinfectante. Todo aparece ahí lamentable, corrupto y purulento. Gacho, inconcluso y nonnato. Un asco. Bergen y Olsen pasan rápidamente.

—¡Eh, boys! ¡Coming!

Está semidesnuda, a la puerta de un prostíbulo. Pintarrajeada por todas partes, parece una máscara. ¡Una sirena!

—No, chica, dijo Bergen. Que no tenemos inyecciones a bordo.

Las residencias vacías, las silnetas encienques de las sombras que cruzan dando la impresión de que van a deshacerse, y

LA ISLA DE LOS MUERTOS

los comercios abandonados, se suceden hasta el extremo de la ciudad muerta, triste en su silencio inmutable.

Pasan aun frente a dos clubs, que tiene las puertas cerradas. No se atreven a hablar a nadie, pues temen oír respuestas de ultratumba, o sonidos inarticulados que no expresan nada.

Continúan su marcha.

Por todas partes no se ven sino edificios incendiados, casas abandonadas por sus moradores,— muertos ya seguramente—, edificios saqueados. Apenas hay transeúntes. Ni vendedores. No se pregonan periódicos. No hay el menor síntoma de vida en ese sector de la ciudad.

Atraviesan la ciudad.

Sobre el bastión de una vieja fortaleza, un grupo de marineros mira al horizonte con vago gesto de cansancio. Otros reposan a la sombra de una casamata. La bayoneta de un centinela refleja el sol siniestramente.

Por una calle, que no es ciertamente la de Buenaventura, ven los últimos estertores de la ciudad y las postreras miserias de la Isla de los Muertos. Hay, en las esquinas, hombres con las manos extendidas y rígidas, como queriendo comprobar si llueve. Hay muchos así por las calles. Bergen se imagina que son limosneros. Por la calle vuelan papeles sucios, amarillos de tiempo. Seguramente han muerto todos los basureros y las calles no han sido barridas desde ese tiempo. Lo único que parece conservar aún un poco de vida, son

algunos álamos del parque. Pues hasta las banderas cuelgan flácidas en sus mástilos endomingados.

En una pequeña plaza, llena toda de silnetas amarillas, de escombros y de silencio, han visto humear un edificio de dos plantas, con su exterior cerrado. Las ventanas altas, de cristales, están perforadas por las balas. Mirando hacia el interior, Bergen vé los restos de una imprenta deshecha, con las maquinarias rotas, llenas de cenizas. Olsen comprueba que se trata de las oficinas de un periódico que el Gobierno ha hecho quemar para hacerlo callar por la fuerza.

Bergen sabe que, una tarde, la plebe que moría le dió fuego. Y como los soldados ya no tenían a quien fusilar porque la ciudad no contenía sino una población de cadáveres, fusilaron el edificio del periódico. Cuatro horas después, los enterradores vigilaban descaradamente, con el fusil al brazo, el enorme cadáver del periódico que había perecido entre las llamas. La pequeña plaza está salpicada de manchas de sangre y de comentarios vergonzantes.

A uno de esos soldados, que ha evolucionado lo suficiente para emplear el acento humano al expresarse, se acerca Bergen:

—¿Muchos muertos?

—Hoy, siete, dice el milite mirándolo fríamente.

—¡Bah!,—exclama.

El soldado comprende:

—Esto no duró más que diez minutos, dice. Otros días hemos trabajado más...

—¿Cuántos?—dice Olsen impaciente.

—¡Oh!, otros días... Hasta cuatrocientos.

Se ríe y vuelve la espalda.

Los dos quedan clavados en el suelo. Cuando el soldado pasa otra vez junto a ellos, Bergen está recordando una vieja historia de sangre: hace un año, un marinero de Oslo, Nilsen, dió una puñalada, en esta misma ciudad muerta de ahora, a un fogonero italiano, durante una riña de taberna. Había sido condenado. ¿Qué será (Pasa a la Pág. 57.)

**CURVAMOS
VIDRIOS PARA
LAMPARAS
Y FAROLES
LLAMA
LA CASA
ALADINO
GRAL. CARRILLO 77 A-0456**

Vías

Urinarias



(Viene de la Pág. 56.)

de él? ¿Cómo estarán los presos de la cárcel? Y dice al soldado: —Y en la cárcel?

—¡Psh! Esos son muertos.

El soldado lo dice despreciativamente. piensa Bergen. —¡Pobre Nilson! Se imagina que los han fusilado a todos.

Siguen: Ven los colegios cerrados, las escuelas abandonadas, los comercios abandonados. Muchos, tras inútiles barricadas. Cafés vacíos. Bares en silencio. Hasta las iglesias sufren de soledad y sus campanas están mudas. La policía ha muerto también, seguramente, porque no ven agentes por la calle. Casi junto a Bergen cruza rápido un camión militar cargado de fusiles. Piensa que, desalojada de cadáveres la ciudad—, los habrán tirado al mar?—, las tropas han ocupado este último reducto de la vida en la Isla de los Muertos.

Ahora van en silencio hacia los muelles desiertos.

EL CIELO ENVENENADO

(Viene de la Pág. 13.)

había ningún hueco, en Tunbridge Wells, donde no apareciese una cara que gesticulaba con atroces visajes, aun después de inmobilizada por la muerte.

En el minuto supremo de la necesidad del aire, aquel frenético deseo de oxígeno que únicamente nosotros pudimos satisfacer, había determinado en todas partes igual impulso.

Muchos hombres y mujeres habían huído de su domicilio sin gorra ni sombrero, y sus cuerpos obstruían las cunetas de los caminos y las aceras de las calles.

Tuvimos la suerte de encontrar en lord John un buen conductor, pues era emprendar una guiar un coche por calles y carreteras.

Al atravesar las ciudades y los pueblos, marchábamos al paso, y me acuerdo de que una vez, en Tunbridge, tuvimos que parar unos minutos para abrirnos camino.

Del largo panorama de muerte que presentaban los condados de Sússex y Kent, recuerdo algunas imágenes precisas. Por ejemplo, se me aparece un auto espléndido y reluciente parado a la puerta de una posada en la aldea de Southborough. Los pasajeros que llevaba, supongo que volvían de una tira campestre a los alrededores de Brighton o Eastbourne. Ocupaban el coche tres mujeres con trajes claros, jóvenes y bellas, una de las cuales tenía en el regazo un perrito tonkinés. Como compañeros tenían un hombre de edad avanzada, que parecía un viejo verde y un aristócrata joven, que conservaba el monóculo inerte en la órbita, en su mano, y cuyos dedos oprimían aún un cigarrillo.

La muerte, sobrevinida sin duda en breves segundos, les clavó en sus asientos. A no ser porque, en el último instante el viento se arrancó el cuello de la camisa para respirar un aire que no encontraba, se creyera que estaban dormidos.

Junto a uno de los lados del coche, uno de los mozos de la venta, acurrucado junto al estribo, había dejado caer la bandeja, y en torno de él había cientos de cristales que provenían de las copas y botellas desmenuzadas.

Al otro lado yacían dos mendigos, un hombre y una mujer, aquél tendiendo aún su largo brazo flaco, como cuando, viviente, pedía limosna.

Un minuto, menos probablemente, había estado para volver al aristócrata, al mozo de la venta, al vagabundo mendicante al perro a la condición común de procreancia inerte, en vías de disolución.

Recuerdo otro cuadro singular a algunas

—¡Al puerto!—dice Bergen.

El contramaestre se orienta. Siempre por el medio de la calle, llegan a la rada. El "Norgen", en bahía, luce desde el muelle más pequeño y más insignificante en las aguas sin barcos. Humea como el Fusi-Yama. Los fogoneros, se advierte en seguida, levantan presión, allá abajo, en el vientre oscuro de la embarcación, inmóvil como si estuviera dormida en las aguas sucias del puerto.

No. Este no es el Puerto de la Buena Arribada.

El piloto:

—¡Eh, Olsen! ¡Bergen! ¿Qué hacéis ahí, como muertos, que no os movéis desde hace una hora?

Los dos están amarillos, tirados a popa, bajo un sol que les derrite los sesos.

El barco gana el mar libre. A popa queda la isla, en la desolación de su destino, como un enorme catafalco que se va agrisando en la distancia...

millas de Sevenoaks, en la carretera de Londres.

A la izquierda se levanta un enorme convento que tiene delante de su entrada principal una pendiente cubierta de césped.

A lo largo de ella había muchas pensionistas arrodilladas como si rezaran. Delante de ellas se veía una fila de religiosas; y sola, algo más arriba, dándoles la cara, una monja que parecía la superiora.

Al revés de los excursionistas del auto, parecían haber tenido el presentimiento del peligro y haber muerto con dignidad, todas a una, discípulas y maestras, reunidas para la lección definitiva.



Aún estupefacto y sobrecogido por esa horrible aventura, busco palabras que traduzcan y expresen con claridad nuestro estado de ánimo; pero quizá será mejor atenerse a los hechos.

Todos estábamos inmutados; hasta Challenger y Summerlee callaban. Unicamente, de cuando en cuando, resonaba a mi espalda un gemido de la señora Challenger.

Por lo que hace a lord Roxton, fija su atención en el volante, en aquellas calles y vías obstruidas por cadáveres, no tenía ni espacio ni ganas de hablar; necesitaba atender sin cesar a la marcha del coche; pero comentando a su modo aquella jornada luctuosa, no cesaba de proferir una frase que aún resuena en mis oídos, y que después de abrumarme a fuerza de ser repetida, acabó por hacerme reír:

—¡Valiente espectáculo!

Cuantas veces se presentaba a nuestra vista una nueva combinación trágica del desastre y de la muerte, la interjección le subía a los labios. "¡Valiente espectáculo!"—exclamó cuando en Rotherfield bajamos a la cuesta de la estación. Y de nuevo: "¡Valiente espectáculo!"—proferió cuando penetramos en un caos fúnebre en la calle mayor de Lewisham y en la antigua carretera de Kent.

Bruscamente recibimos un choque extraordinario.

En la ventana de una humilde vivienda que formaba esquina con la carretera, una mano que terminaba un brazo desencarnado, agitaba un pañuelo.

Ni la perspectiva de una muerte imprevista había paralizado —y precipitado luego— los latidos de nuestros corazones con tanta fuerza como aquella desconcertante manifestación de vida.

Apenas hubo lord John arribado el auto a la acera, nos precipitamos hacia la casa (Pasa a la Pág. 58.)

SU PORVENIR LO ESTA EN USTED MISMO



PODEROSO TALISMAN

¿Por qué sufre usted? Pues sufre porque quiere. ¿Sus negocios le van a usted mal? Entonces hay algo oculto que no le deja llegar a usted a la felicidad deseada. Pues yo, al ofrecerle mis servicios a los que sufren, es con la seguridad de darles el éxito completo. Resuelva hoy mismo sus dudas y sus contrariedades. Sea feliz; la felicidad existe y el que la quiera la puede obtener. Pues este mundo está lleno de halagüeñas felicidades. Para aquellos que relativamente poseen los verdaderos secretos de la India; pues se cuentan por millares las personas agradecidas mías; sea usted una de ellas, venga hoy mismo o escríbame por correo. Los del Interior manden cinco sellos morados.

Para informes gratis también recibo cartas de todos los países del mundo y le doy contestación en seguida. Con este poderoso Talismán tendrá usted suerte.

Recibo desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche.

NOTA: Soy el único en Cuba que poseo estos secretos. Tengo la clave para ganar la Lotería, pues muchas veces al saber el destino de uno, es la causa directa de la felicidad. Éxitos garantizados.

MARIO DOUVAL

CRESPO, 27, BAJOS,

Entre Colón y Trocadero.—Habana.

**VENDEMOS
LAMPARAS
A PLAZOS EN TODA LA
REPUBLICA
ALADINO
GRAL. CARRILLO 72 HABANA**

La Cera Mercolizada Simboliza la Hermosura del Cutis

Cera Mercolizada significa un cutis hermoso y juvenil para miles de mujeres que usan esta adorable crema blanca, y será para usted un sinónimo de belleza cuando le dé la oportunidad de descubrir la hermosa juventud de su piel. La Cera Mercolizada gradualmente blanquea el cutis y hace desaparecer la grasa amarillenta y empañamiento. La cutícula interior aparece hermosamente clara, aterciopelada y suave y joven. La Cera Mercolizada descubre la belleza oculta. Para reducir las arrugas y otros signos de vejez usar diariamente una solución de 30 gramos de Saxolite en Polvo en 1/2 de litro de extracto de hamamel.



EL CIELO ENVENENADO

(Viene de la página 57.)

cuya puerta estaba abierta y subimos la escalera a la carrera, hasta el cuarto segundo, que era de donde venía la llamada.

En una silla que había junto a la ventana estaba sentada una señora vieja, y cerca de ella, sobre otra silla, veíase un cilindro de oxígeno, de menores dimensiones; pero de idéntica forma que los que nos habían salvado la vida.

Al penetrar en el aposento, levantó hacia nosotros una cara demacrada que lucía unas grandes antiparras.

—Tenía miedo que me hubiesen abandonado aquí de un modo definitivo; porque estoy tullida y no puedo valerme.

—Puede usted bendecir, señora, la casualidad que nos ha puesto en su camino —respondió la señora Challenger.

Ella repuso:

—Tengo que hacerles una pregunta de suma importancia. Háblenme francamente, señores, se lo ruego. ¿Qué efecto producirán los acontecimientos actuales en las acciones de la Compañía de los Ferrocarriles de Londres y Noroeste?

Habíamos reído de buena gana si una trágica impaciencia no suprimiera la risa.

La señora Burnston, nuestra interlocutora, era una viuda de mediana edad que no tenía otros bienes que unas pocas acciones de dicha Compañía.

Su existencia se conformaba a las variaciones de los dividendos, y no podía, por lo tanto, concebir la existencia separándola de la cotización de aquellos valores.

En vano le explicamos que en lo sucesivo todo el oro del mundo le pertenecía, aún cuando para nada le aprovecharía. Su imaginación, harta cansada, y sus costumbres harto viejas, no podían adaptarse a esa idea demasiado nueva. Lloró amargamente su caudal evaporado.

—Era toda mi fortuna —gemía—. Puesto que se ha perdido, lo mejor es que yo muera.

Entre sus lamentaciones acabamos por descubrir como aquella frágil y antigua planta había resistido cuando sucumbía toda la selva.

Paralítica y asmática, la señora Burnston, por prescripción facultativa, tomaba inhalaciones de oxígeno, y tenía un tu-

bo de ese gas en el momento de la crisis. Aspiró grandes bocanadas al sentir que se ahogaba y quedó aliviada.

Cuidando de economizar su provisión pudo pasar toda la noche; luego el sueño la dominó y fué preciso el estrépito que hacía nuestro auto por la calle silenciosa, para que despertara.

Como no podíamos llevarla con nosotros, nos cercoramos de que tenía todo lo necesario al alcance de la mano y le prometimos que iríamos a verla al día siguiente.

En las cercanías del Támesis las calles estaban obstruidas por miles de cadáveres. Nos costó lo indecible salvar el puente de Londres que barría en toda su anchura la circulación detenida allí.

En el puerto, junto a uno de los muelles, ardía un vapor. La atmósfera estaba saturada de copos de hollín y del olor acre que despedía el incendio.

Cerca del Parlamento se elevaba una espesa humareda pero no se veía llamas.

—Ignoro lo que les parece a ustedes todo este espectáculo lamentable—dijo sir John frenando el coche y deteniéndose de pronto—; pero a mí me parece más risueña la campaña que esta ciudad silenciosa y petrificada. Este Londres convertido en necrópolis, es capaz de crispar los nervios mejor templados. Creo que después de dar una vuelta por aquí, lo mejor sería dirigirse de nuevo a Rotherfield.

—No veo, en efecto, ninguna ventaja en permanecer aquí—asintió Summerlee.

—Sin embargo, objetó Challenger—, es difícil admitir que entre siete millones de habitantes que tiene Londres, únicamente, por efecto de la casualidad o por una rareza de constitución, sólo una mujer vieja haya podido sobrevivir a la catástrofe.

—Tienes razón, Jorge, replicó su esposa—; pero suponiendo que haya supervivientes, ¿cómo podremos dar con ellos?— Bueno será, sin embargo, intentarlo.

Saltamos del auto dejándolo junto a la acera y bajando, no sin dificultades a causa de la muchedumbre, y de los coches que obstruían el paso, bajamos por la calle del Rey Guillermo hasta el palacio de una importante Compañía de seguros.

Habíamos escogido aquel edificio porque ocupaba un ángulo, desde el que se podía mirar en todas direcciones.

Una vez subida la escalera atravesamos los salones del Consejo de Administración, donde vimos sentados, en torno de una gran mesa, ocho venerables caballeros.

Salimos al balcón. Desde él veíamos irradiar en todos sentidos las calles atestadas de la City, mientras a nuestros pies se extendía la calle negra de autos inmóviles, todos o casi todos dirigidos hacia la periferia. Lo cual probaba que en los momentos supremos, toda aquella gente, acuciada por el espanto, habían intentado un vano esfuerzo para reunirse con sus familias en el ensanche o en los pueblos y aldeas cercanos.

Entre los ajados y vulgares vehículos, se veía, a trechos, el enorme auto de un potentado, impotente y prisionero de la corriente petrificada, que rebrillaba por sus herrajes y sus bruñidas superficies.

Uno había, enorme y lujoso, cuyo dueño, un robusto viejo, había pasado el busto por la portezuela, y que con la mano, en la que fulguraban unas sortijas, parecía ordenar al chauffeur que hendiera la multitud.

Una docena de autobuses desgarraban aquella oleada de gentes y coches como islotes emergiendo del mar. La mayoría de sus viajeros habían subido al imperial, y allí estaban amontonados en revuelto confusión como los juguetes de un niño en la nursery.

En el centro del arroyo, un gigantesco agente de policía se apoyaba en un farol, en actitud tan natural que parecía imposible que estuviese muerto.

Delante de él había un muchacho astroso, vendedor de periódicos, que tenía a sus pies su paquete medio esparcido por el suelo.

El automóvil de servicio de un periódico estaba detenido entre los cadáveres, y pude leer en letras negras sobre fondo amarillo: "Alboroto en la Cámara de los Lores. Match regional interrumpido." Debía ser, sin duda, una edición de madrugada, porque en otros paquetes lei: "Hemos llegado al fin? Opión de un gran sabio." "¿Acertó Challenger? Rumores siniestros."

El cartel anunciador que decía esto, dominaba a los demás. Parecía una bandera desplegada sobre la muchedumbre.

Challenger lo enseñó a su mujer, y él mismo, contemplándolo, se erguía acariciándose la barba. Aquel hombre complejo, sentía halagadora satisfacción pensando que Londres, agonizando, pronunciaba su nombre y repetía sus palabras.

Tal era la evidencia de sus sentimientos, que provocó la ironía de su colega.

—Siempre en escena, Challenger—se movió Summerlee.

—Así parece—respondió el otro con expresión de vanidad satisfecha.

Y mirando la larga perspectiva de las calles mudas y pobladas de luto:

—No veo la necesidad de que nos eternicemos aquí—dijo. Me parece que lo mejor es volver a Rotherfield para deliberar del mejor modo de aprovechar los años de vida que nos quedan.

(Terminará en el próximo número.)

Acidez: Cuide siempre su estómago. El 84% de los remedios estropean el estómago. **SELLO LAZO INSTANTANEO** obra maravillosamente sin producir daños ni acidez.

EL AMOR AZUL

Había sido la maldita metralleta; había sido la Ciencia, incapaz, al intervenir, de evitar la tragedia. Pero así fué y así era.

¿Qué le quedaba en el corazón, en el alma, en los sentidos? ¡Humo! ¡Humo de desolación como el de las batallas, como el de aquella infernal batalla que trajo su infortunio! Los demás, tenían libertad, tierras, caminos, libros; ¡muchos libros!; escuelas, ¡muchas escuelas! El había dado su suerte a la Revolución. Y ahora que el amor se le metía tan hondo, tan adentro, tan profundo, algo así como un arrepentimiento que no era arrepentimiento, sacudía sus recónditas fibras de conciencia. Volvía a ver su casita enclavada en la sierra; el volcán al fondo, los nopales silvestres, los bueyes amarillos filosofales y lentos que removían el fango pastoso en las obras de la carretera que hizo la Revolución... ¡Ah, y las amapolas que tanto gustaban a su madre; y el perro, fiel, con una fidelidad que tenía la fidelidad de todos los perros! Entonces vivía en paz, cantando corridos, ordeñando a "La Pinta", la vaca negra más productora de los contornos, yendo a la ciudad en su tordillo trotador y amigo; pero el grito cundió, llegó a la ciudad, envolvió los campos, y él sintió sublevarse su sangre contra la tiranía y se echó el rifle, terciado, a la espalda, tomó el revólver, se ajustó el parque, dió muchos besos a la madre anciana, se despidió con dos palmadas de "La Pinta", cogió como reliquia y talismán una amapola, montó en el tordillo, y se perdió en la sierra...

Y hoy, así, con su tragedia, y con el amor, con el infinito amor que se le había filtrado! ¿Cómo decirselo? ¿Cómo confesarlo? ¿Con qué frases comenzar la desgarradora verdad? ¡Se decidió; al fin! ¡Fué un valor heroico, una valentía de esas que descuajan el ser, que arrancan los nervios, que estrujan el corazón, que atornillan el cerebro, pero lo dijo!

Ella escuchó vivificada por una majestad humilde y compasiva.

—¿Te importa?—dijo él para terminar; y lo dijo con miedo a la respuesta.

—¡Tonto!—le respondió apenas—, y lo besó en la boca.

Enlazaron las manos, juntaron los rostros, y sus ojos se perdieron allá lejos donde las montañas trazaban una línea ondulada sobre el cielo tornasolado.

—¡Oh, la Revolución!—suspiró ella.

—¡La Revolución es sagrada!—respondió él, y la besó en la frente.

Y, así, del alma varonil pasó la verdad al alma de la amada...

Se casaron. Ella estaba llena de júbilo clamoroso. Le parecía que todo cantaba, brillaba y olía a flor.

—¡Qué feliz soy, padre!—le decía al viejo cirujano.

—¡Más feliz soy yo, hija!

Y la abrazaba, encantado del alborozo de la novia.

Las gentes se sentían contagiadas por aquella felicidad. Y llegó la noche y las mentes ligeras tejieron la hipótesis obligada, y sonrieron... Y ellos fueron rumbo a la casita que era azul por su tono, azul por su ensueño y azul por su reflejo de decisión celeste...!!

Pasaron dos años, cinco años. Las cabecitas infantiles no eran nota de obligado trajín en la casita azul en cuyos balcones como obligación a la viejecita muerta, había tiestos que enarbolaban amapolas.

—¡Pero...! y el padre decía un reproche fino.

—Nada: ¡que no te damos ese gusto, que no! ¡Todavía eres joven para ser abuelo!

Y así con risa nerviosa y amplia.

—¡Chiquilla!



Que no y que no, papá. ¡Ya lo sabes!

—¡Ven acá! ¿Eres feliz?

—¡Inmensamente! Tal vez sin mí, se hubiese matado!

—¡No lo creas!—replicaba el padre, bromeando, sin alcanzar el sentido de aquellas frases de desgarradora verdad.

—Y él, ¿te quiere?

—¡Me adora!

Y así se deslizaba la vida. Hasta que una mañana... llegó de nuevo la tragedia. Los viejos amos, los terratenientes impíos, los conservadores decrepitos, habían convulsionado el ambiente. Volvían, ilusos, por sus fueros inmorales, por sus prebendas finiquitadas, en busca de la carne de la gleba que ya no se doblaba, que ya no se doblaría más bajo el látigo ni bajo el ultraje. La sangre rebelde, ancestral, como en los años primeros, volvió a cantar en él, y se echó de nuevo el rifle a la espalda y se fué de nuevo a la sierra a defender las conquistas de la Revolución: ¡la parcela, el libro, los caminos, la libertad!

Lo trajeron lívido, con la femoral rota de un balazo, apenas mal ligado, empapado de púrpura. Cuando ella lo supo quedó aterrada, con los ojos desorbitadoramente abiertos, con el alma azotada por una tempestad de amargura.

—¡Que llamen a mi padre!—pudo apenas decir enloquecida.

Llegó el viejo cirujano a ver qué podía hacer por el grande y extraño amor de su hija. En una mesa, el cuerpo del amado daba apenas con respiro trabajoso y lento, la sensación de que la vida no había escapado aun. Sobre el cuerpo desnudo se inclinó el cirujano para reconocer la herida. Miró; volvió a mirar. Cambió repentinamente el color de su rostro. Palpó, tembloroso, lleno de angustia, de dolorosa certidumbre. ¡Una mutilación antigua! ¡La mutilación que era la tragedia, que era el secreto acremente desgarrador de aquel rebelde! Entonces recordó: ¡Ah, sí, ya comprendía; la conversación acerca de la llegada de los nietos, la risa nerviosa de ella, sus palabras de que sin su amor él se hubiese matado...! Se dió cuenta totalmente de la gran verdad, de la desoladora verdad arrostrada por su hija! Sublime sacrificio, engañando a los demás, con la pasión encadenada, con un renunciamiento de sublimidad, ¡todo por el amor azul!

(Pasa a la Pág. 64.)



CICLO DE SANGRE: 1908-1933

Desde aquel entonces, en que el golpe terrible del tortor castró hombres y la peñilla andina cortó cabezas, la Dictadura se consolidó, en un ambiente de miedo insuperable. Sus cimientos fueron de huesos humanos, sobre los cuales se levantó la horripilante figura asnal de Juan Vicente Gómez. La Rotunda jamás dejó de oír en sus celdas mortíferas el golpear tremebundo de la barra del grillo sobre el anillo que magulla la pierna del prisionero, ni los ayes desesperados de los que agonizan, con la lentitud del hambriento o de aquel que perdió la razón al oscuro correr de los años, en un estrecho calabozo sin luz, sin aire, sin sol y sin piedad. Ni los Castillos de Puerto Cabello y Maracaibo, ni los fosos de Maracay, sede del monstruo, ni las pestilencias de Turén, han dejado de ver morir, tras el aniquilamiento de sus cuerpos y de sus espíritus abatidos, a millares de hombres desgraciados.

¿Y para qué una Liga de Naciones, si existen países, como Venezuela, donde un hombre-hiena destroza a sus semejantes, después de robarlos, alentado por la indiferencia de los hipócritas que sonríen en su vida sabrosa de zánganos de la gran colmena de las naciones que los delegaron? ¿Y para qué Tribunales de sanciones y predicadores de paz? ¿Y para qué una ciudad santa, con un Papa que bendice a Cristo y cuelga medallas en pechos eurojeados de sangre hermana?...

Hasta la Naturaleza ha sido cómplice de Gómez. Cuando el Tesoro de la Nación ya estaba exhausto por las depredaciones y cuando la deuda exterior empezaba a ser una amenaza para la Tiranía, surgieron de las entrañas del maravilloso lago de la ciudad del Catacumbo, chorros de oro líquido, que tal es el prodigio reali-

zado en aquella tierra desgraciada por causa de su propia riqueza.

El despilfarro llegó al vértice, de todas las rapinas; no sólo Gómez, heliogábalo de pacotilla, se atiborró de dólares americanos, sino que todos sus secuaces se ahitaron del dinero que produjo el petróleo. ¡Fue una rebatía! En París están muchísimos de ellos, haciendo reír con su rastroerismo de americanos du Sud. En este momento leo en un periódico que un hijo de aquel Juan Bobo, que pasó algunos días en el poder, acaba de celebrar sus bodas en la capital francesa, con un derroche tal de lujo que el olor de petróleo trascendía, como una denuncia, al delito cometido por su padre.

Hasta ahora estuve en la creencia de que la idea de Trujillo, el dictadorzuelo de Santo Domingo, al concederle el título de Coronel a su nené de siete años, había sido original; pero veo que no, pues no fué más que una imitación al mismo acto realizado por Juan Bautista Pérez (Juan Bobo), en los días en que el Benemérito General Gómez, convencido de la inocuidad del hombre-cero, lo hizo nombrar Presidente. El primer decreto firmado por este mandatario fué el de nombrar a su idolatrado hijito, Rafael Ernesto Pérez Luna, Coronel del Ejército venezolano. El humorismo caraqueño, sin más armas vengativas que su aguda ironía, le cambió el coronelato por el título de: Pérez Luna, el soldado desconocido.

El 19 de Diciembre de 1908, en su éclipse de un cuarto de siglo hacia el 19 de Diciembre de 1933, deja una estela roja, por donde pasó el crimen con todo su fúnebre cortejo de dolores y lágrimas, arrancadas a golpes de peñilla al noble corazón de las mujeres venezolanas, únicas que me

merecen compasión y respeto, durante ese lapso de sombras y de renunciamentos de hombres a la masculinidad, sobre todo aquellos que han tolerado con impasibilidad los trescientos meses de esclavitud que cierra este ciclo sangriento, que con tanto descaro, celebra Gómez, rodeado de sus aduladores y esbirros.

La Habana, 1933.

DIVORCIO HIGIENICO

(Viene de la página 26.)

achucaba por su cónyuge, y más que difícil, imposible, cuando, de ser verdad tal defecto, hubiera saltado a la vista y al olfato las pruebas irrecusables inmediatas que le cohibían el refutar la aludida imputación.

Esa actitud inequívoca del Sr. Lowden en momentos tan culminantes para su status matrimonial es otra especie de puntal aplicado al árbol vacilante, porque corrobora mis puntos de vista y también los de aquellos matrimonios de criterio generoso y buen sentido común que se comparten y que posean una dentadura y limpieza bucal indispensables para los múltiples y gratos usos a que se destinan íntimamente tan vitales partes de la estructura humana.

Creo, por lo expuesto, que el salomónico Juez de Lexington ha procedido rectamente al dictar la sentencia que su claro entendimiento hubo de señalarle como la ajustada a derecho, y que debe ser objeto de las felicitaciones de la gente limpia. Creo asimismo que la señora Lowden ha estado en su perfecto derecho al pedir su soltería, consiguiendo así su libertad necesaria para gozar de un nuevo amor en unión de otro hombre, a quien ella, previamente, le examinará la boca, se cerciorará de sus buenas condiciones y le advertirá y probará que la suya es fresca, perfumada y limpia.

Señoras y señores: me permito rogar reiteradamente que, no obstante vuestras opiniones y los razonamientos que acabo de exponeros, y en bien de la tranquilidad pública y doméstica, no apeléis al divorcio sino en último extremo, por la falta de asco en vuestros respectivos consortes; pero también con reiteración os ruego que busquéis cuantos medios se os ocurran para obtener de ellos que concurren asiduamente al dentista y que empleen profusamente el cepillo y la pasta de dientes. Es este el consejo de un hombre de experiencia.

Atth.

CORRESPONDENCIA DE LA MODA

(Viene de la Pág. 15.)

para conducir el automóvil por las mañanas, en los alrededores de la ciudad. Fijaos en la línea simple, en el corte recto y en la impresión sencilla del todo. Y no obstante encantador y sin dejar lugar a confusión se trata de una dama o de un señor!

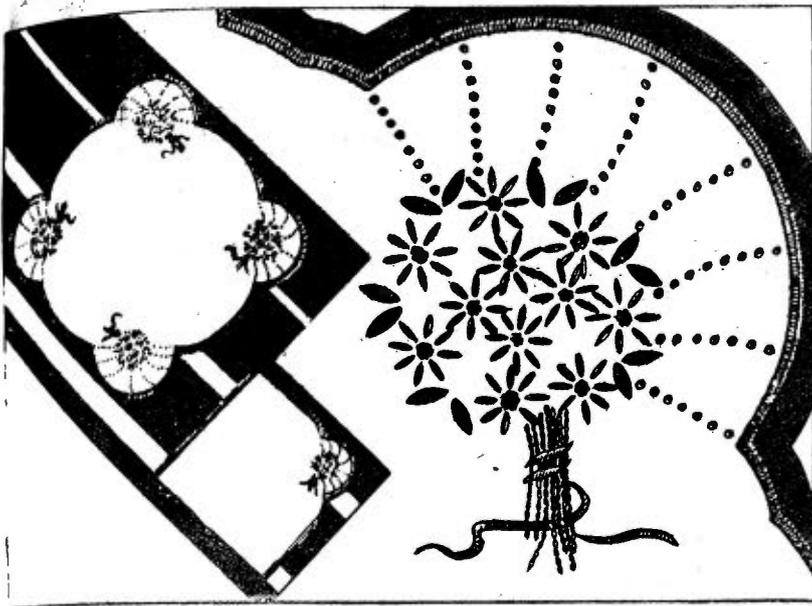
Antes de terminar quiero haceros conocer una opinión sobre París y sobre la moda parisiense. La autora de esta opinión es nada menos que Gabrielle Chanel, gran modista, gran espíritu crítico, la única francesa de la alta costura que ha sido llamada por los cineastas de Hollywood para que se diera una orientación elegante a los trajes de las estrellas americanas en las películas.

...es el estilo inimitable de París—ciudad en donde el ridículo mata con más seguridad que una bala, en donde la ironía es ejercida desde que el mal gusto asoma la nariz y que, ciudad-mujer por excelencia, es y será siempre el fiel de la balanza eterna del feminismo elegante.

LAZOL: ¿Quiere usted un remedio eficaz para sus dolores? Recuerde siempre el legítimo **SELLO LAZO INSTANTANEO** que no es pastilla ni tiene ácidos.

Moldes y Labores

A cargo de la señorita MERCEDES SAAVEDRA



JUEGO PARA TÉ

Como la vida moderna no deja libre mucho tiempo para dedicarlo a las labores del hogar, procuro siempre ofrecer éstas lo más sencillas y de más rápida ejecución posible, con el objeto de que puedan ser aprovechadas por mis simpáticas y queridas lectoras.

El diseño de hoy es propio para un juego de té. El ramito bordado, los puntos en forma de líneas radiales y festón a todo alrededor, son los únicos y fáciles detalles del mantel y servilletas, que puedan hacerse en cualquiera de las telas usadas generalmente para estas prendas.

La tela, cualquiera que sea, debe ser color ocre, o beige ligeramente subido. El festón del borde se hace con hilo azul lápiz, así como las pequeñas florecitas de los ramos, ejecutadas al pasado. Los tallos y hojitas, a punto de tallo los primeros y al pasado las segundas, en verde claro. La cinta que ata el ramo, (al pasado), y los centros de las flores (unidos), se bordan en rosa, al igual que las líneas radiales que se forman mediante "bodoquitos" al pasado.

Cada uno de estos puntos ha sido explicado textual y gráficamente en distintas páginas de esta misma sección; pero no obstante, voy a dar a continuación, una ligera explicación de los puntos, y forma de dar comienzo a la labor.

Se corta la tela en cuadro y se dibujan las esquinas, procediendo a bordarlas a punto de festón. Se rellena primero la línea por donde ha de hacerse este, mediante bastillas. El festón se hace siempre de izquierda a derecha. El hilo pasa por debajo del pulgar de la mano izquierda, puesto fuera de la línea trazada. La aguja penetra en la tela, encima de los puntos de relleno y sale por debajo de éstos. Se estira la hebra, cuidado de que el punto no arrugue la tela. Las puntadas siguientes se ejecutan del mismo modo, procurando que sean todo lo regular y unidas posible.

Después de tener todo el contorno festoneado, se dibujan los ramitos y líneas radiales.

Se rellenan muy ligeramente los "bodoquitos" y se bordan al pasado. En este mismo punto se hacen los pétalos de las flores y las hojitas, cada una en los colores ya dichos. Igual se hace la cinta.

El punto de tallo, utilizando en los mismos de los ramitos, se hace como sigue: se hace penetrar la aguja por debajo de uno o dos hilos horizontales y debajo de cuatro o seis hilos verticales, de modo que el último punto adelante siempre sea la mitad del primero. Los nudos, punto sencillísimo de todas conocido, se emplean para formar el centro de las flores.

Este modelito puede emplearse también para manteles, tapeticos, caminos de mesa, mantelitos individuales que tan en boga están, etc.

PARA EL AMA DE CASA

Como en distintas ocasiones ha recibido peticiones de recetas culinarias, no habiéndome sido posible atenderlas por carecer de espacio, he hecho esta adición a mi sección de labores, en la que, a partir de hoy, publicaré algunas recetas de cocina, así como conocimientos útiles.

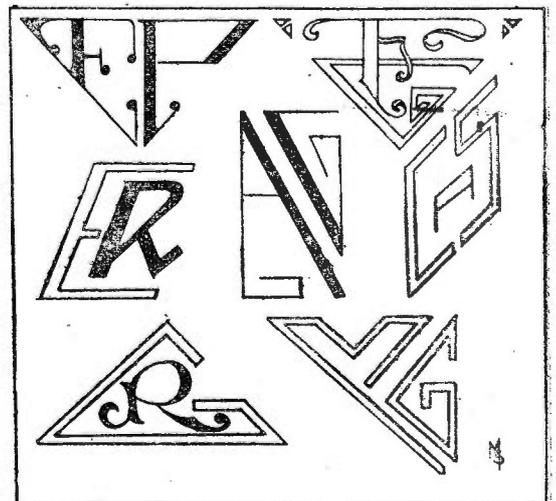
"HUEVOS ESPAÑA":

Se vierten en una cacerola dos litros de agua, 3 cucharadas de vinagre y 20 gramos de sal gruesa. Se pone a la candela, y cuando empiece a hervir, se echan doce huevos que se dejan por espacio de ocho minutos. Pasado ese tiempo, se sacan y se les quitan las cáscaras después de enfriados, colocándoles sobre panes rebanados y fritos en mantequilla, a los cuales se había cubierto previamente de "foie-gras". Para que los huevos puedan sostenerse, se les hace un corte en la base y se sirven con la siguiente salsa:

Se ponen en una cacerola 100 gramos de mantequilla, agregándose 75 gramos de harina, mezclándolo todo muy bien e incorporándole medio litro de leche. Se agita con un batidor hasta que empiece a hervir. Se separa del fuego y se le agrega un cuarto de litro de leche ligeramente batida y 200 grs. de queso Gruyere rallado. Se pone nuevamente al fuego y cuando empieza a hervir se retira y se sazona con sal-pimienta. La salsa se divide por mitad y se tiñe, una parte con puré de espinaca pasado por el colador y la otra, con 3 yemas de huevo. Después se le echa a los huevos, tiñendo 6 con salsa verde y seis con salsa crema, colocándolos en una fuente, alternativamente por colores. Se les pone yema de huevo picada por encima.

PARA QUITAR LA MANCHAS DE GRASA.—

Se mezcla magnesia tamizada y esencia de trementina en partes iguales. Conservando la pasta en (Pasa a la Pág. 65.)



MONOGRAMAS

A petición de Margarita López, Raquel Martínez, Isabelita Goicoechea y Magdalena Suárez, son estos monogramas, propios para pañuelos, camisas, sábanas, manteles, etc. Se bordan al pasado, o en cualquier otro punto más moderno.

Prácticas de Tiro de Torpedo

El torpedo es uno de los medios de ataque más efectivos de que disponen los modernos buques de guerra, siendo, en relación a su costo, uno de los más eficaces colaboradores en los combates entre buques de guerra. Fué el torpedo uno de los elementos más utilizados por los agresivos submarinos alemanes en su constante y efectiva hostilidad contra las flotas aliadas y fueron los torpedos utilizados por la miríada de submarinos regados por todos los mares de Europa, los que llegaron, en un momento dado de la contienda, a inmovilizar completamente el comercio mundial y en particular el aprovisionamiento de tropas que combatían en el frente francés.

El torpedo es un cilindro alargado de unos pies de longitud que tiene la extremidad anterior roma y redondeada, teniendo en la extremidad posterior una especie de hélice, y teniendo, además, dos propulsores situados a cada lado, que son movidos por un motor de aire comprimido que se encuentra en un tanque instalado en el interior del cilindro metálico bajo una presión de dos mil quinientas libras por pulgada cuadrada. También tiene un giróscopo de estabilización y un ajustador de la velocidad a más de un regulador que permite la precisión del mortífero instrumento.

En síntesis, el torpedo viene a ser un intrínseco mecanismo de un delicado destructor, que tiene un costo aproximado de unos diez mil pesos por unidad.

Los marineros tienen el deber de estar perfectamente entrenados en el manejo de los torpedos precisamente por la efectividad que se atribuye a esta arma en casos de combate. De aquí que las prácticas de tiro de torpedo sean muy frecuentes en todas las unidades de las distintas flotas de guerra, y precisamente, esta necesidad, unida al alto costo de los torpedos, ha hecho necesario crear un procedimiento para usar los misiles proyectiles de esta clase en distintos tiros. En otras palabras, la carga de sustancia explosiva se retira del cilindro del torpedo y se pone una cantidad de clorhidrato de calcio que levanta una columna de humo y llamas, permite que los barcos auxiliares puedan seguir la trayectoria del proyectil marino para reconquistarlo y verlo a utilizar en idénticos fines o volver a restituir su carga explosiva.

Estas tres fotos, hechas desde la cubierta del crucero "Pensacola", durante una práctica de lanzamiento de torpedo, ilustran tres de los momentos de esa interesante actividad.

(Arriba:) Un torpedo es lanzado por uno de los tubos del crucero "Pensacola" durante las prácticas de tiro verificadas en San Pedro. Una carga de aire comprimido lanza el proyectil del tubo que al ponerse en contacto con el agua, mediante un dispositivo especial, se ve impulsado por un motor de aire comprimido también.

(Al centro:) Atando un torpedo ya dispuesto para subirlo a la cubierta del "Pensacola" con el auxilio de la potente grúa de la nave guerra.

(Abajo:) Removiendo la antorcha de humo y llamas que permite perseguir el torpedo a las lanchas recogedoras, para evitar su pérdida al mar. La antorcha está formada por un depósito de clorhidrato de calcio que al establecer contacto con el agua emite llamas y humo en suficiente cantidad para que el barco perseguido pueda seguir la trayectoria del proyectil.

El Convenio

El grueso Flanochón—de la casa Flanochón y Compañía—estaba confortablemente sentado en una ancha butaca de su oficina.

Un hombre de unos treinta años, de ropa gastada por el uso, de zapatos estropeados y cuyos dedos palpaban febrilmente un sombrero lustroso, estaba de pie delante de él.

—Señor Flory, lo siento mucho; pero hoy ahora ninguna oportunidad... de empleo para usted en esta casa—dijo Flanochón—. Mi amigo Bertrand, de parte del cual viene usted recomendado, me dice en su carta que usted es un hombre perfectamente educado, instruido, que posee dos diplomas que atestiguan su capacidad; pero yo no puedo emplearlo en mi casa, señor Flory... Sin embargo, espere, espere... No se marche.

El señor Flory, que ya se alejaba, volvió a acercarse al hombre de negocios.

—¿Quiere usted ganar dos mil francos en un mes?—preguntó este último.

—¿Qué trabajo debo hacer para ganar dinero?—interrogó a su vez el otro.

—Voy a explicarle. Estoy invitado en Turana, en el castillo de Bretigny, residencia de los Ducorb, los ricos comerciantes importadores de mantequilla, huevos y quesos. Los Ducorb tienen una hija, la linda Solange. Yo estoy locamente enamorado de esa muchacha y quiero pedir su mano. Usted dirá que siendo yo, como lo soy, un muchacho inteligente, joven, buen tipo y rico, no debo tener ningún temor a ser rechazado en mi petición. Pues eso no me basta, señor. La linda Solange es muy difícil de conquistar, numerosos pretendientes han fracasado en sus propósitos de obtener su amor.

—Yo no comprendo la utilidad de mis servicios en ese asunto.

—Yo quisiera que usted me acompañara para hacer resaltar mis cualidades. Para eso, tendrá usted que mostrarse voluntariamente torpe, cuando yo trate de manifestar alguna habilidad, deberá mostrarse nulo en los sports y en el baile, para que yo parezca brillante; deberá mostrarse estúpido, cuando yo exponga algún rasgo de ingeniosidad.

—En una palabra: que le sirva a usted de pedestal.

—Eso es. Le ofrezco dos mil francos para que me sirva de pedestal durante un mes.

—Señor Flanochón, yo he desempeñado muchos empleos, pero nunca me he encontrado en un caso semejante. Pero, a pesar de que el oficio ese no es de los más halagadores, lo acepto.

—Yo le daré una buena gratificación si Solange se decide a quererme.

—Gracias.

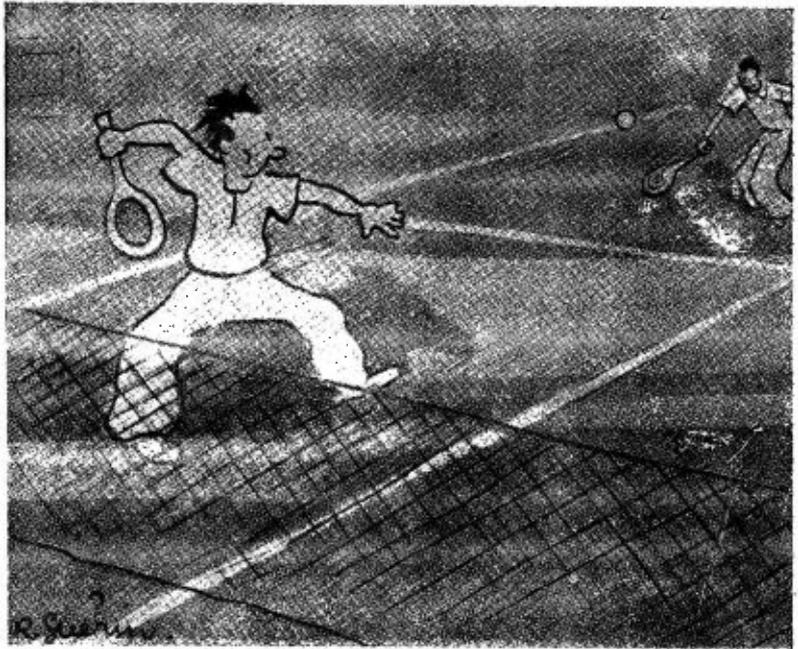
—Mañana mismo partiremos en dirección del castillo.

—Pero, es que mi guardarropa...

—Usted tendrá toda la ropa que necesite: mis escaparates están repletos.

—Pero no somos de la misma talla.

—Mejor todavía. Yo soy más alto y más grueso que usted. Su cuerpo flotará dentro de mis trajes; cuanto más ridículo presente usted, más resaltará mi elegancia y mi distinción. En cuanto a los zapatos, como usted tiene los pies más



grandes que los míos, sufrirá y andará cojeando, lo cual será en beneficio de la esbeltez de mi cuerpo y de la soltura de mis pasos.

—Estamos de acuerdo.
—Muy bien; venga mañana temprano; partiremos por la tarde.

Desde hacía tres semanas, Flanochón y Flory eran huéspedes de los Ducorb.

En el tennis, Flory era la irritación de las muchachas.

Perdía todas las bolas, y cuando atrapaba una por casualidad con su raqueta, era para lanzarla torpemente sobre la nariz de su compañero. En cambio, Flanochón tenía un éxito magnífico en todas las jugadas.

Durante las comidas, Flory no abría la boca sino para comer, mientras que Flanochón, ante la admiración de sus anfitriones, intercataba entre bocados y becaado anécdotas y chistes recogidos en los periódicos ilustrados.

Por la noche, en tanto que Flanochón, enlazado con Solange en el salón de baile, se revelaba un maestro de tango y de fox-trot, el pobre Flory, con el cuerpo flotando en un smoking demasiado ancho, y los pies comprimidos en unos escaarpines de su amigo, bailaba antiguas polkas, desgarrando los vestidos de sus compañeras.

En el bridge, daba lugar a que lo insultaran los jugadores, mientras que el aspirante a la mano de Solange jugaba como un dios, según decían los esposos Ducorb.

En resumen, la opinión de los invitados, era unánime. Los dos jóvenes ofre-

cían un curioso contraste: Flory era estúpido, torpe, ridículo; y en cambio, Flanochón era inteligente, simpático, buen bailarón y sportman consumado.

Aquella noche, Flory iba a ponerse su ancho smoking antes de bajar a comer, cuando entró Flanochón.

—¿Qué tal? ¿Está usted contento?—dijo Flory.—¿Le parece que estoy ejerciendo conscientemente mi oficio?

—Muy bien, mi querido Flory—contestó el otro—. Solange me considera hábil y elegante, mis negocios van admirablemente; pero no me atrevo a pedir su mano; me parece que falta algo para asegurar mi triunfo.

—Yo hago lo que puedo.

—En cuanto a los sports, el juego, el baile, todo eso está bien; pero en lo que respecta a la inteligencia y a la gracia, mi éxito no es decisivo.

—Durante las comidas, yo no abro la boca sino para comer.

—Es verdad. Pero usted debe decir palabras colosales, usted debe ser ridículo intelectualmente, tanto como lo es físicamente. Yo resultaré verdaderamente notable y Solange se dará cuenta de ello.

—Cuente conmigo.
—Hasta luego, mi querido Flory.

Aquella noche, Solange estaba adorable. Unos celos repentinos se apoderaron de Flory. El quiso seducir a Solange. ¡Ah, eso no le costaría mucho trabajo! Le bastaría revelarse tal cual era.

Durante la comida, expresó las ideas más elevadas y generosas; citó a Schopenhauer, a Nietzsche, a Bergson; más tarde, recitó algo de Claudel y de Francis James; después, se sentó al piano y tocó divinamente fragmentos de Schumann y de Debussy.

Flanochón recitó monólogos cómicos y musitó canciones de café concierto.

Pero pronto Flory se levantó. Comprendió su torpeza y, pretextando una jaqueca, se retiró a su cuarto.

—Pues bien, es innoble lo que acabo de hacer—se dijo sentado en su cama—. No he cumplido mi compromiso. Flanochón va a despedirme sin darme los dos mil francos. Y tendrá razón.

Tocaron a la puerta.

—Debe ser él que viene a reprocharme mi conducta—pensó Flory.

La puerta se abrió y entró Flanochón.
(Pasa a la Pág. 64.)

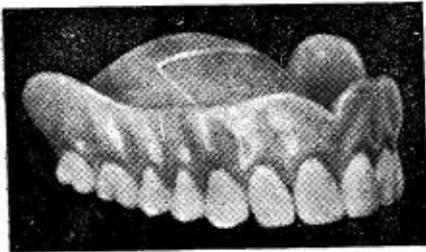


Carteras y Bolsas

Se confeccionan y reparan carteras y bolsas de todas clases en San Rafael 45 casi esquina a Manrique.

EDUARDO MIRO

Dr. NICOLAS TEJERO AMPUDIA
Cirujano-Dentista.



Consultas diarias de 8 a. m. a 10 p. m.
Arreglo toda clase de planchas y puentes.
Tratamiento de las enfermedades de las boca. Garantía en los trabajos.

Consultas Gratis.

Trabajos modernos, dentaduras artificiales. Extracciones sin dolor y por anestesia conductiva.

Reina número 114, altos, esquina a Gervasio.

TELEFONO A-6825.

¿Por qué pagar más?



Pídala al telef. A-5361

FABRICAMOS
DE ENCARGO TODA CLASE
DE LAMPARAS
SOLICITE PRECIOS
ALADINO
GRAL. CARRILLO 72 HABANA

¡¡ ASOMBRESE !!

Envíe 50 centavos y recibirá en paquete certificado una bonita fosforera, por 90 centavos una hermosa pluma de fuente jaspeada, y enviando usted un retrato cualquiera y 90 centavos le haremos uno al creyón, tamaño 10 x 16.

Haga sus giros a

JOSE LUIS GONZALEZ

BLANCO 38, bajos.

H A B A N A

(Viene de la Pág. 9.)

de sus ideas, en la intolerancia de sus juicios. Empezaron las inculpaciones, las campañas violentas, los actos de defensa, las ofensivas súbitas entre los miembros de una misma clase social. Salieron a la superficie de las expresiones verbales, de los ataques en la sombra, de los vituperios enconados, los sedimentos de las viejas ideologías libertarias que estremecieron a Europa en el siglo Diecinueve y las modernas imposiciones clasistas que proclaman la salvación de la Humanidad por la dictadura de las masas de trabajadores.

El imperio de la metralla y la muerte.—

La consecuencia ha sido el panorama de hoy. La pobre gran ciudad enferma dejó de sonreír a los suyos y a los que han seguido llegando, cada vez menos, de otras tierras. La Habana de hoy es una urbe silenciosa, con quietudes de espasmos esporádicos, de súbitas refulgencias lividas, en las que brillan las explosiones de los instrumentos de muerte en acecho, durante la noche, en el interior de un zaguán, detrás de una puerta, en el fondo de un depósito de basura, debajo de cualquier mueble inofensivo y ornamental, para recordarle a los transeúntes y a los nerviosos padres de familia, en la calma de los hogares herméticos, que la muerte pasea su imperio trágico a lo ancho de todo el polígono urbanizado. Las huellas de esta furia de las pasiones están visibles en los hospitales y clínicas, en el lu-

to de las madres y esposas que acuden al cementerio, en las paredes rojas, en las puertas y ventanas desprendidas de marcos, en el hueco de las vidrieras vacías de los establecimientos.

Panorama de campo de batalla.—

Batida la ciudad en su apariencia exterior, las repercusiones psicológicas se muestran en la obscuridad de sus calles. De noche, la Habana de otros días, luminosa, colmada de ruidos alegres, de ritmos musicales, de tránsito jocundo, se recoge en sí misma, en una penumbra amenazadora, de hostilidad a las naturales manifestaciones del regocijo, del deseo de vivir unos minutos de holgorio, y presenta el brillo de sus rutas asfaltadas, solas, sin un vehículo, sin un peatón, sin una ronda de juventud despreocupada y feliz. A trechos, sin embargo, resuena el ritmo de los pasos uniformes y recios de una patrulla militar, de un pelotón de hombres armados; a lo lejos, el zumbir horrido de una bomba, el tableteo de una ametralladora, la detonación de los fusiles. Después, la calma, el largo silencio de los campos de batalla, el ruido de un automóvil en velez competenda con la muerte, rumbo a las casas de socorro o seguida de cerca por otra máquina infernal erizada de bayonetas. Y en los portales oscuros, los bultos de los hombres sin hogar tirados junto a las paredes, en los ángulos de las puertas, detrás de las columnas. En las calles más céntricas como para protegerse de no importa qué más grande amenaza invisible, familias de pordioseros, mujeres jóvenes, en la plenitud de la vida aún, famélicas, rodeadas de niños sucios, sin zapatos, con las ropas desgarradas, hambrientos: víctimas de los hombres.

Manifestaciones de hambre y de dolor.—

La Habana es hoy una ciudad en ruina. Comercios cerrados en sus principales arterias de circulación. Hoteles vacíos. Han desaparecido los restaurantes de lujo. En vez de las caravanas de turistas, de mujeres ataviadas con la gloria de su belleza impresionante, de las corrientes continuas de automóviles nuevos, colmados de paseantes felices, ruedan, sin cesar, las manifestaciones de los hambrientos, las masas de hombres sin trabajo, coléricos, rencorosos, prontos al ataque a un transeúnte cualquiera, a la fachada de un edifi-

(Pasa a la Pág. 65.)

EL CONVENIO

(Viene de la Pág. 63.)

radioso de alegría. ¡Se acercó a Flory y lo abrazó frenéticamente.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!—le decía.

—¿Qué?—preguntó el otro.

—Ya somos novios Solange y yo. Hace un momento me ha dado su consentimiento.

—¡Ah!

—Esta noche, amigo mío, usted ha ganado la partida. ¡Qué estúpido se ha mostrado usted durante la comida! ¡Muy bien! Y esos versos que usted ha recitado... Y esa música que usted ha tocado... Todos los invitados, desde que usted se fué de la mesa, dijeron unánimemente que usted es un perfecto idiota. Mi Solange estaba muerta de risa. Su papel ha terminado, mi querido Flory; puede usted irse mañana. Yo le daré cinco mil francos. Gracias, Flory. ¡Qué buen papel de idiota ha hecho usted. Hasta luego. Mi dulce Solange está esperándome...

EL AMOR AZUL

(Viene de la página 59.)

Salió el viejo cirujano de la sala de operaciones. La hija lo esperaba angustiada, trémula.

—¿Se salva?

—¡No!

La abrazó con un abrazo de eternidad.

—¡Lo sé todo!

—¿Lo sabes?

—¡Sí!

Lloraron, como dos niños, con llanto abiertó.

Y como un coro, tabletearon a lo lejos las ametralladoras, escribiendo nuevas tragedias en la historia palpitante de la Revolución!

EL VERDADERO TALISMAN UNIVERSAL
DE SU RESOLUCION DEPENDE SU EXITO



Sin voluntad ni fé toda empresa fracasa. ¿Por qué sufre usted? ¿Por qué no contrae matrimonio? ¿Por qué se halla separado de la persona amada? ¿Por qué lucha usted tanto por la subsistencia de la vida? ¿Por qué no redime a sus enemigos? ¿Desea conocer las causas de su fracaso? ¿Quiere tener suerte en amores, comercio o salud? ¿Desea conocer los méritos del Talismán Universal?

Yo puedo poner en sus manos, los verdaderos y poderosos secretos del ocultismo científico. Vísteme y se convencerá que soy el único que poseo la llave de su felicidad.

Enviándome ocho sellos rojos para franquedo voy informe de su consulta gratis.

Adanz Marcelles, Espada No. 5, bajos, entre Príncipe y Venero de 9 a 12 y de 2 a 7 p. m.

MOLDES Y LABORES

(Viene de la Pág. 61.)

un frasco bien tapado. Cuando se quiere quitar una mancha de grasa, se extiende una capa de esta preparación en las manchas. Después de evaporarse la esencia, la magnesia se quita con el cepillo y con ella saltan todas las materias grasas.

CONTESTANDO A MIS LECTORAS:

Micaelita, Edelmira Sampico, Ma. Isabel Medina, Guillermina Soler y Berta Manto.—Tengo en turno las peticiones de ustedes; en breve saldrá el diseño de ropa de cama que me piden.

Elvirita Ramos, Lea A. Brito, Greta, Aida Vincent y Sara Eiras.—Encantada de encontrarme nuevamente entre ustedes. Los modelitos que me piden están en turno.

María Ayala.—Los pañitos a que se refiere, se usan en el número que se necesita, uno para cada cubierto, y un bonito modelo es el que hoy publico, aunque debe hacerlo en otro color; por ejemplo, en rosa pálido, bordándolo en tonos contrastantes, pero todos claros.

I. Martínez Morales.—El modelito de hoy es apropiado para los tapéticos que me pide. ¿Complacida?

Juanita.—Encarnación Díaz Ferrer.—Ma. del Carmen Vilató.—Para el té, como me lo pide es el diseño que publico. Si lo hacen en esa forma, tengo la seguridad de que les quedará muy lindo y elegante.

Marta Turner.—Colón, Panamá.— Su carta, tan amable, me ha llenado de alegría. Pídamme cuantos informes quiera, que tendré siempre mucho gusto en complacer a tan simpática lectora.

Isabelita Duquesne.—La contestación, seguramente te llega tarde; pero de todos modos te la doy. Debes hacerlo blanco, pues siempre resulta más elegante.

La Diplomacia de la Tiranía ha Sido Puesta al Descubierta

DON MANUEL MARQUEZ STERLING

Escritor de fama y diplomático de talla la desmenuza en

“LAS CONFERENCIAS DE SHOREHAM”

(El Cesarismo en Cuba.)

Esta es una obra que debe conocer todo el que esté interesado en cuanto se hacía y decía entre bastidores por **MACHADO Y SUS COLABORADORES**

SOLO NOS QUEDAN 50 EJEMPLARES DE ESA MAGNIFICA OBRA. SON LOS UNICOS QUE HAY EN EL MERCADO. ES EL RESTO DE LA EDICION QUE QUEDABA A LA EDITORIAL DE BOTAS, EN MEXICO.

PIDA SU EJEMPLAR AHORA MISMO VALE \$1.00 EN LA CAPITAL. VALE \$1.20 EN PROVINCIAS.

Sr. L. GONZALEZ DEL CAMPO. Apartado No. 2169, Habana.

Le adjunto giro postal por valor de para que me envíe un ejemplar de “Las Conferencias del Shoreham”.

Nombre
Calle
Ciudad

APROVECHÉ LA REBAJA, ADQUIERA SU EJEMPLAR HOY MISMO.

SOLO QUEDAN CINCUENTA LIBROS

LA GRAN CIUDAD ENFERMA

(Viens de la Pág. 64.)

ficio o a la exposición de una vidriera con artículos elegantes. Ahora son las familias amenazadas con el lanzamiento de desahucio las que se lanzan a la vía pública, en muchedumbres compactas, para ir de uno a otro sitios de la ciudad en solicitud de amparo, de pan, de dinero, de algo que les permita asegurarse un techo y un poco de comida. Un paso más en la crisis, y la gran ciudad, orgullo del Caribe, la metrópoli resplandeciente del Golfo de México, no será otra cosa que un campamento inmenso de hambre y de muerte.

El salto de la ineptitud

hacia la cumbre.—

Y lo más doloroso es que se han roto, en su interior, los resortes inmanentes del derecho natural de la sociedad, las convenciones regularizadoras que hacen posible la vida social y civilizada. El desplazamiento, el asalto, la conquista de todos los poderes de la cultura, la riqueza

y los honores, cuya consecución suponía una vida de trabajo, de estudio y conducta honesta, ha adquirido patente de legalidad, de interpretación, de justicia, y los hombres saltan, desde el fondo de sus jerarquías, clasistas, a las cumbres más altas de las posiciones en el Gobierno, la fortuna, las academias, los institutos de enseñanza. En una subversión donde la ineptitud desesperada destruye cuanto encuentra a su paso y se sitúa, arrogante y retadora, en los vértices de todas las culminaciones humanas como si pudiera darse el milagro de que a los veinticinco años, y por arte de prestidigitación, se produjera, en la Universidad, un Enrique José Varona; en la guerra, un Antonio Maceo, en las ciencias naturales, un don Carlos de la Torre; en la historia revolucionaria, un Juan Gualberto Gómez, y en la política, un general Menocal.

Pero la realidad es esa: realidad vitando que ha puesto en agonía a la gran urbe, orgullosa de su esplendor, de su riqueza, de su cultura, hoy enferma por descomposición de sus elementos constitutivos.

MALTINA TIVOLI VITAMINADA

TONIFICA EL ORGANISMO
AUMENTA LAS FUERZAS

Las Vitaminas constituyen un elemento indispensable en la alimentación.

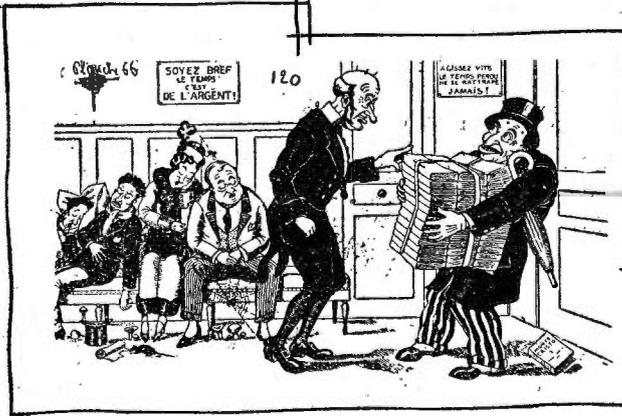
CERVECERIA LA TROPICAL



Humor Pícaro

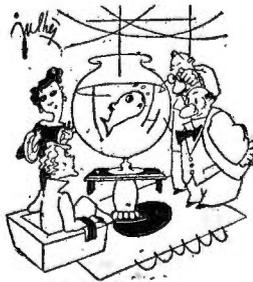
BOXEO

—¿Está usted recogiendo los dientes que ha perdido en la batalla?
—Sí, pero hay seis de más.



—¡Cómo! ¿Cree usted que el señor secretario va a recibirlo con esa carga. ¿Y qué es eso?
—Casi nada... las obras completas de Alejandro Dumas, para leerlas mientras espero mi turno.

EL PEZ
—Es tan inteligente, que mi marido le va a enseñar a dar la pata.



—¿Y cómo te trataron los canibales?
—A brazos abiertos... Querían a la fuerza retenerme para comer...



EN EL RESTAURANT
—Camarero, este es el séptimo pelo que encuentro en mi plato.
—Colecciónelos, señor, pues antes de terminar de comer, tendrá una peluca completa.

—¡Esto es horrible! La ensalada huele a jabón.
—Eso prueba que la han lavado bien.



EN EL SALON DE PINTURA

La dama que quería que la reconocieran.

APENDICITIS
—Dígame, doctor: se verá mi cicatriz durante mucho tiempo?
—Eso depende de usted, señora.



EN EL MUSEO

—No puedo dejar su perro entrar aquí... ¿No comprende usted que hay muchos huesos?



Um... m... m... m...

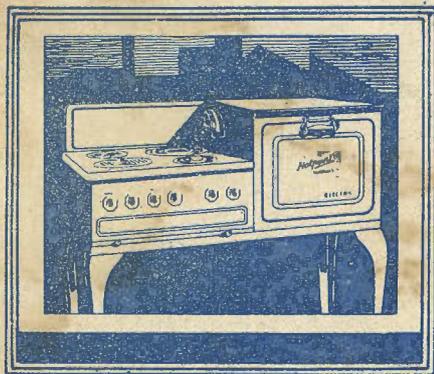
Esto si es pollo asado!



Toda su exquisita fragancia—su apetitoso aspecto dorado—su incomparable sabor—podrá obtenerse asándolo a la perfección en el horno de una

COCINA ELECTRICA

Hotpoint



18
PAGOS
MENSUALES
PARA
LIQUIDARLA

GRATIS
TODA LA
INSTALACION
QUE SEA
NECESARIA.

Es el método moderno y científico de cocinar, con el mínimo de pérdida por resecamiento del jugo y grasas en los alimentos; con limpieza absoluta; rapidez inigualable y lo que es muy importante, con economía positiva en el consumo de fluido, de acuerdo con nuestra tarifa especial de calefacción.

Escoja su modelo en nuestra completa línea de cocinas eléctricas HOTPOINT. Sus bajos precios y facilidades de pago las colocan fácilmente a su alcance.

Cia. Cubana de Electricidad
A las Ordenes del Público

Nuestra sugerión de **HOY**

POLLO ASADO

- 1 Pollo de 2 lbs.
- 1 Cebolla grande
- 2 onz. mantequilla
- 1 Naranja agria
- ½ Taza vino seco
- Sal, pimienta y especias

Limpio y montado el pollo se pone en adobo—sal, pimienta, especias y naranja agria—haciéndole incisiones para que penetre bien la sazón.

Se coloca en el asador con la mantequilla, rebanadas de cebolla y especias a gusto. Se dora en el horno y se le vierte el vino seco.
Temperatura 375° F.
Tiempo: 50 Min.



MUY IMPORTANTE

Una vez instalada su cocina, una de las expertas de nuestro Departamento de Servicio Doméstico, dedicará, sin costo alguno para Ud., todo el tiempo que sea necesario, para explicar su debido manejo y enseñar como

OPERARLA ECONOMICAMENTE

Solicite una demostración en cualquiera de nuestras Sucursales